



TIEMPOS OSCUROS

**Una visión del
fantástico
internacional**



ISSN: 2340-8332

En el fondo la tradición no es más que una de las formas que podía revestir la historia pero sin los escollos de ésta. Cumple a la historia narrar los sucesos secamente, sin recurrir a las galas de la fantasía. Menos estrechos y peligrosos son los límites de la tradición. A ella, sobre una pequeña base de verdad le es lícito edificar un castillo.

Ricardo Palma

Evadirse de la prisión de la forma poética y de la sintaxis.

César Vallejo

Lo fantástico es la vacilación experimentada por un ser que no conoce más que las leyes naturales, frente a un acontecimiento aparentemente sobrenatural.

Tzvetan Todorov

Julio- diciembre / 2015 #5

Asociación Cultural miNatura Soterranià
Revista Tiempos Oscuros *Una visión del Fantástico Internacional*

ISSN: 2340-8332

Directores:

Ricardo Acevedo Esplugas
Carmen Rosa Signes Urrea

Editor:

Ricardo Acevedo Esplugas

Asesores:

Tanya Tynjälä (Perú)
Carlos Enrique Saldivar (Perú)

Dirección postal:

Avenida del Pozo 7 San Juan de Moró, 12130,
Castellón de la Plana, España.

Portada: Exploring Europa / *Alejandro Mirabal (Cuba)*

Contraportada: S.t. / *Liang Chen (China)*

Las colaboraciones deben ser enviadas a:
revistatiempososcuros@yahoo.es

Pueden seguir nuestra publicación a través:

<http://www.servercronos.net/bloglgc/index.php/tiempososcuros/>

Prohibida la reproducción completa o parcial de la revista (textos o ilustraciones) sin el permiso de la Dirección y/o autores.

Todos los trabajos presentados respetan las leyes vigentes del copyright.



tra vez nos enfrentamos a la vorágine de la selección, que al igual que en la natural, decide quien aparece o no. El editor juega a ser un dios cuasi benévolo e intenta que todos quepan en el arca y comienza una consciente masacre literaria ¿Y éste por qué está aquí? ¿Es éste tan importante? ¿Cuántos buenos autores quedan fuera de una publicación por motivos de tiempo o

simplemente porque no se enteraron de que existía el proyecto? Es una de las dudas existenciales con las que debe convivir el editor, la de creer que los que aparecen en su revista son los mejores y los más representativos. Esto pasa siempre que nos enfrentamos a un país con tanta riqueza y tradición literaria como lo es Perú y, como siempre sucede en el fantástico, nos encontramos que la crítica y las editoriales “serias” ignoran este hecho o simplemente prefieren los pastos más verdes del bestseller.

Aquí entran a jugar la labor de los fanzines y ezines como *Agujero Negro* (Víctor Pretell, Luís Bolaños y Daniel Mejía), *El Horla* o *Argonautas* (Carlos Enrique Saldivar), *Velero 25* (Quinx), *Ciencia Ficción Perú* (Daniel Salvo), entre otros, los verdaderos guardianes del fantástico. Cada vez que muere uno, se pierden las nuevas leyendas del futuro.

Éste n°5 sería impensable sin el apoyo incondicional de dos amigos y escritores: Tanya Tynjälä y Carlos Enrique Saldivar.

Una mención a los que forman este especial:

Ricardo Palma; Clemente Palma; Abraham Valdelomar; César Vallejo; Juan Rivera Saavedra; José B. Adolph; Carlos Calderón Fajardo; Daniel Salvo; Adriana Alarco de Zadra; Fernando Julio Espíritu Álvarez; Yeniva Fernández Huerta; José Güich Rodríguez; César Klauer; Fernando Morote; Edinson Mucha Soto; Pedro Novoa; Luis Benjamín Román Abram; Carlos Ruiz Gutiérrez; Carlos Enrique Saldivar; Tanya Tynjälä.

Agradecimiento a los ilustradores:

Alejandro D' Marco —seud. — (Argentina); Alejandro Mirabal (Cuba); Aleksandr Nikonov (Rusia); Andrzej Siejeński (Polonia); Ángel García Alcaraz (España); Carmen Rosa Signes Urrea (España); Chen Liang (China); John J. Park (EE.UU.); Katherine Geraldine Medina Rondón (Perú); Laura Garijo (España); Lorena Rius Morón (España); Pedro Belushi (España); Phuoc Quan (República Democrática de Vietnam); Priscilla Hernández (España); Rafa Castelló Escrig (España); Wicked Man —seud. — (España); Yolyanko William Argüelles Trujillo (Cuba).

Lo prometido es deuda en este especial estrenamos (con portadilla de Carmen Rosa Signes Urrea) nuestro Bestiario con la intención de reunir criaturas del folklore y la mitología urbana.

Ahora les invitamos a disfrutar de él.

¡Leed, leed malditos!

Convocatoria selección de textos Tiempos Oscuros N°6 Uruguay



La Revista Digital Tiempos Oscuros (Un panorama del Fantástico Internacional) tiene el placer de dar a conocer la convocatoria para confeccionar su sexta entrega, un número dedicado en su totalidad a mostrar el panorama de la literatura fantástica de Uruguay.

Es por ello que todos aquellos escritores uruguayos que deseen participar en la selección de los textos que compondrán el número seis de la revista digital Tiempos Oscuros deberán atenerse a las siguientes bases.

BASES

1. Podrán participar todos aquellos escritores uruguayos residentes o no en su país de origen, con obras escritas en castellano.

2. Los textos deberán ser afines al género fantástico, la ciencia ficción o el terror.
3. Los trabajos, cuentos de entre 5 a 10 páginas, deben estar libres de derechos o en su defecto se aceptarán obras con la debida autorización del propietario de los derechos de la misma.
4. Los trabajos deberán enviarse en documento adjunto tipo doc (tamaño de papel DinA4, con tres centímetros de margen a cada lado, tipografía Time New Roman puntaje 12 a 1,5 de interlineado). Dicho archivo llevará por nombre título + autor de la obra y junto a él se incluirá en el mismo documento plica que incluirá los siguientes datos: título del cuento, nombre completo, nacionalidad, dirección electrónica, declaración de la autoría que incluya el estado del texto (si es inédito o si ha sido publicado, en este segundo supuesto deberá incluir dónde se puede encontrar y las veces que ha sido editado, tanto si es digital como en papel, y si tiene los derechos comprometidos se deberán incluir los permisos pertinentes). Junto a todos estos datos también pedimos la inclusión de un breve currículum literario que será publicado en la revista y una fotografía del autor si lo desea para el mismo fin.
5. En ningún supuesto los autores pierden los derechos de autor sobre sus obras.
6. La dirección de recepción de originales es:
revistatiempososcuros@yahoo.es

En el asunto deberá indicarse: COLABORACIÓN TIEMPOS OSCUROS

Nº6

7. Las colaboraciones serán debidamente valoradas con el fin de realizar una selección acorde con los intereses de la publicación.

8. Los editores se comprometen a comunicar a los autores, que envíen sus trabajos, la inclusión o no del texto en la revista. Nos encantaría poder incluirlos todos pero nos hacemos al cargo sobre el volumen de textos que se podemos llegar a recibir.

9. Todos los trabajos recibirán acuse de recibo.

10. La participación supone la total aceptación de las normas.

11. El plazo de admisión comenzará desde la publicación de estas bases y finalizará el 1º de diciembre de 2015. (No se admitirán trabajos fuera del plazo indicado).

Ricardo Acevedo Esplugas

Carmen Rosa Signes Urrea

Directores de la Revista Digital Tiempos Oscuros

Índice:



01/ Portada: Exploring Europa / *Alejandro Mirabal (Cuba)*

02/ Editorial

05/ Convocatoria selección de textos Tiempos Oscuros N°6 Uruguay

08/ Índice



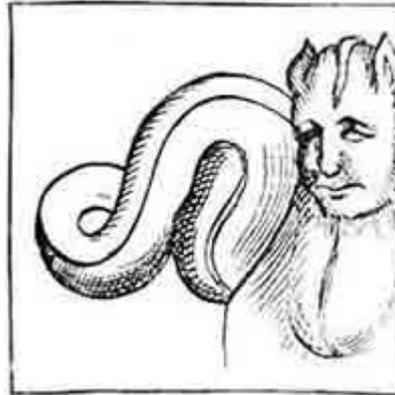
Clásicos:

14/ Las brujas de Ica / *Ricardo Palma*

23/ La última rubia / *Clemente Palma*

34/ El círculo de la muerte / Abraham Valdelomar

48/ Los caynas / César Vallejo



Contemporáneos:

62/ El primer amanecer / Juan Rivera Saavedra

65/ Marta / José B. Adolph

72/ El aparato / Carlos Calderón Fajardo



Noveles:

77/ Desde la Luna por el Arco Iris / *Adriana Alarco de Zadra*

89/ Dilema nocturno / *Fernando Julio Espíritu Álvarez*

98/ Con Yolanda en el acantilado / *Yeniva Fernández Huerta*

106/ Nocturno de Viena / *José Güich Rodríguez*

123/ Baby Tamagochi / *César Klauer*

130/ La nueva comunión / *Fernando Morote*

136/ El diario oculto de Harold / *Edinson Mucha Soto*

150/ ¿Te sientes bien? / *Pedro Novoa*

167/ El Edificio de la última noche / *Luis Benjamín Román Abram*

172/ Isabel / *Carlos Ruiz Gutiérrez*

178/ Volar como los pájaros / *Carlos Enrique Saldivar*

188/ Las piernas de Line / *Tanya Tynjälä*

Artículo:

201/ Entre el desierto y el entusiasmo: panorama de la ciencia ficción peruana / *Daniel Salvo*

Bestiario:

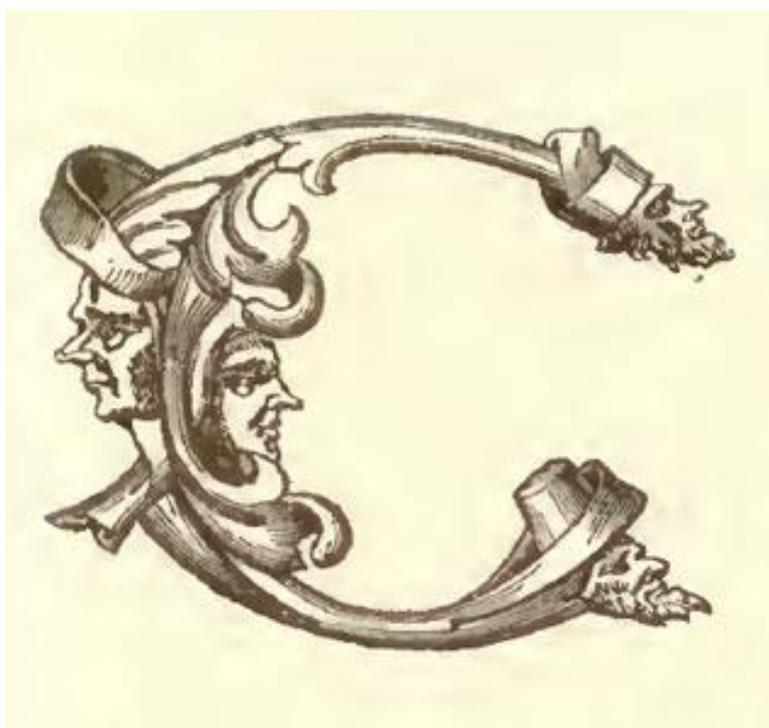
210/ Boebchán, Cachapicu, Chinchilicos, Chullachaqui. Dibchos, La sachamama, Quimbambúa, Ucu o El Yeti de los Andes, Ukuy Warmi, Utomil, Yacuruna, Yaku Warmi

214/ Biografías

239/ Sobre el copyright de las imágenes

240/ Contraportada: S.t. / *Liang Chen (China)*





lásicos



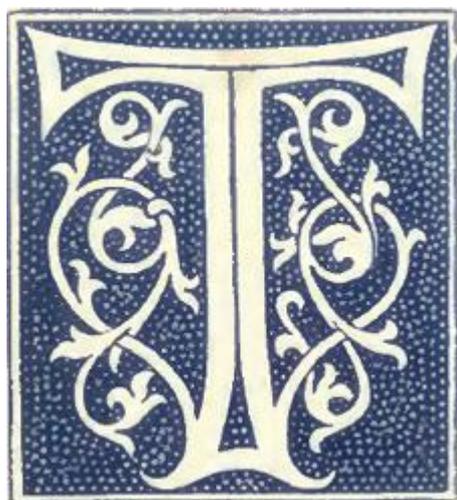
Alessandro
D'Amico

Las brujas de Ica¹

Por Ricardo Palma

Ilustrado por Alejandro D' Marco —seud.— (Argentina)/ *Bleeding*.

I



tierra de buenas uvas y de eximias, brujas llamaban los antiguos limeños a la que, en este siglo, fue teatro de los milagros del venerable fray Ramón Rojas, generalmente conocido por el padre Guatemala, y sobre cuya canonización por Roma se trata con empeño.

Yo no creo en más hechizos que en los que naturalmente tiene una cara de buena moza. Toda mujer bonita lleva en sus ojos un par de diablitos familiares, que a nosotros los varones nos hacen caer en más de una tentación y en renunciados de grueso calibre.

Pero el pueblo iqueño es dado a crecer en lo sobrenatural, y ni con tiranas carretas se le hace entender que es mentira aquello de que las brujas viajan por los aires, montadas en cañas de escoba, y que hacen maleficios, y que leen, sin deletrear, en el libro del porvenir, como yo en un mamotreto del otro siglo.

¹ *Tradiciones peruanas*, Sexta serie (1893)

Verdad es que la Inquisición de Lima contribuyó mucho a vigorizar la fama de brujas que disfrutaron las iqueñas. Ahí están mis Anales, donde figuran entre las penitenciadas muchas prójimas oriundas de la villa de Valverde, y de cuyas marrullerías no quiero ocuparme en este artículo, porque no digan que me repito como bendición de obispo.

II

El primer brujo que floreció en Ica (allá por los años de 1611) merecía más bien el título de astrólogo. Era blanco, de mediana estatura, pelo castaño, nariz perfilada, hablaba muy despacio y en tono sentencioso, y ejercía la profesión de curandero.

Era el Falb de su siglo; gran pronosticador de temblores y muy diestro en agorerías.

Parece que aun intentó escribir un libro, a juzgar por las siguientes líneas extractadas de una carta que dirigió a un amigo:

«Modo de conocer cuándo un año será abundante en agua. -Se observa el aspecto que presenta el cielo el 1º de enero en la tarde, y si éste es color caña patito será un buen año de agua».

Explica, además, la abundancia del agua, cuando no concurre aquella condición, como prerrogativa de los años bisiestos.

Califica también los años de solarios o lunarios, según la mayor o menor influencia del sol y la luna.

«¿Cómo se sabrá cuándo pueda declararse una epidemia?- Para esto -dice- no hay más que fijarse si en el mes de febrero se forman o no remolinos en el aire. En el primer caso es segura la peste, siendo de notarse que la viruela, por ejemplo, donde primero aparece es en las hojas de la parra».

No deja de ser curiosa la teoría del astrólogo iqueño sobre las lluvias. «Las nubes -decía- no son otra cosa que masas semejantes a una esponja que tienen la cualidad de absorber el agua. Estas esponjas se ponen en contacto con el mar, y satisfecha ya su sed, se elevan a las regiones superiores de la atmósfera, en donde los vientos las exprimen y cae el agua sobre la tierra». En cuanto a la gran cantidad de sapitos (ranas) que aparecen en Ica después de un aguacero, decía que eran debidos a que los gérmenes contenidos en las nubes se desarrollan antes de llegar a la tierra. Daba el nombre de penachería doble a toda aglomeración de nubes, y entonces el aluvión tomaba el calificativo de avenida macho.

Ello es que, como sucede a todos los charlatanes cuando se meten a explicar fenómenos de la naturaleza, ni él se entendía ni nadie alcanzaba a entenderlo, condiciones más que suficientes para hacerse hombre prestigioso.

«Sólo teniendo pacto con el diablo puede un mortal saber tanto», decía el pueblo, y todos en sus dolencias acudían a comprarle hierbas medicinales».

III

No porque las Cortes de Cádiz extinguieran en 1813 el tribunal de la Inquisición, desaparecieron de Ica las brujas. Pruebas al canto.

Hasta hace poco vivía mama Justa, negra repugnantísima, encubridora de robos y rufiana, muy diestra en preparar filtros amorosos, alfiletear muñecos y

(¡Dios nos libre!) atar la agujeta. Mala hasta vieja la zangarilleja. Contra su sucesora ña Manonga Lévano no hubo más acusación formal de brujería que la de varias vecinas que juraron, por la Hostia consagrada, haberla visto volar convertida en lechuza.

La Lévano ejercía el oficio de comadrona. Llegaba a casa de la parturienta, ponía sobre la cabeza de ésta un ancho sombrero de paja, que ella decía haber pertenecido al arzobispo Perlempimpim, y antes de cinco minutos venía al mundo un retoño. No hubo tradición de que el sombrero mágico marrase.

Ña Dominguita la del Socorro vive aún, y todo Ica la llama bruja, sin que ella lo tome a enojo. Es una anciana, encorvada ya por los años, y que es el coco de los muchachos porque usa una especie de turbante en la cabeza. En el huertecito de su casa hay un arbolillo, que fue plantado por el padre Guatemala, el cual da unas florecitas color de oro, las que, según ña Dominguita, se desprenden el día de Cuasimodo; florecitas que poseen virtudes prodigiosas. Fue educada en el beaterio del Socorro, fundado en el siglo anterior por el dominico fray Manuel Cordero, cuyo retrato se conserva tras de la puerta de la capilla. Ña Dominguita odia todo lo que huele a progreso, y augura que el fierro-candil ha de traer mil desventuras a Ica. La víspera de la batalla de Saraja no sólo pronosticó el éxito, que para eso no necesitaba ser bruja, sino que designó por sus nombres a los iqueños que habían de morir en ella. Sus palabras son siempre de doble sentido, y admira su ingenio para salir de atrenzos.

D. Jerónimo Illescas, vecino y natural de Ica, blanco, obeso y decidor, era lo que se entiende por un brujo aristocrático. Sabía echar las cartas como una francesa embaucadora. Ño Chombo Llescas, como lo llamaba el pueblo, tenía, hasta hace pocos años que murió, pulpería en la esquina de San Francisco, y

vendía exquisitas salchichas confeccionadas por Tiburcio, negro borrachín a quien D. Jerónimo ocupaba en la cocina. El tal Tiburcio era también un tipo, pues había encontrado manera para disculpar su constante embriaguez.

—¡Negro! ¿Por qué estás borracho? —preguntábale algún caballero del lugar.

—Mi amo -contestaba Tiburcio—, ¿cómo no quiere su merced que me emborrache de gusto, si las salchichas me han salido deliciosas?

Si al día, siguiente era también reconvenido, contestaba:

—¡Ay, mi amo! ¿Cómo no me he de emborrachar de sentimiento, si las salchichas se me han echado a perder y están malísimas?

La fama de D. Jerónimo, como adivino, se había extendido de la ciudad al campo. Las indias, sobre todo, venían desde largas distancias y le pagaban un peso por consulta.

En Lima hay bobos que, por parecerse a Napoleón el Grande, pagan cuatro soles a la echadora de cartas.

IV

Como las brujas de Mahudes y Zugarramurdi, en España, son famosas en Ica las de Cachiche, baronía, condado o señorío de un amigo. Cachichana y bruja son sinónimos. Nadie puede ir a Cachiche, en busca de los sabrosos dátiles que ese lugar produce, sin regresar maleficiado.

Contribuye también al renombre de Cachiche la excelencia de los higos de sus huertas. Esos higos son como los de Vizcaya, de los que se dice que, para ser

buenos, han de tener cuello de ahorcado, ropa de pobre y ojo de viuda; esto es, cuello seco, cáscara arrugadita y extremidad vertiendo almíbar.

Sigamos con las brujas de Cachiche.

Para no pecar de fastidiosos, vamos a hablar únicamente de Melchorita Zugaray, la más famosa hechicera que Cachiche ha tenido en nuestros tiempos.

El laboratorio o sala de trabajo de esta picarona era un cuarto con puerta de pellejo, y en el fondo oscuro de las paredes destacábase un lienzo blanco, sobre el cual proyectaban rayos de luz atravesando agujeros convenientemente preparados en el techo.

El que venía a consultarse con Melchora sobre alguna enfermedad, era conducido al laboratorio, donde después de ciertas ceremonias cabalísticas, lo colocaba la bruja frente al cuadro luminoso y lo interrogaba mañosamente sobre su vida y costumbres, sin descuidar todo lo relativo a amigos y enemigos del paciente. Cortábale en seguida un trozo del vestido o un mechón de pelo, citándolo para el siguiente día a fin de sacar muñeco. Concurría el enfermo, llevábalo Melchora al campo o a algún corral y desenterraba una figurilla de trapo, claveteada de alfileres. Pagaba la víctima una buena propina, y si no sanaba era porque había ocurrido tarde a la ciencia de la hechicera.

Otros, sobre todo las mujeres celosas y los galanes desdeñados, buscaban a Melchora para que los pusiese en relación íntima con el diablo. Vestíase la bruja de hombre, y acompañada del solicitante, encaminábase al monte, donde entre otros conjuros para evocar al Maligno (¡Jesús tres veces!) empleaba el siguiente:

«Patatín, patatín, patatín,

calabruz, calabruz, calabruz,

no hay mal que no tenga fin,
si reniego de la cruz».

Por supuesto que el diablo se hacía el sordo, y la bruja, que previamente había recibido la pitanza, daba por terminado el sortilegio, diciendo que si Pateta no se presentaba era porque la víctima tenía miedo o falta de fe.

V

No hace cuatro años que los tribunales de la República condenaron a unos infelices de la provincia de Parapaca por haber quemado a una bruja, y creo que más recientemente se ha repetido la escena de la hoguera en otros pueblos del Sur.

En cuanto a Ica, consta en uno de los números de El Imparcial, periódico que en 1873 se publicaba en esa ciudad, que una pobre mujer de Pueblo Nuevo fue atada a un árbol por un hombre, el que la aplicó una terrible, azotaina en castigo de haberlo maleficiado. Cosa idéntica se había realizado en 1860 con Jesús Valle, negra octogenaria y esclava de los antiguos marqueses de Campoameno, a la que costó gran trabajo impedir que los peones de una hacienda la convirtiesen en tostón.

VI

Y para concluir con las brujas de Ica, que ya este artículo va haciéndose más largo de lo que conviene, referiré, por qué José Cabrera el Chirote conquistó en Ica fama de catedrático en brujería.

Aconteció que la conjunta de un amigo de éste sintiose acometida de los dolores de parto, y mientras el marido fue en busca de comadrona, quedose el Chirote en la casa al cuidado de la mujer. Ésta chillaba y hacía tantos aspavientos, que Cabrera, a quien apestaban los melindres, la arrimó un bofetón de cuello vuelto. Recibirlo y dar a luz un muchacho fue asunto de dos segundos.

El marido, la matrona y las vecinas calificaron de brujo a ño Cabrera, y hoy mismo no hay quien le apee el mote de Chirote el brujo, a lo cual contesta él con mucha flema:

—Merecido lo tengo. Eso he ganado por haberme metido a hacer un bien.



La última rubia²

Cuento futuro

Por Clemente Palma

Ilustrado por Laura Garijo (España) / *Miedo*.

A don Antonio Rubió y Lluch



El oro se había agotado absolutamente en las entrañas y en la superficie de la tierra. Era tal la escasez de este precioso metal que sólo uno que otro erudito tenía noticias de que hubiera existido. En un museo de Chicago había dos monedas de diez dollars, guardadas en una urna de cristal, que se consideraban como una de las más valiosas curiosidades. En otro museo de Papeete (Taití), se conservaba un idolillo primitivo, tallado en la extinguida sustancia; en París, Tombuctú, Río Janeiro, Estokolmo, guardaban los museos, con extrema vigilancia, dos luises, una moneda de 50 paras, una de 10,000 reis y una de 20 kroners respectivamente. Si no hubiera sido por todos estos museos la antigua palabra oro, auro, en esperanto,

² Cuentos Malévolos (1904)

habría sido una palabra inútil, aún para expresar el recuerdo de una sustancia que, repito, sólo conocían unos cuantos eruditos. En cambio, la elaboración del diamante se había perfeccionado tanto, que por cincuenta francos se conseguía en el año 3025 uno del tamaño de una naranja.

La investigación de la piedra filosofal se hacía con mucho mayor furor que en la remota Edad Media. Un alquimista logró obtener en unas cajas de uranio fosforescente, un depósito de rayos de sol, que sometidos á una presión de 12.000.000.000.000.000.000.000.813 atmósferas, daba una pasta dorada que podía substituir al oro: tenía su consistencia, su peso atómico, sus propiedades químicas y podría tener las mismas aplicaciones industriales si no tuviera la detestable propiedad de liquidarse con el frío y evaporarse; esperaba el químico que, añadiendo tres ó cuatro billones de presión, obtendría una sustancia más durable. Otro alquimista machacaba en un mortero los estambres de la flor de lis, adicionaba bilis de oso polar, y espolvoreaba la mezcla con granalla de selenio ó molibdeno. En seguida envolvía este menjurje en barro de coke, y lo sometía á las descargas eléctricas de una bobina de Rumkffork de 20 metros de largo, y obtenía una sustancia amarilla y metálica que decía ser oro, pero que tenía el inconveniente de oxidarse con la sangre, y disolverse en el amoniaco.

Pero yo, que adoraba el arte y la ciencia antiguos, que había leído los libros vetustísimos de Flamel, Paracelso, Cornelio Agrippa y otros muy notables alquimistas, sabía una receta segura para obtener el oro, receta que leí en uno de esos libros en nota marginal manuscrita, que traduzco del latín para que el lector, caso de encontrar el principal ingrediente, la aproveche si quiere hacerse rico: “Tomarás un cabello de mujer ruba (rubicunda fomine capellae) y lo pondrás

durante cinco lunaciones á remojar en un matraz con una dracma de ácido muriático; cuando se haya disuelto pondrás el matraz al sol, pero sólo en la época en que Venus es estrella matutina (*venere stelle matutinae esse*) para evitar que sus rayos nocivos (*letalium*) toquen el matraz. En seguida echarás en el líquido media dracma de sangre de drago, media dracma del licor que resuda el laurel, y llenarás por fin el matraz con agua marina (*aquae maris*). El todo lo dejas á evaporar en lo más obscuro de una cueva salitrosa (*cava nitrosas*) y al cabo de un mes encontrarás la mitad del matraz lleno de un polvillo de la color del licopodio, que es oro puro (*aureum vere*) y que fundido en un crisol te podrá dar hasta el peso de cinco ducados”.

Figuraos qué enorme fortuna representaba la cabeza de una mujer rubia. Pero es el caso que así como se había acabado el oro, se habían acabado las rubias. En el año 2279 los mongoles y los tártaros, esas malditas razas amarillas, habían inundado el mundo y malogrado las razas europeas y americanas con la mezcla de su sangre impura. No había rincillo del mundo á donde esa gente no hubiera llegado y estampado la huella de su maldición étnica: no había un rostro que no condujera un par de ojillos sesgados y una nariz chata; no había cabeza que no estuviera cubierta de cerdosa y negra cabellera. Con verdadera rabia esos salvajes macularon la belleza europea, como para anonadar lo que ellos no podían producir. Quizá para asegurarse así las victorias del porvenir. Esa raza se extendió por el mestizaje, como una hiedra inmensa que hubiera cubierto el mundo, y al cabo de tres siglos apenas había uno que otro ejemplar de raza pura. La belleza germana, el tipo griego, la gentileza italiana, la elegancia francesa, la corrección británica, la gracia española son hoy meras tradiciones de las que sólo en los libros antiguos se encuentran relaciones. Unas que otras familias de montañeses habían

conservado los rasgos primitivos de las razas europeas, que el inmundo mestizaje malogró. Así, por ejemplo, mi familia había conservado, hasta hacía cuatro generaciones, la pureza de su raza; pero mi bisabuela se había casado morganáticamente con un acaudalado fabricante de aeroplanos eléctricos, de perfecto origen afgán. Por libros y papeles de familia sabía que mis ascendientes habían sido rubios como el sol, que de las cuatro ramas, tres se habían mezclado: una, la mía, con sangre afgana, otra con las de un mestizo chino y la otra con la de un sastre samoyedo de origen manchú. La cuarta rama se ignoraba qué suerte había corrido. Mi padre me decía, cuando yo le hablaba de la rama perdida:

- Esos parientes son unos estúpidos que tienen la chifladura de la pureza de la sangre.

Me lo decía en esperanto, que es el idioma universal. Yo, a pesar de ser mestizo de afgán, a pesar de mi color bronceado, sentía en el fondo de mi sangre el aristocrático orgullo y el amor a la belleza de esas razas añejas que la ola asiática envolvió y anonadó para siempre; y aplaudía íntimamente el aislamiento de esa rama que había ido a esconder, en oculta cueva o inexpugnable montaña, los últimos rezagos de su estirpe. ¡Pobres pueblos europeos! Un tiempo fueron formados por razas viriles y dominadoras, cuyas energías, en constante acción, se desgastaron y decayeron rápidamente: ese fue el momento en que la raza amarilla invadió el mundo, como un alud gigantesco se amalgamó, se fundió con las razas vencidas y extinguió para una eternidad el espíritu antiguo. Todo lo que habían progresado las ciencias, habían retrocedido las artes, pero no hacia Grecia sino hacia la caverna del troglodita ó al kraal de la tribu salvaje. En ese cataclismo de los bellos ideales y de las bellas formas substituidos por nociones utilitarias y concepciones monstruosas, sólo en uno que otro espíritu retrógrado, como el

mío, había un regreso psicológico a las nociones antiguas, un sentido estético añejo, un salto atrás en el gusto por los ideales y las formas que la ola de sangre infecta había sumergido en el olvido. Tenía la obsesión de buscar por todas las regiones de la tierra la rama perdida o ignorada de mi ascendencia latina, en donde aún se conservaban los rasgos de la antigua belleza. Sentía vivo, avasallador deseo de contemplar una de esas cabezas rubias, que sólo podía ver en los grabados de algunos libros de la biblioteca de curiosidades de Tombuctú; pero debo declarar, en honor de la verdad, que gran parte de mi afán era debido al deseo de realizar el experimento de alquimia que había de hacerme uno de los hombres más ricos.

Una mañana me lancé por los aires en mi aeroplano, llevando buena provisión de carnalita o esencia de carne, legumina, aire líquido, etc., todo lo que necesitaba para proveer a mi vida durante un mes. Crucé é investigué prolijamente las serranías y valles de Afganistán y la Tartaria, las islas de la Polinesia, las selvas y cordilleras de la América austral, todos los vericuetos de la accidentada Islandia: en todas partes encontraba la maldita raza amarilla que había inficionado á la mía, y se había extendido sobre el mundo como una mancha de aceite. En la gran ciudad de Upernafich, fue donde encontré la primera huella de esa familia que yo buscaba. Por los vetustos papeles de la familia sabía que mis antecesores europeos se llamaban Houlot. En un paradero aéreo de Upernawick (sic) oí en el libro fónico de pasajeros este nombre pronunciado por una voz extraña. En varios paraderos oí la misma palabra. Y aun en un hotel más adelantado vi, en el espejo fotogénofono en que se inscriben la imagen y la voz de los pasajeros, ví, repito, la figura de un hombre de unos cincuenta años y de dos mujeres, y oí, al tocar el registro, lo siguiente: “Jean Houlot, mujer é hija (esto en esperanto), últimos

vástagos de la raza gala (esto en francés), pasaron por aquí el 18 de marzo de 3028, con dirección a cabo Kane, orillas del mar Paleocrístico, 87 paralelo”. Me puse loco de contento y al día siguiente, a primera hora, me dirigí al lugar indicado, á donde llegué cuatro horas después.

En la puerta de una casucha embadurnada de sulfuro de radio, que la hacía en extremo fosforescente, había un hombre cuyo rostro era el que yo contemplé en el espejo-registro del hotel. Yo había aprendido tres lenguas muertas: el español, el latín y el francés. Me acerqué al solitario individuo y le dije en este último idioma:

—Señor Houlot, vos sois mi tío, y vengo desde Tombuctú, sólo por conoceros y saludar en vos al último vástago de nuestra gloriosa y malograda raza.

-Bien venido seas... sobrino,- me respondió, con aire huraño y desconfiado. —Ya me conoces... pero dime, pues si eres de mi raza lo disimulas, ¿por qué tu rostro es bronceado?

—Mi padre es afgán; mi madre era una Houlot. Cifro todo mi orgullo en la porción de sangre materna que corre por mis venas. Dejadme, tío, vivir cerca de vos para que seamos los últimos jirones de esa raza que muere con nosotros.

—¡Bah!... no reflexionas que ya en tu sangre hay la mancha asiática.

—¡Oh tío!, pero conservo sin mancha el espíritu de vuestra raza.

—Bueno, quédate si quieres...; pero te advierto que en mi casa no hay sitio para ti.

Y me quedé efectivamente. Hice que unos samoyedos me construyeran una casa a unas cincuenta leguas, ó sea tres cuartos de hora de viaje en aeroplano.

Houlot era muy pobre y yo continuamente le hacía obsequios valiosos de carnalita y oxígeno para calentarse, pues el frío que hacía encima del 85 paralelo era terrible, y se sentía debajo de las pieles de oso y de foca que vestíamos, dejando al descubierto las facciones solamente. Houlot y yo llegamos a intimar, y se admiraba de que siendo yo rico sacrificara mi bienestar en los países del Sur por mera fantasía. Houlot era muy avaro y exageraba su pobreza para explotarme á su gusto. Un día, á pesar de sus precauciones, nos encontramos su hija y yo sobre un témpano. Era una joven de unos 25 años, blanca, pálida, de aspecto enfermizo, de ojos y sonrisas picarescos y con algo de esa belleza perdida que yo había contemplado en las estampas de Tombuctú.

Desde ese día nos amamos locamente al parecer: durante tres meses nos vimos en el mismo sitio y a la misma hora. ¡Cuánto hablamos de amor, iluminados por la luz violácea de la aurora boreal! Y, sin embargo, yo no sabía si era rubia: nunca había visto sus cabellos, pues su vestido de piel de zorro azul, sólo permitía verla el rostro y las manos.

—¡Oh, si fueras rubia, hermosa niña, te amaría más si cabe, te adoraría con delirio y... harías mi fortuna!

—Rubia soy, - me respondió con adorable mohín de picardía.

Poco después salimos Houlot y yo á coger morsas en un banco de hielo, situado a 68 leguas más al Norte, y durante el camino aproveché esta circunstancia para exponer mis pretensiones sobre mi prima.

—Mi buen tío, es probable que jamás encontréis, para marido de vuestra Suzón, un hombre de su raza. Yo la amo y soy correspondido. Concedédmela, que al fin y al cabo de vuestra raza soy.

—Tú no eres sino un mestizo infame... Primero os mataré a ambos que consentir en esa unión que ha de mancillar el último resto de sangre noble que hay sobre la tierra. Ruin asiático, ruin asiático... - murmuraba enfurecido.

Yo, que conocía la avaricia de mi tío, no hice caso de sus injurias y añadí:

—Estoy en posesión de un secreto industrial que me hará riquísimo. Si me concedéis á Suzón, os haré mi socio, y os daré un tercio de mi fortuna actual y de la futura.

Mi tío se ablandó; á poco accedió y al fin quedó convenido en que Suzón y yo nos casaríamos dentro de seis meses.

Al mes siguiente nos dirigimos á Terranova á pasar el verano. Poco después de nuestra llegada, pedí a mi novia un rizo de sus cabellos. Suzón se sonrió: quitóse la toca de piel y expuso ante mis ojos una hermosa cabellera rubia como ámbar.

—Escógelo tú...

Caí extasiado de rodillas, y con mano temblorosa escogí diez o doce hebras, que guardé cuidadosamente en mi cartera.

En una habitación tenía preparados mis matraces y retortas. Bajé á la cueva é hice con los cabellos de Suzón las preparaciones convenientes, con estricta observancia de la fórmula alquimista. Cuando saqué en la época oportuna el matraz, estaba éste tan empañado y cubierto de mitro, que no podía verse el interior. Lleno de impaciencia vacié el contenido: era un polvillo rojizo entremezclado de cristalitos de sal marina y pedacillos de resina. En medio de todo estaban unas cuantas hebras de cabello negruzco y sin lustre. De oro no había el menor rastro. Quedé profundamente desconsolado y caviloso. Fui a casa

de Suzón para pedirle nuevamente cabello, y repetir la experiencia con mayores precauciones. Entré, y no encontrando al viejo tío en la casa, llegué de puntillas hasta el tocador de Suzón. Ella estaba de espaldas á la puerta con la cabeza sumergida en una jofaina.

—Padre, - dijo al sentir mis pasos.

—No es tu padre, soy yo – contesté cariñosamente.

Suzón dio un grito de sorpresa y se volvió: sus cabellos goteaban una agua de color indefinible.

—¡Ah, pícaro, me has sorprendido!

—Si... perdóname... pero ¿qué agua verduzca es esa?...

—Eso es... ¡Bah! ¿Por qué no decírtelo, si no es un crimen? ¿No me dijiste que me amarías con delirio si yo fuese rubia?...

—Sí, ¿y qué? – respondí pálido, con el rostro contraído por la rabia, pues comenzaba a comprender.

—Que todas las mañanas me tiño el cabello para que me quieras más, - contestó, y con cariñosa coquetería me tendió los brazos húmedos al cuello.

Yo sentí como si me hubieran dado un hachazo. Y, rechazándola violentamente, exclamé vibrante de cólera:

—¡Bestia! ¡Lo que yo amaba en ti era a la rubia auténtica, a la última rubia, a la que murió con tu abuela!...

Y, sin perder más tiempo, regresé a Tombuctú, donde revisando mejor los papeles de familia he venido a saber que allá por los años 2222, un Houlot había

ejercido en Iquitos (gran ciudad de 2.500.000 habitantes, en la Confederación Sud-Americana), la profesión de peluquero perfumista y tintorista de cabelleras.

Probablemente no volverá a existir oro en el mundo, y más probablemente aún, tendré que casarme en Tombuctú con alguna joven de ojillos oblicuos, tez amarillenta y cabellos negros á hirsutos.



El círculo de la muerte³

Por Abraham Valdelomar

Ilustrado por Katherine Geraldine Medina Rondón (Perú) / *El círculo de la muerte 1.*

Para Andrés Valle, en Estados Unidos, el país del oro, del esfuerzo y del confort.

I



Harry Black es riquísimo. Su cuñado es millonario y le dispensa una gran protección. Harry gasta el dinero de una manera alarmante. Una tarde en Hartford City remató en diez mil dólares el archivo de cartas de una bailarina; y durante el tiempo que tiene convidados en su casa hace echar perfumes en las fuentes del jardín.

—Pero Harry, amigo mío, usted va a concluir pronto con su fortuna —le reprochaba yo.

³ Publicado originalmente en la revista *Colónida*, N° 2, el 1° de febrero de 1916.

Tomado de "Textos escogidos. Antología" de Abraham Valdelomar (selección de Alonso Rabí Do Carmo). Colección: Peruanos imprescindibles. Libro 7. (2005).

—La fortuna de mi cuñado es eterna. Descuide usted. No se concluirá nunca...

—¿Cómo? ¿Es socio de la Niágara Electric? ¿Su patrimonio corre a cargo del Estado?...

—Pero usted no sabe cómo se hizo millonario mi cuñado Richard?... Espere...

Hizo que el ayuda de cámara pusiese en el *automatic* una goma de The Merry Widow⁴ y empezó de esta manera:

—Los negocios del señor Kearchy marchaban mal. Kearchy, un hombre ingeniosísimo, era ante todo un yanqui. Acostumbrado a ver el mundo desde los edificios de cuarenta pisos de nuestro país, buscaba por encima de todo la resolución del problema de su redención pecuniaria... A un sudamericano —y perdone usted mi franqueza, que es pecado de raza— se le habría ocurrido pedir un ministerio o un puesto en Europa. Una tarde, después de tomar un shop en un bear saloon⁵ de la Quinta Avenida, concibió una idea y se dirigió presuroso con ella donde Kracson, antiguo y sincero amigo suyo, que había llegado a poseer cerca de cien mil dólares en una negociación de cueros con sucursal en Boston y casa central en Wall Street.

El ayuda de cámara dejó instalado a Kearchy en una antesala correctísima. A poco apareció Kracson con su calva augusta y sus labios depilados. Kearchy principió bravamente. Le recordó su vida pasada, una sucesión de triunfos y de

⁴ En una victrola automática puso el disco de “La Viuda Alegre”.

⁵ Probablemente, Valdelomar quiso decir "un chopp en un beer saloon" o un vaso de cerveza en una cervecería.

fracasos. Le dijo cómo había llegado a poseer tierras y estadios en Coney Island, cómo aquellos valores llegaron a hacerlo millonario y cómo últimamente la quiebra fraudulenta de su administrador lo había reducido a la miseria.

Kracson creyó a su amigo, y como lo era de verdad, terminó ofreciéndole un puesto en Boston.

—¡Cómo! ¿Un puesto en Boston?... ¿Y mis sueños de grandeza?... ¿Y mis expectativas para lo porvenir?... ¡Mira, Kracson: en enero de 1905 era yo segundo corredor de Barclay Brothers! En julio del mismo año hice un balance total al asegurar mi vida. Hoy es doce de agosto de 1906, tengo 34 años y he aquí el presupuesto de lo que debo ser en la vida hasta los setenta.

Y alargó a Kracson un pliego tintado en rojo y negro como una factura comercial. Kracson, con la mayor naturalidad del mundo leyó:

Alex Kearchy, a su firma: Debe.

1905 Enero 15 Segundo Corredor de Barclay Brothers... Seis dólares semanales y gratificación.

1905 Julio 18 Primer jefe de la sección de importación... Veinte dólares semanales.

1906 Agosto 12

1906 Enero 18 Contratista con el Estado como empresario del Niágara.

Y seguía una larga lista de puestos ascendentes que concluían en 1942 con los puestos inclusivos de Secretario de Estado y de contratista de empréstitos a varios países sudamericanos.

—Pero en 1906, agosto doce, hay una partida en falso...

—He venido a llenarla precisamente —respondió Kearchy...

—Pero esa debe ser una partida monumental... Y yo...

—No te mortifiques. Lo he previsto todo. Aquí está la garantía para la partida —dijo Kearchy.

Y sacó un segundo pliego que Kracson leyó ávidamente. Decía:

ALEX KEARCHY SE COMPROMETE A ASOCIAR A JOHAN KRACSON EN UNA EMPRESA HUMANITARIA QUE PRODUCE DINERO ETERNAMENTE. LA EMPRESA DEBE EXPLOTAR UN ESPECTÁCULO EN EL CUAL MUERE UN HOMBRE DIARIAMENTE.

—¿Y a eso llamas empresa humanitaria, Kearchy?... Yo no puedo entrar en ese negocio. Mi conciencia, mis costumbres... Yo soy hijo de gentes de buen natural... Yo creo en Dios. Y no puedo aceptar tu propuesta...

Y se salía de la habitación. Kearchy se vio obligado a tomarlo del brazo:

—Kracson —le dijo—, ¡escucha! Tengo el secreto de nuestra verdadera fortuna. Vamos a realizar un espectáculo en el cual muere, a la vista del público, diariamente un hombre. Va a ser un espectáculo que reunirá en un circo más espectadores que los hubo en los circos romanos de Claudio y Calígula. Nuestras

posiciones de Coney Island serían estrechas para cobijar al público. Naturalmente cada uno de los asociados de la Unión paga para ver el espectáculo. Y nosotros somos los únicos dueños del negocio.

—Pero ese espectáculo no puede realizarse. ¿Quién se dejaría matar?... ¿Es que piensas hacer hombres artificiales?...

—Se dejarán matar voluntariamente. Además, en cuanto a tu conciencia, no te importará nunca y yo estoy seguro que cuando, por las noches, tu cabeza descansa en la almohada, lejos de desfilan sombras acusadoras por tu mente, sentirás el baño fresco y la caricia inefable del deber cumplido. Es una obra altruista. Sí, a Washington se le habría ocurrido...

—¿Altruista con un hombre muerto cada día?... Yo no te comprendo...

—Te diré. Tendremos el aplauso del público y de las instituciones de beneficencia. Los diarios aplaudirán entusiasmados nuestra obra. Y quién sabe si cuando pasen los años nuestros cuerpos enlazados en el bronce de la fama se exhibirán en una plaza de la City. Seremos dueños de una fortuna inmensa. He calculado las entradas diarias: palcos, galerías, butacas, sillones de orquesta y bastidores, para las señoras encinta que no podrían ir a la vista del público sin accidentarse. Seis mil dólares de entrada bruta la primera tarde. Diez mil la segunda, y así sucesivamente. De esta manera yo llenaré la partida de hoy y podré seguir cubriendo mi presupuesto hasta mil novecientos cuarentidós...

—¡Ja! ¡Ja! ¡Ja!... Pero lo principal —dijo Kracson—. ¿Quién se deja matar?

—¡Lee!

Y Kearchy alargó un tercer pliego que decía:

U. S. A. Estado de New York.

Municipalidad. Sección de Estadística.

Promedio diario de suicidios:

Por amor 3

Por falta de recursos 5

Por robo 1

Por causas desconocidas ... 2

Total 11

—¿Y qué? —dijo Kracson.

—Que si publicamos este aviso en el New York Herald:

“LAS PERSONAS QUE QUIERAN SUICIDARSE PASEN ANTES
POR LA AGENCIA KRACSON KEARCHY, DONDE RECIBIRAN DIEZ
MIL DOLLARES, AVENIDA FRANKIN 34, PISO 27 L.”

—Si publicamos este aviso los suicidas acudirán, y entonces he aquí el
negocio: implantamos un looping the loop⁶ en automóvil, llevando el operador, el

⁶ Maniobra en aviación, de caer dando vueltas.

suicida, ligadas las manos y cubierto el rostro. El punto de lanzamiento está a ochenta metros de altura, la muerte es rápida y tranquila. De esta sencilla manera el público aplaudirá delirante y el suicida, que poco antes sólo iba a dejar a su familia un poco de lágrimas, dejará para ella, o para quien designe, los diez mil dólares de premio. Los domingos daremos funciones extraordinarias en las que deben morir los excéntricos, los grandes banqueros arruinados o, en fin, aquellas personas que por su talento y virtudes merezcan este señalado honor y sean dignas de llamar la atención pública.

—¡Admirable, Alex!

Y Kracson llenó con su puño las partidas en blanco desde el seis de agosto hasta los setenta años, es decir, desde 1906 hasta 1942.

II

—¿Edad?...

—38 años.

—¿Profesión?...

—Ebanista.

—¿Está resuelto firmemente a matarse?...

—Sí, señor.

—¿Deja parientes?

—Siete pequeños, mi señora y dos sobrinas. Además mi cuñada y su marido. Yo no tengo un céntimo. Si viviera más tendría que robar y me llevarían a la cárcel.

—Corriente. ¿A quién debemos entregar los diez mil dólares?...

—A mi mujer... ¿Y si sobrevivo me lo daréis a mí?...

—Sí. Con un descuento del 25 por ciento...

—¿A qué hora me toca?

—A las cuatro. Pase. Está listo el auto. El circo está lleno. ¡Feliz viaje!

Y sir Kracson oprimía con una mano la diestra del obrero y con la otra presionaba un timbre. Apareció un criado que acompañó a su camarín a ese nuevo artista fugaz.

—¡El número 82! —gritó por el ventanillo Kracson.

En el salón de espera había diez y ocho individuos. Todos esperaban el turno para cancelar el último contrato. Había jóvenes de aspecto enfermizo, pálidos, de ojos azules y de cabello amarillo muriente pegado, a las sienes. Morfinómanos elegantes que esperaban con los ojos velados la voz de oficinista que los llevase a otra vida tan apacible como sus ensueños. Había viejos de cara congestionada; niñas, una de quince años, de aspecto fiero, de cabello rojo y mirada fosca. Ésta se mataba por hastío. La aburría hacer diariamente los largos viajes entre New York y Brooklyn, que le producían el sustento. Además había tenido un amor cortado de improviso. A poco rato ingresó un joven elegante, ligeramente pálido y de ademanes correctísimos.

—Si no me atendéis de preferencia me estrello contra el primer camión —gritó por el ventanillo—. ¡Me toca el 94!

Se abrió la rejilla para dar paso al joven.

—¿Su edad? —le interrogó Kracson.

—26 años.

—¿Estado?

—Soltero.

—¿Tiene usted el firme propósito de matarse?

—¡Como que si se demora usted mucho lo revienta! ¿Usted sabe de lo que es capaz un hombre que va a morir dentro de media hora?... Estoy arruinado. Mis últimos billetes los cambié en Montecarlo. Vengo hastiado y siento tedio de vivir. No temo a nada ni a nadie. Me siento desvinculado de la sociedad. Desde ahora declaro que no tengo nada que hacer con las leyes de mi país. ¡Soy libre! ¡Perfectamente libre! Yo puedo hacer ahora lo que me plazca. Nada se opondrá a mi deseo. Voy a morir dentro de media hora. ¿Qué no puedo hacer?... Este era el último placer que quería experimentar. Ser libre. Ya lo soy. ¡Mátenme!... Me debía a mi novia, pero como no tengo fortuna para casarme con ella, me mato y le dejo el dinero como indemnización... ¡Cancelemos pues!

Kracson extendió el contrato.

III

La avenida de álamos de Garden Park era estrecha para contener el número de personas que acudían a la representación del Círculo de la Muerte. Los autos, las motos, los ómnibus, los carruajes particulares y las limusinas, se disputaban el lugar para llegar al circo.

Las funciones anteriores habían producido una entrada bruta de 40 mil pesos oro. Ocho mil habían servido para las indemnizaciones y el resto era entrada líquida para los señores Kracson y Kearchy.

—¿Quién sube hoy? —inquirió una señora de impertinente a un joven de amplio vestido gris.

—Es Richard Tennyson.

—¿Su cuñado?... —le interrumpí a Harry.

—Sí, el esposo legal de mi hermana Eva.

Y continuó:

—Es un joven distinguidísimo —decía la señora del impertinente—. Tiene esperanzas de vencer y parece que morirá como sus antecesores...

—No —interrumpió un señor burgués—. El joven de hoy es un excéntrico: desea morir.

Un grupo salió de una de las puertas del circo y se dirigió al centro. En medio de él iba el chauffer del automóvil de la muerte: mi cuñado Richard Tennyson. Sonaron los anuncios. La gente se instaló. Los tablados rebosantes tenían el aspecto móvil y polícromo de un cinema en colores. El blanco de los cuellos, las pecheras y los sombreros de paja, daban al conjunto ambiente de frágil movilidad. Un murmullo de admiración hizo converger todas las miradas en la portezuela por donde salía el artista. Vestía un correcto y cerrado gabán de pieles, gorra de nutria y lentes de automovilista. Tenía un marcado aire de distinción. El 40 H. P. lo esperaba, elevado ya, en el lugar del lanzamiento, que era de diez y ocho metros, teniendo la altura máxima ciento veinte. Se dá la última señal. El

artista va a lanzarse. Todos observan sus menores movimientos con esa curiosidad que inspiran los que van a morir. Un silencio absoluto domina el circo.

¡Por fin!... El automóvil se lanza al abismo. Da las dos vueltas obligadas y cuando un desvío de la línea debía ocasionar la caída, una casual inclinación del cuerpo salva al chauffeur y éste, ligados los brazos y vendados los ojos, llega al final de la carrera entre los delirantes aplausos de la multitud.

Le desligan y le hacen pasar el circo entre vítores y aplausos. Una lluvia de sombreros y de monedas no le deja avanzar.

—¡Salve, Salve!...

La granujería neoyorkina, pelirroja y musculosa, lo lleva en hombros, y a su paso las mujeres sonríen y los hombres envidian. Por primera vez Kracson y Kearchy pagaron personalmente el precio de una vida, en pesos oro.

IV

A los tres días, el primer solicitante que llegó a las oficinas de Kracson & Kearchy fue Richard Tennyson.

—¿Usted otra vez?... —le preguntó espantado Kracson.

—Sí, señor. Quiero matarme.

—No es posible. Usted concluirá por echarnos a perder el negocio. Es necesario morir y usted no morirá, seguramente. Usted ha cogido el secreto. Usted les quita el sitio a tantos infelices. Usted no los deja morir...

—Sí señor, me mato. Y si no me aceptan me arrojó contra el primer camión de carga. ¿Usted sabe de lo que es capaz un hombre que va a morir dentro de media hora? Estoy arruinado. Los últimos billetes...

—Basta, sí. Los cambió usted en Montecarlo. Usted es libre, no tiene compromisos... etc... ¡Pero no le matamos a usted!...

—Estáis obligado a matarme.

—¡Pues no le matamos, dear!

—¡Esto es un fraude!

Mi cuñado salió desilusionado. Creía haber encontrado una renta fabulosa y Kracson & Kearchy se lo impedían. A fuerza de dar vueltas al asunto monumental de Kracson & Kearchy, Tennyson se dio cuenta de que el original invento no tenía la exclusiva. Con la mayor discreción se echó a buscarla para sí y un buen día se consiguió en las oficinas del Estado la exclusiva del Círculo de la Muerte, haciendo pequeñas concesiones al Estado. La exclusiva estaba a su nombre, y nadie más que él podía explotar el negocio.

El porvenir de Kracson & Kearchy empezó a nublarse. Le mandaron decir a mi cuñado que lo recibirían en el Círculo de la Muerte, que le harían el favor de matarlo. Pero ya era tarde. El Círculo de la Muerte dio sus últimas funciones. Y a los cinco días justos empezó a funcionar el de mi cuñado. A las bodas de oro, es decir al morir el quinquagésimo individuo se casó Richard con mi hermana Eva. Hoy es millonario. Tiene una fortuna fabulosa. Usted sabe que hace cinco años que existe el Círculo de la Muerte y que el Estado lo protege como una institución humanitaria. Mi cuñado es socio de inmigración, agregado a la empresa de

irrigación en el Far West, socio de beneficencia, protector de varias instituciones altruistas... Es un filántropo...

—¿Y Kracson & Kearchy?...

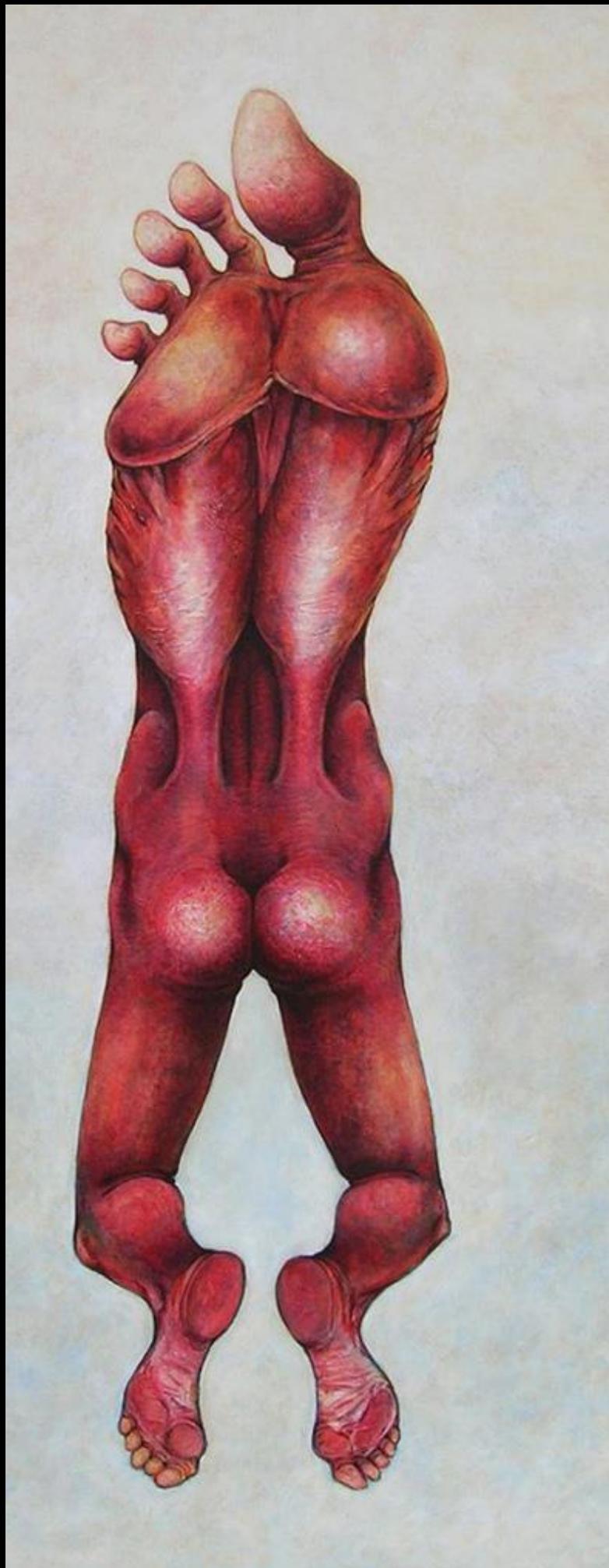
—Han venido a suicidarse dos veces en la empresa de mi cuñado; pero él no los ha recibido. Dice que le echarían a perder el negocio. La última vez que vinieron Richard les ofreció puestos en la misma oficina del Círculo. Kracson aceptó, pero Kearchy salió irritado. Verdaderamente es un hombre ingenioso y pronto conseguirá otro negocio tan monumental como el primero. Sólo que esta vez no se le olvidará pedir exclusiva. Mientras tanto, mi cuñado seguirá enriqueciéndose hasta la consumación de los siglos...

—O hasta que se les acaben los suicidas...

—No se acabarán nunca, porque siempre habrá enamorados tristes, aristócratas, morfinómanos, banqueros arruinados, poetas neurasténicos, niñas abandonadas e individuos hambrientos. En último caso —dijo riendo Harry—, allí está Kearchy como reserva. Si en vez de salvarse en el Círculo de la Muerte se estrellara, como es probable, se daría el primer caso de un yanqui que fracase...

Pero Kerchy salvará, es un hombre ingenioso. Ahora hace sus paseos por la Quinta Avenida...

La goma se ha detenido. Las melodías de *The Merry Widow* han dejado de sonar en las cajas del *automatic*.



Los caynas⁷

Por César Vallejo

Ilustrado por Yolyanko William Argüelles Trujillo(Cuba)/ *Cosmic Nights No 2*



uis Urquizo lanzó una carcajada, y, tragándose todavía las últimas pólvoras de risa, bebió ávidamente su cerveza. Luego, al poner el cristal vacío sobre el zinc del mostrador, lo quebró, vociferando:

—¡Eso no es nada! Yo he cabalgado varias veces sobre el lomo de mi caballo que caminaba con sus cuatro cascos negros invertidos hacia arriba. ¡Oh, mi soberbio alazán! Es el

paquidermo más extraordinario de la tierra. Y más que cabalgarlo así sorprende, maravilla, hace temblar de pavor el espectáculo en seco, simple y puro de líneas y movimientos que ofrece aquel potro cuando está parado, en imposible gravitación hacia la superficie inferior de un plano suspendido en el espacio. Yo no puedo contemplarlo así, sin sentirme alterado y sin dejar de huir de su presencia, despavorido y como acuchillada la garganta. ¡Es brutal! Parece

⁷ Revista *Alfar* (España, 1924)

entonces una gigantesca mosca asida a una de esas vigas desnudas que sostienen los techos humildes de los pueblos ¡Eso es maravilloso! ¡Eso es sublime! ¡Irrracional!

Luis Urquizo habla y se arrebatata, casi chorreando sangre el rostro rasurado, húmedos los ojos. Trepida; guillotina sílabas, suelda y enciende adjetivos; hace de jinete, depone algunas fintas; conifica en álgidas interjecciones las más anchas sugerencias de su voz, gesticula, iza el brazo, ríe: es patético, es ridículo: sugestionata y contagia en locura.

Después dijo:

—Me marchó— Y corriendo, saltó el dintel de la taberna y desapareció rápidamente

—¡Pobre! —exclamaron todos—. Está completamente loco.

Urquizo, en verdad, estaba desequilibrado. No cabía duda. Así lo confirmaba el curso posterior de su conducta. Aquel hombre continuó viendo las cosas al revés, trastrocándolo todo, a través de los cinco cristales ahumados de sus sentidos enfermos. Las buenas gentes de Cayna, pueblo de su residencia, hicieron de él, como es natural, blanco de cruel curiosidad y cotidiana distracción de grandes y pequeños.

Años más tarde, Urquizo, por falta de cura oportuna, agravóse en forma mortal en su demencia, y llegó al más truculento y edificante diorama del hombre que tiene el triángulo de dos ángulos, que se muerde el codo, que ríe ante el dolor, y llora ante el placer: Urquizo llegó a errar allende las comisuras eternas, a

donde corren a agruparse, en son de armonía y plenitud, los siete tintes céntricos del alma y del color.

Por entonces, yo le encontré una tarde. Desde que le avisté, pocos pasos antes de cruzarnos, despertóse en mí desusada piedad hacia aquel desgraciado, que, por lo demás, era primo mío en no sé qué remota línea de consanguinidad materna; y, al cederle la vereda, saludándole de paso, tropecéme en uno de los baches de la empedrada calle, y fui a golpear con el mío un antebrazo del enfermo. Urquizo protestó colérico:

—¡Quía! ¿Está usted loco?

La exclamación sarcástica del alienado me hizo reír; y más adelante fue ella motivo de constantes cavilaciones en que los misterios de la razón se hacían espinas, y empozábanse en el cerrado y tormentoso círculo de una lógica fatal, entre mis sienes. ¿Por qué esa forma de inducción para atribuirme la descompaginación de tornillos y motores que sólo en él había?

Este último síntoma, en efecto, traspasaba ya los límites de la alucinación sensorial. Esto era ya más trascendental, sin duda, desde que representaba, nada menos que un raciocinio, un atar de cabos profundos, un dato de conciencia. Urquizo debía, pues, creerse a sí mismo en sus cabales; debía de estar perfectamente seguro de ello, y, desde este punto de vista suyo, era yo, por haberle golpeado sin motivo, el verdadero loco. Urquizo atravesaba por este plano de juicio normal que se denuncia en casi todos los alienados; plano que, por su desconcertante ironía, hiere y escarnece los riñones más cuerdos, hasta quitarnos toda rienda mental y barrer con todos los hitos de la vida. Por eso, la

zurda exclamación de aquel enfermo clavóse tanto en mi alma y todavía me hurga el corazón.

Luis Urquizo pertenecía a una numerosa familia del lugar. Era, por infortunado, muy querido de los suyos, quienes le prestaban toda suerte de cuidados y amorosa asistencia.

Un día se me notificó una cosa terrible. Todos los parientes de Urquizo, que convivían con él, también estaban locos. Y todavía más. Todos ellos eran víctimas de una obsesión común, de una misma idea, zoológica, grotesca, lastimosa, de un ridículo fenomenal; se creían monos, y como tales vivían.

Mi madre invitóme una noche a ir con ella a saber del estado de los parientes locos. No encontramos en la casa de éstos sino a la madre de Urquizo, quien cuando llegamos, se entretenía en hojear tranquilamente un cartapacio de papeluchos, a la luz de la lámpara que pendía en el centro de la sala. Dado el aislamiento y atraso de aquel pueblo, que no poseía instituciones de beneficencia, ni régimen de policía, esos pobres enfermos de la sien salían cuando querían a la calle; y así era de verlos a toda hora cruzar por doquiera la población, introducirse a las casas, despertando siempre la risa y la piedad en todos

La madre de los alienados, apenas nos divisó, chilló agudamente, frunció las cejas con fuerza y con cierta ferocidad, siguió haciéndolas vibrar de abajo arriba varias veces, arrojó luego con mecánico ademán el pliego que manoseaba; y, acurrucándose sobre la silla, con infantil rapidez de escolar que se enseria ante el maestro, recogió los pies, dobló las rodillas hasta la altura del nacimiento del cuello, y, desde esta forzada actitud, parecida a la de las momias, esperó a que

entrásemos a la casa, clavándonos, cabrilleantes, móviles, inexpresivos, selváticos, sus ojos entelarañados que aquella noche suplantaban asombrosamente a los de un mico. Mi madre asióse a mí asustada y trémula, y yo mismo sentíme sobrecogido de espeluznante sensación de espanto. La loca parecía furiosa extraviada, bajo la corta cabellera que le caía en crinejas asquerosas hasta los ojos, empezaba luego a fruncirse y moverse sobre el miserable y haraposos tronco, volviéndose a todos lados, como solicitada por invisibles resortes o por misteriosos ruidos producidos en los ferrados barrotes de un parque. La loca, después, como si prescindiera de nosotros, empezó a rascarse y espulgarse el vientre, los costados, los brazos, triturando los fantásticos parásitos con sus dientes amarillos. De breve en breve chillaba largamente, escrutaba en torno suyo y aguaitaba a la puerta, como si no nos advirtiera. Madre, transcurridos algunos minutos de expectación y de miedo, hízome señas de retroceder, y abandonamos la casa.

De esta lúgubre escena hacía veintitrés años cumplidos, cuando después de haber vivido, separado de los míos durante todo aquel tracto de tiempo, por razón de mis estudios en Lima, tornaba yo una tarde a Cayna, aldea que, por lo solitaria y lejana era como una isla allende las montañas solas. Viejo pueblo de humildes agricultores, separado de los grandes focos civilizados del país por inmensas y casi inaccesibles cordilleras, vivía a menudo largos períodos de olvido y de absoluta incomunicación con las demás ciudades del Perú.

Debo llamar la atención hacia la circunstancia asaz inquietante de no haber tenido noticias de mi familia, en los seis últimos años de mi ausencia.

Mi casa estaba situada casi a la entrada de la población. Un acanelado poniente de mayo, de esos dulces y cogitabundos ponientes del oriente peruano,

abríase de brazos sobre la aldea que no sé por qué tenía a esa hora, en su soledad y abandono exteriores, cargado olor a desventura, tenaz aire de lástima. Tal una roña de descuido y destrucción inexplicable rezumaba de todas partes. Ni un solo traseúnte. Y apenas crucé las primeras esquinas, opacáronse mis nervios, golpeados por una súbita impresión de ruina; y sin darme cuenta, estuve a punto de llorar.

El portón lacre y rústico de la mansión familiar apareció abierto de par en par. Descendí de la cabalgadura, y, jadeante de lacerada ternura, torpe de presagiosa emoción, hablando al sudoroso lento animal, avancé zaguán adentro. Inmediatamente, entre el ruido de los cascos, despertáronse en el interior destemplados gritos guturales, como de enfermos que ululasen en medio del delirio y la fatiga.

No podré ahora precisar la suerte de pétreas cadenas que, anillándose en mis costados, en mis sienes, en mis muñecas, en mis tobillos, hasta echarme sangre, mordieronme con fieras dentelladas, cuando percibí aquella especie de doméstica jauría. La antropoidal imagen de la madre de Urquizo surgió instantáneamente en mi memoria, al mismo tiempo que invadíame un presentimiento tan superior a mis fuerzas que casi me valía por una aciaga certeza de lo que, breves minutos después, había de dar con todo mi ser en la tiniebla

A toda voz llamé casi gimiendo.

Nada. Todas las puertas de las habitaciones estaban, como la de la calle, abiertas hasta el tope. Solté la brida de mi caballo, corrí de corredor en corredor, de patio en patio, de aposento en aposento, de silencio en silencio; y nuevos

gruñidos detuviéronme por fin, delante de una gradería de argamasa que ascendía al granero más elevado y sombrío de la casa. Atisbé. Otra vez se hizo el misterio.

Ninguna seña de vida humana; ni un solo animal doméstico. Extrañas manos debían de haber alterado, con artimañoso desvío del gusto y de todo sentido de orden y comodidad, la usual distribución de los muebles y de los demás enseres y menaje del hogar.

Precipitadamente, guiado por secreta atracción, salté los peldaños de esa escalera; y, al disponerme a trasponer la portezuela del terrado, la advertí franca también. Detúvome allí inexplicable y escalofriante tribulación; dudé por breves segundos, y, favorecido por los destellos últimos del día, avizoré ávidamente hacia adentro.

Rabioso hasta causar horror, desnaturalizado hasta la muerte, relampagueó un rostro macilento y montaraz entre las sombras de esa cueva. Enristrando todo mi coraje –¡pues que ya lo suponía todo, Dios mío!– me parapeté junto al marco de la puerta y esforcéme en reconocer esa máscara terrible.

¡Era el rostro de mi padre!

¡Un mono! Sí. Toda la trunca verticalidad y el fácil arresto acrobático; todo el juego de nervios. Toda la pobre carnación facial y la gesticulación; la osamenta entera. Y, hasta el pelaje cosquilleante, ¡oh la lana sutilísima con que está tramada la inconsútil membrana de justo, matemático espesor suficiente que el tiempo y la lógica universal ponen, quitan y trasponen entre columna y columna de la vida en marcha!

–Khrrrrr.... Khrrrrr....– silbó trémulamente.

Puedo asegurar que por su parte él no me reconocía. Removiósese ágilmente, como posicionándose mejor en el antro donde ignoro cuando habíase refugiado; y, presa de una inquietud verdaderamente propia de un gorila enjaulado, ante las gentes que lo observan y lo asedian, saltaba, gruñía, rascaba en la torta y en el estucado del granero vacío, sin descuidarse de mí ni por un solo momento, presto a la defensa y al ataque.

—¡Padre mío!— rompí a suplicarle, impotente y débil para lanzarme a sus brazos.

Mi padre entonces depuso bruscamente su aire diabólico, desarmó toda su traza indómita y pareció salvar de un solo impulso toda la noche de su pensamiento. Deslizóse en seguida hacia mí, manso, suave, tierno, dulce, transfigurado, hombre, como debió de acercarse a mi madre el día en que se estrecharon tanto y tan humanamente, hasta sacar la sangre con que llenaron mi corazón y lo impulsaron a latir a compás de mis sienas y mis plantas.

Pero cuando yo ya creía haber hecho la luz en él, al conjuro milagroso del clamor filial, se detuvo a pocos pasos de mí, como enmendándose allá, en el misterio de su mente enferma. La expresión de su faz barbada y enflaquecida fue entonces tan desorbitada y lejana, y, sin embargo, tan fuerte y de tanta vida interior, que me crispó hasta hacerme doblar la mirada, envolviéndome en una sensación de frío y de completo trastorno de la realidad.

Volví, no obstante, a hablarle con toda vehemencia. Sonrió extrañamente.

—La estrella...— balbuceó con sorda fatiga. Y otra vez lanzó agrios chillidos.

La angustia y el terror me hicieron sudar glacialmente. Exhalé un medroso sollozo, rodé la escalinata sin sentido y salí de la casa.

La noche había caído del todo.

¡Es que mi padre estaba loco! ¡Es que también él y todos los míos creíanse cuadrumanos, del mismo modo que la familia de Urquizo! Mi casa habíase convertido, pues, en un manicomio. ¡El contagio de los parientes! ¡Sí; la influencia fatal!

Pero esto no era todo. Una cosa más atroz y asoladora había acontecido. Un flagelo del destino; una ira de Dios. No sólo en mi hogar estaban locos. Lo estaba el pueblo entero y todos sus alrededores.

Una vez fuera de la casa, echéme a caminar sin saber adónde ni con qué fin, padeciendo aquí y allá choques y cataclismos morales tan hondos que antes ni después los ha habido semejantes que abatieran más mi sensibilidad.

Las calles tenían aspecto de tapiados caminos. Por doquiera que salíame al paso algún transeúnte, saltaba en él fatalmente una simulación de antropoide, un personaje mímico. La obsesión zoológica regresiva, cuyo germen primero brotara tantos años ha en la testa funámbula de Luis Urquizo, hablase propagado en todos y cada uno de los habitantes de Cayna, sin variar absolutamente de naturaleza. A todos aquellos infelices les había dado por la misma idea. Todos habían sido mordidos en la misma curva cerebral.

No conservo recuerdo de una noche más preñada de tragedia y bestialidad, en cuyo fondo de cortantes bordes no había más luz que la natural de los astros, ya que en ninguna parte alcancé a ver luz artificial. ¡Hasta el fuego, obra y signo fundamentales de humanidad, había sido proscrito de allí! Como a través de los dominios de una todavía ignorada especie animal de transición, peregriné por ese lamentable caos donde no pude dar, por mucho que lo quise y lo busqué,

con persona alguna que librado hubiérase de él. Por lo visto, había desaparecido de allí todo indicio de civilidad.

Muy poco tiempo después de mi salida, debí de haber tornado a mi casa. Advertíme de pronto en el primer corredor. Ni un ruido. Ni un aliento. Corté la compacta oscuridad que reinaba, crucé el extenso patio y di con el corredor de enfrente. ¿Qué sería de mi padre y de toda mi familia?

Alguna serenidad tocó mi ánimo transida. Había que buscar a todo trance y sin pérdida de tiempo a mi madre, y verla y saberla sana y salva y acariciarla y oírla que llora de ternura y que gozo al reconocermé, y rehacer, a su presencia, todo el hogar deshecho.

Había que buscar de nuevo a mi padre. Quizás, por otro lado, sólo él estaría enfermo. Quizás todos los demás gozarían del pleno ejercicio de sus facultades mentales.

¡Oh, sí, Dios mío! Engañado habíame, sin duda, al generalizar de tan ligero modo. Ahora caía en cuenta de mi nerviosidad del primer momento y de lo mal dispuesta que había estado mi excitable fantasía para haber levantado tan horribles castillos en el aire. Y aun ¿acaso podía estar seguro de la demencia misma de mi padre?

Una fresca brisa de esperanza acaricióme hasta las entrañas.

Franqueé, disparado de alegría, la primera puerta que alcancé entre la oscuridad, y, al avanzar hacia adentro, sin saber por qué, sentí que vacilaba, al mismo tiempo que, inconscientemente, extraía de uno de los bolsillos una caja de fósforos y prendía fuego.

Escudriñaba la habitación, cuando oí unos pasos que se aproximaban por los corredores. Parecían atropellarse.

La sangre desapareció del todo de mi cuerpo; pero no tanto que ello me obligase a abandonar la cerilla que acababa de encender.

Mi padre, tal como le había visto aquella tarde, apareció en el umbral de la puerta, seguido de algunos seres siniestros que chillaban grotescamente. Apagaron de un revuelo la luz que yo portaba, ululando con fatídico misterio:

—¡Luz! ¡Luz!... ¡Una estrella!

Yo me quedé helado y sin palabra.

Más, de modo intempestivo, cobré luego todas mis fuerzas para clamar desesperado:

—¡Padre mío! ¡Recuerda que soy tu hijo! ¡Tú no estás enfermo! ¡Tú no puedes estar enfermo! ¡Deja ese gruñido de las selvas! ¡Tú no eres un mono! ¡Tú eres un hombre, oh, padre mío! ¡Todos nosotros somos hombres!

E hice lumbre de nuevo.

Una carcajada vino a apuñalarme de sesgo a sesgo el corazón. Y mi padre gimió con desgarradora lástima, lleno de piedad infinita.

—¡Pobre! Se cree hombre. Está loco... La oscuridad se hizo otra vez.

Y arrebatado por el espanto, me alejé de aquel grupo tenebroso, la cabeza tambaleante.

—¡Pobre! —exclamaron todos— ¡Está completamente loco!...

* * *

–Y aquí me tienen ustedes, loco– agregó tristemente el hombre que nos había hecho tan extraña narración.

Acercósele en esto un empleado, uniformado de amarillo y de indolencia, y le indicó que le siguiera, al mismo tiempo que nos saludaba, despidiéndose de soslayo:

–Buenas tardes. Le llevo ya a su celda. Buenas tardes.

Y el loco narrador de aquella historia, perdióse lomo a lomo con su enfermero que le guiaba por entre los verdes chopos del asilo; mientras el mar lloraba amargamente y peleaban dos pájaros en el hombro jadeante de la tarde...



contemporáneos



El primer amanecer⁸

Por Juan Rivera Saavedra

Ilustrado por Lorena Rius Morón (España) / *S.t.*



espués de seis meses de su llegada a aquel planeta, de seis meses de noches interminables, empezó a amanecer.

Surgió el sol, se agigantó en el firmamento y se fue encendiendo lentamente de un intenso color rojo.

Era el primer amanecer.

Abajo, el calor era insoportable. Las pistas empezaron a deshacerse, a correr como agua, y ya nadie pudo caminar sobre ellas. Las casas parecían verdaderos hornos, pero sus ocupantes no se atrevieron a salir por temor a morir quemados.

El pueblo, entonces, en un arranque de impotencia, maldijo la bomba atómica y la de hidrógeno, por cuya causa se encontraban en otro planeta sufriendo aquel calor inesperado. Mas el sol siguió ardiendo.

⁸ *Cuentos sociales de ciencia-ficción*, Horizonte, Lima, 1976.

Las casas adquirieron primero un tono amarillo, luego un anaranjado y por último un rojo escarlata.

El planeta invadido no tardó en convertirse en un infierno dantesco, y los hombres de plástico —que lo habitaban— se desintegraron.



22/1/2015
R CASTELLO

Marta⁹

Por José B. Adolph

Ilustrado por Rafa Castelló Escrig (España) / *Fauno*.



a batalla final, me dije, no es la del bien y el mal: es aquella que, en el universo minucioso de cada día, enfrenta diversos niveles del infierno. Dios y sus eufemismos -oníricas emanaciones del caos- se disuelven como la tartamudeante incoherencia de un loco. (Marta me mira desde su escritorio, seis metros más allá. ¿Sonríe? Se acerca; lee por sobre mi hombro: "Dios y sus eufemismos, oníricas emanaciones..." Menea la cabeza en simulado escándalo. Dice: "Joyce no eres aparatoso cocodrilo" y vuelve a su sitio. Unas lágrimas me chorrean hacia adentro -nunca hacia fuera-, no por su esbozo de justísima crítica literaria, sino porque es tan espantosamente inocente, tan patológicamente sana).

Pongamos las cosas así: Marta trabaja en esta redacción desde hace seis meses, durante cuyo transcurso se ha enamorado cinco veces, tres de las cuales la

⁹ *La batalla del café*, publicado en Lima en 1984.

portaron hacia otros tantos lechos. El promedio de duración de cada romance: 2,4 semanas. Ninguno de sus ¿qué? ¿amantes, enamorados, pretendientes, pretendidos, ilusiones, oníricas emanaciones de su deseo y de su soledad? pertenecía, a alguien gracias, a esta redacción. Dos poetas, un periodista de otro corral, un esotérico traficante internacional de mercaderías turbias pero no ilegales y un destacado miembro del partido que nos gobierna. Marta no es ni joven ni vieja: exactamente treinta años, con tendencia a ser algo gorda pero sin serlo todavía, cómoda melena negra sobre un rostro algo jadeante; escribe bien pero poco, carece de un concepto definido del tiempo -quiero decir, de la hora-, es asombrosamente inteligente y, como suele ocurrir, asombrosamente estúpida: lo que dije, sana. Básicamente cree en la gente, sobre todo en los hombres. Con su séptimo amante, y ni un minuto antes, tuvo su primer orgasmo con un hombre. Sabe la verdad sobre las personas (pese a lo afirmado anteriormente) y no sabe nada. Quiere todo y no quiere nada. Es la suma de persona de sexo femenino más inteligencia más sexualidad largo tiempo reprimida o desviada: se sigue desviando, ahora hacia la bondad. Trato de ser cínico y no puedo. No con ella. O sobre ella.

Me quiere mucho, y yo a ella: yo fui el séptimo, tres o cuatro años atrás. Ahora la relación ha ¿ascendido? ¿descendido? ¿variado? hacia una cariñosa amistad. Pero todo eso es otro tema. O me da la gana que lo sea.

Sigamos poniendo las piezas. Decía que la batalla final, etcétera, y hablé de los niveles del infierno, de ese infierno que el idiota solitario y retraído de Sartre ubicaba en el Otro. Ni Marta ni yo hemos mencionado que sabemos que el infierno es, en realidad, la ausencia del Otro. No somos alsacianos hijos únicos, feos y perversos, que ven los fieros ojos judíos de Dios en los demás: buena parte de nuestras vidas, ¿eh, cocodrilo?, consiste en agradecer cualquier mirada,

cualquier odioso rayo láser en nuestra soledad. Aparatoso cocodrilo, ¿eh? No, Joyce no soy, aunque mi grosera sexualidad. Pero basta.

Cuando Marta me sonrío a través de la redacción, sé que ha vuelto a sonar la campana y que se inicia un nuevo round: Marta ha conocido a alguien. Como se puede apreciar, no juzgo. Describo. Continuará así: magia. Esa es la palabra que ella usa. ¿Y por qué no? Mi grosera sexualidad etcétera utiliza otros términos. Sostengo, inútilmente, que el amor (o la magia) no aparece cada 2.4 semanas. El deseo, sí. Lo que en los perros -seres menos atribulados que Joyce- se denomina celo. Marta, indignada quizás con razón, deja de sonreír y pone cara de haber chupado un limón. Por mi parte, pienso que ambos exageramos: hay algo que puede aparecer cada 2.4 semanas, o no abandonarnos nunca, como una veleta que gira con el viento sin abandonar el techo: la soledad.

¿Cómo resumir sin traicionar la intrincada y a la vez sencilla personalidad de Marta, sobre todo en un país en el cual consciente o inconscientemente, sincera o hipócritamente, la combinación de intelecto con ovarios, no suele ser popular? Pienso que la descripción está implícita en la pregunta. En la práctica, eso significa que la soledad en una mujer así adquiere una especial dimensión de inseguridad y contradicción: el quiero-no quiero, habitualmente desplegado en años o siquiera meses, en ella puede encogerse a minutos en torno a un par de cafés. Hasta ahora no la conozco. Quiero decir: hasta ahora no sé qué siento cuando me sonrío. Quiero a mi esposa y siempre la quise, y me dicen los que saben -entre ellos Marta, que sabe todo y nada sabe- que no se puede amar a más de una persona a la vez. Alguien debe estar equivocado, además de Sartre.

¿Dije que tiene treinta años? Creo que sí, pero esa es una falacia: en puridad, Marta es una adolescente que se observa a sí misma desde su temprana vejez. Sólo

que -y por eso anoto esto- de pronto suspende todo juicio y junta briznas de un hombre para construir otro, productor de magia, como un pajarito fabricando un nido. Luego, se sienta a empollar y se viene abajo: no había nido; sólo briznas. Pero no es inconsciente: sabe lo que ocurre; quizás necesite que ocurra.

Hablando de niveles de infierno, descubro quién es el escogido esta vez: es de casa. Un redactor nuevo. Entre 35 y 40 años, casado, dos hijos, esbelto, atractivo, capaz en su oficio. Sonríe de vez en cuando pero no es frívolo; más bien algo solemne. Lo he adivinado con facilidad: Marta nunca supo ocultar sus sentimientos, aunque se considera una gran conspiradora. Miradas, miradas, miradas. Para mí es suficiente; suspiro; como un personaje de historieta norteamericana me digo: "aquí vamos otra vez". ¿Estoy celoso? Estoy celoso.

(Como si lo viera: lo rodea, le conversa, se sienta a su lado, le consulta, le habla de Lima nocturna y de la apasionante locura de sus personajes. Se hace invitar un café o, si el tipo es de aluminio, lo invita ella. Poco después, sus caderas chocarán contra el escritorio o derribará un azucarero o se tomará un trago y se chorreará la barbilla).

Y ahora supongamos lo siguiente: el tipo está más bien intimidado. Piensa: si a estas alturas engañara a mi mujer, sin duda no sería con una periodista escandalosa y romántica. Por otra parte, y aquí reaparece aquello de mi sexualidad grosera y etcétera, un polvo fácil no es de despreciar, pero por otro lado y por otra parte y a su vez y más bien, etcétera nuevamente. Y Marta piensa: claro me gusta pero el sexo no es lo único pero si dura puede convertirse en magia aunque la magia no dependa del sexo aunque sí dependa mejor me olvido de todo pero qué debo decirle si le digo que me invite un café va pensar que yo pero si no

le digo pensaré que yo y si le escribo una notita amorosa pensará que yo mejor me olvido de todo pero me gusta y es justo lo que ando buscando pero. Y así.

Situación tal no puede durar eternamente, me digo. Redoblo mis esfuerzos con la máquina de escribir y fabrico diez centímetros más de insulsa objetividad. Pienso: por todas partes crecen los malentendidos, regados por la definitiva inteligencia de Dios. El redactor nuevo cacarea y se ríe con unos colegas allá al fondo de la sala. ¿Será posible que uno de ellos haya mirado furtivamente a Marta antes de lanzar otra de sus carcajadas criollas? Es posible. De hecho. Estoy preocupado. Sé que ha ocurrido antes, pero yo no lo he visto. Ahora, la azucarada mezquindad de la traición se está esculpiendo ante mis ojos. Marta, ciega y sorda, tararea algo mientras redacta. Yo enciendo un cigarrillo y miro a la pared.

Al día siguiente Marta me invita un café. Salimos a la cafetería. Reconozco su mirada de insegura felicidad. Me muestra un papelito sucio y varias veces doblado: lo que me temía. Un poemita anónimo. Me excuso de reproducir su aparatosa banalidad; no lleva firma. "Apareció sobre el rodillo de mi máquina", me dice Marta. "¿Crees que sea de él?"

"¿Sobre tu máquina? ¿En un lugar público?". Sé que pierdo la guerra, esa guerra emprendida para salvarla de una ilusión rota. ¿Salvarla por qué? El resto es silencio.

"Es que podría ser que...". Me ahorro la lista de salvavidas que Marta emprende para cubrir lo obvio con las sedas del misterio. Resumamos: a la noche siguiente, yendo al baño de la dirección que es el más limpio -o el menos sucio- del periódico, oigo jadeos en la oscura oficina de la subdirección. Conozco uno de los jadeos: no necesito mirar.

Al volver a la redacción, el grupito de amigos del nuevo calla de pronto y se disuelve. Naturalmente, el portador de la magia les ha hecho un divertido discursito anunciando sus próximos minutos de gloria y jadeo. Como si lo estuvieran viendo en un videotape. Decido irme antes de que la feliz pareja retorne.

Al día siguiente, Marta llega temprano. Siento un vacío: me lo va a contar todo, como siempre. El hombre todavía no ha venido. Marta se sienta a mi lado y sonrío de oreja a oreja mientras me entrega otro papelito. No necesito abrirlo.

"Yo le dejé este poema en su escritorio anoche", me dice. "¿No quieres leerlo?"

Lo leo. Como poema, no está mal. Como cualquier otra cosa, es horrendo. Respiro con dificultad. Me evado hacia mi grosera sexualidad:

"¿Antes o después de tu inspección a la subdirección?"

Chupa su limón. "Asqueroso", dice. "Antes".

"Marta", le digo, y no puedo decir más.

"¿La nueva moda es seguirme en la oscuridad?", pregunta. No ha comprendido nada. Un par de integrantes del grupito hace su ingreso, saluda con extrema efusividad a Marta y a mí. Marta mira hacia la puerta: ya sabemos a quién espera. A quien espera, debo escribir para dar una imagen más exacta. Tiene la cabeza erecta, con orgullo y expectación. Es feliz.



El aparato¹⁰

Por Carlos Calderón Fajardo

Ilustrado por Katherine Geraldine Medina Rondón (Perú) / *Volar como los pájaros*



i esposa Grimanesa y yo entramos como empleados a un *sex shop* muy jóvenes. Ella atendía a las mujeres, yo a los hombres. Cuando nos hicimos viejos cambiamos: ella empezó a atender a los hombres y yo a las mujeres.

No sé cuánto tiempo vivimos, trabajamos, solo admirándonos. Era imposible en ese ambiente que entre nosotros hubiese miradas de amor. Lo obvio era que en un trabajo de ese tipo solo pudiésemos mirarnos morbosamente. No era tanto los artefactos los que incentivaban nuestra imaginación sino los clientes, la cara de los clientes, la

¹⁰ Publicado en la revista impresa Tinta Expresa (nº4, 2010). Autorizada su publicación por su hijo Pablo Salazar-Calderón Galliani.

expresión de los clientes, imaginar lo que esa gente podía hacer con los aparatos que adquirirían.

Grimanesa lo supo desde el principio, que lo nuestro terminaría en matrimonio. En realidad, nos casamos después que empezamos a almorzar juntos. Antes no teníamos tiempo para hacer amistad. Era muy amplia la clientela solo para dos vendedores. Así que en una primera etapa ella iba a almorzar y yo me quedaba en la tienda. Cuando ella regresaba era mi turno de ir al restaurante. En la noche, luego de cerrar la tienda, Grimanesa salía corriendo para llegar a su casa lo más temprano posible convencida, por su experiencia en la tienda, que en esa ciudad abundaban los pervertidos.

Con los años el negocio creció. Llegaron nuevos aparatos, más sofisticados. La clientela también creció considerablemente. Al dueño de la tienda no le quedó otra cosa que ampliar el negocio, ampliar el local y contratar nuevo personal, incluso vigilantes. Como Grimanesa y yo éramos los empleados más antiguos, salimos juntos a almorzar después de años. Y mientras almorzábamos solo uno era el tema de conversación: los clientes, algunos viejos clientes, los aparatos que compraban, lo que pensábamos que esa gente hacía con los artefactos.

Ella no necesitó pedirme que la acompañara a su casa luego de salir del trabajo. Ella no necesitó pedirme que me casara con ella. Probablemente fue algo ocasionado por el trabajo que hacíamos, un daño colateral, la cosa es que la noche de bodas no pude lograr una erección decente. Grimanesa, que siempre me había amado de otra manera, me dijo que no necesitábamos ningún aparato, ni siquiera el mío.

Esta historia podría terminar acá, pero creo que merece ser contada hasta el maravilloso momento en el que realmente termina.

Nos hicimos viejos y decidimos jubilarnos juntos. El dueño, que no veía cómo librarse de esos dos ancianos que no eran buena imagen para el negocio, nos aceptó la renuncia de inmediato y en un arranque sentimental nos dijo que podíamos llevarnos de la tienda como recuerdo lo que quisiésemos.

Grimanesa no lo pensó. Se dirigió al lugar donde se encontraban los consoladores de plástico. Cogió el más grande, uno muy grande, de un material de última generación, muy real, tanto que parecía vivo, de verdadera carne. Medía aproximadamente unos cuarenta centímetros. Lo envolvimos en una bolsa y nos lo llevamos a casa.

No podíamos ponerlo en la sala, en el comedor. No lo habrían comprendido la gente que nos visitaba, los vecinos se habrían escandalizado. Su sitio natural era en nuestro dormitorio. Le compramos una cuna y lo colocamos cubierto con un velo como un bebé. Grimanesa volcó en ese aparato todo el afecto maternal que tenía contenido. No sé cómo pasó, pero el aparato terminó en nuestra cama. Echado entre Grimanesa y yo.

Algo muy emocionante debió haber ocurrido porque una noche de verano el aparato terminó eyaculando. Lanzó dos grandes escupitajos de esperma que cayeron sobre las sábanas como un par de lágrimas de cristal.



oveles



Desde la Luna por el Arco Iris¹¹

Por *Adriana Alarco de Zadra*

Ilustrado por *Andrzej Siejeński (Polonia) / Fairy.*



n hecho inexplicable presagió la próxima llegada de un ser extraordinario. Fue la tarde cuando trajo el viento tantas flores amarillas que tapizó las calles y los escalones de piedra. Atoraban y cubrían plazas, casas y techos hasta que tuvieron que sacarlas en pailas de la capital de este reino enclavado en la ladera, en medio de una verde inmensidad, y echarlas al río.

¹¹ Tomado del blog: *Il sogno del Minotauro* (bajo el título *Dalla Luna sull'Arcobaleno*)
http://sognodelminotauro.blogspot.it/2012/10/dalla-luna-sullarcobaleno-adriana_13.html

También publicado en la revista digital *Qliphoth* (España, 2004).

Al día siguiente de tan asombroso acontecimiento, observé bajar por las aguas la piragua más grande que jamás había visto, con anchas velas blancas que llamaban el viento, la cual, posiblemente, era la misma de la que hablaba mi madre Conorí. Esa misteriosa embarcación, en sus sueños repetidos, llegaba de la Luna navegando sobre el río del cielo que es el Arco Iris hasta las tierras de los marañones.

A lo lejos los tambores anuncian el arribo de extraños personajes. El tun tun avisa, por los recónditos caminos de la selva, que llegan seres tan brillantes que ciegan los ojos si el sol se refleja en ellos. No tengo duda de que son aquellos que vienen de la Luna. Sus cuerpos proyectan la luz como las estatuas del templo de la diosa.

En estas montañas, donde se confunde la intrincada vegetación que cubre el cielo azul, vivo en el reino de mi madre, reina de la selva, donde me ha educado en el arte de la guerra, a usar el arco, las flechas, las cerbatanas y las hondas y a montar animales salvajes, peludos y patihendidos.

Sobre uno de ellos me he acercado a un lugar de vigilancia para divisar el río, por el sendero suave y seguro, cubierto de cáscaras de huevos de tortuga y contenido por muros a ambos lados. Aunque cada cierto trecho se encuentra un puesto de guardia, no debo dar cuenta de mis actos a ninguna de las vigías pues yo soy Naín, hija de la reina, y puedo viajar por donde quiera.

Ya me advirtió Cara, guardiana del templo, que tuviera cuidado de no encontrarme con los hombres de Couynco, el poderoso cacique que vive en perpetuo combate con mi madre por la soberanía de las orillas de los ríos y las

islas. Pero soy astuta y cruel. Si se me acerca alguno, lo descabello o lo degüello con la piedra afilada que llevo siempre en la cintura. Aún no he presentado batalla y la única herida que me he procurado ha sido cuando caí por un barranco, pero nunca es tarde.

Las guerreras, precedidas por mi madre Conorí, defienden el extenso reino en feroces batallas contra el cacique, pero yo no estoy lista todavía. Sólo ayudo a preparar los cuerpos cuando ya están muertos. Al hacer prisioneros a sus hombres, los que no se usan para tener descendencia, se cocinan y se comen para heredar su fuerza.

No creo que podamos hacer lo mismo con los dioses que vienen en la piragua grande porque llevan una dura cáscara metálica. He visto acercarse sigilosamente hacia la embarcación que se ha detenido en esta orilla, a dos guerreros de Couynco. ¡Sus flechas rebotan sobre el pecho de los dioses y un rayo de sol los ha matado con estruendo!

Debo avisar a mi madre que se ha cumplido su sueño y su presagio. ¿Serán amigos nuestros? Pero, ¡me han visto! Veo subir a uno por el sendero que llega desde el río. Preparo mi lanza afilada y tengo a mano la flecha en cerbatana. Brilla como la luna en noche oscura, lleva en las piernas cueros y en la mano una lanza que no es de caña sino más bien, de plata. Es un ser extraño que seguramente viene de lo más alto de los cielos. Se expresa en una lengua complicada que no entiendo. Mi madre me ha prohibido hablar con hombres pues son todos traicioneros pero no me ha dicho que no debo hablar con dioses que bajan por el Arco Iris hasta el río. Me quiere empujar por el sendero y me resisto. No dejo que nadie me toque, ni las mujeres en el reino, pues yo soy Naín, hija de Conorí. Veo que espera y su cara cubierta de cicatrices y de pelos se

transforma con una sonrisa. No le tengo miedo y camino delante de él sólo por curiosidad. Voy a conocer a los seres que han llegado de la Luna.

Al subir a la piragua veo que los personajes son extraños y uno de ellos habla en mi lenguaje. Los acompaña un hombre emplumado pero no es guerrero y es de otras tierras de esta selva inmensa. Seguramente les ha enseñado mi lenguaje. Retrocede espantado cuando yo me acerco y se escabulle. El agua en la cacerola arde sin fuego bajo el sol y los seres comen guacamayas con sabor a almizcle. Veo que han pescado un peje puerco.

Hay otros tres individuos cubiertos con láminas de plata y cascos de metal.

El sudor baña sus mejillas a pesar de que son dioses. Quien habla para que le entienda, no tiene pelos en la cara ni cáscara de plata, pero sus cabellos son dorados por lo que presumo debe ser hijo del Sol. Telas gruesas le cubren las piernas y lleva cueros en los pies a pesar del calor que nos sofoca. Usa una camisa de algodón como no he visto antes. Jamás estuve tan cerca de un hombre vivo, aunque sea un dios, porque no me deja mi madre participar en las batallas y cuando traen varones a la capital, o están muertos o me esconden para que no me vean.

Me explica que están buscando un lugar donde hay piedras preciosas y mucho metal fino como oro y plata y que si conozco el tal Dorado. Yo sí sé adónde queda pero no voy a decirlo. Es un secreto del reino Conorí. Cuando tratan de tocarme me defienden y a uno de ellos casi le atravieso el ojo con mi lanza. No me gusta que nadie se me acerque aunque sea un dios.

A la distancia, le pregunto al que habla si son dioses y me dice que él no lo es, por lo que me entra cierto resquemor y preparo cerbatana y lanza ya que nunca

hay que fiarse de los hombres pues también los dioses pueden ser muy mentirosos.

Me habla lentamente y me explica que se había enterado de un pueblo lleno de mujeres hermosas y no cejaba en su intento de encontrarlas. No voy a indicarle el camino antes de tener permiso.

Me pregunta porqué vivo sin más vestimenta que un cinturón y muchos collares de semillas y flores. No entiendo lo que quiere y me enseña una plancha donde se refleja una muchacha como yo cuando me miro en el pozo de agua, con la cara pintada de achiote contra los insectos y el cabello negro azul revuelto con pomada de huito. Me dice que se llama espejo y que soy yo misma.

¡Es un milagro! ¡Me ha desdoblado y en la visión, hay otra como yo! ¡Le arranco la plancha con mi imagen y la arrojo al río! Me rodean amenazadores y tomo a uno por el cuello pero entre carcajadas me alejan y me quitan la lanza y mi cerbatana.

Sin más, presiento el peligro y salto por las lianas hacia arriba y voy volando de una rama a otra rodeada del barullo de los monos y chillidos de las aves en aquel laberinto verde donde será muy difícil que me sigan.

Llego al camino suave y sigo corriendo hasta la plaza. Debo contar a las mujeres que han llegado los dioses. Puede ser que mi madre me deje usar al que habla en nuestro idioma, si he llegado a ser bastante adulta como para procrear y tener un hijo de aquel ser que ha venido de la Luna.

No dije nada ese día pues estaban celebrando nuevas victorias con su cadena alucinante de ritos, y en esos trances cada una vive su propia soledad sin comentarla y no se puede hablar. Bajé al día siguiente cerca al río a contemplar a

los dioses y no vi a aquel que luce cabellos de oro. Retrocedí y fui a mi escondite favorito que queda en la gruta llena de estalactitas que brillan de colores cuando entra por un rato un tímido rayo de sol. Parece un cuarto con diamantes y piedras preciosas, y son hilos que toman el color de la luz que reflejan.

Olfateo una presencia que no es nuestra. Asomándose por el agujero de la entrada veo al hijo del Sol que está arribando. ¿Cómo ha llegado hasta aquí? ¿Me habrá seguido?

Estoy preparada con la flecha pronta sobre el arco y se acerca sin miedo y me sonríe. Parte la flecha y ensarto una serpiente cazadora cuya ponzoña produce la putrefacción de la carne y ocasiona la muerte en pocas horas. El dios no la había tomado en cuenta y me agradece.

Entonces, con esa voz melodiosa que subyuga, me relata la historia de Adaneva que amistó con la serpiente la cual le regaló manzanas; mientras habla pasa sus dedos por mis brazos y mis pechos y acaricia mi boca y mi cuello con un suave masaje que me va llenando de temblores.

En medio de la gruta misteriosa y mágica que es refugio de mis sueños más secretos, el hijo del Sol me recuesta en el suelo de arena y en medio de las tinieblas me posee con una violencia que no había jamás imaginado. Decidimos callar esta experiencia y encontrarnos una y otra vez muy a escondidas.

Hasta que una tarde nos amamos con una pasión tan desaforada que despertaba a los muertos. Había traído huevos de tortuga y nos embadurnamos hasta que se levantaron las sombras de la tarde y las moscas blancas y las hormigas voladoras se nos pegaron en el cuerpo.

Pasaron dos, tres días y no podía contar a nadie mi experiencia. En la ciudad las guerreras preparaban flechas muy alborotadas. El dios vivía eternamente atormentado por el deseo y nos entregamos a un delirio que nunca había figurado fuera así cuando escuchaba gemir a aquellas mujeres que robaban los varones más robustos, altos y de piel más clara, de los cuales tenían luego descendencia. También los hijos hombres que nacían en el reino Conorí eran enviados en balsas a la otra orilla donde los recogían en los pueblos río abajo.

Nunca había imaginado dicha semejante. Vivía para escabullirme y amar a ese dios que había llegado en una piragua desde el cielo aunque él protestara que venía más bien del reino de los cienos.

Sé que a veces me persigue Cara, la guardiana, transformada en pájaro Camungú con espuelas en las alas. Seguramente quiere saber por dónde voy tan desaparecida y una tarde me siguió y nos dimos cuenta sólo cuando oí sus gritos y lamentos de mujer y no de ave. Uno de los dioses que tiene cicatrices en el rostro la había violentado en el sendero. Eso no podía ser y mi madre iba a vengarse de la afrenta pues si una no lo quiere, está prohibido; son las mujeres que deben elegir con quién tener su descendencia. Era diferente para mí y el hijo del dios Sol, pues yo lo deseaba con todas mis entrañas.

Me fui corriendo hasta llegar a la ciudad y recorrí los cinco grandes templos que relucían recubiertos con sus láminas de plata y sus ídolos de diosas que me observaban en silencio y con severidad. Cara llegó luego arrastrando los pies sucios, cochambrosa, andrajosa y maloliente.

Los tambores suenan a tormenta, se acercan los truenos que predicen lluvias. Yo traigo la plancha con mi imagen en las manos que el dios ha recogido del río y me ha entregado de regalo. Es algo que tiene vida propia, es mágico y hay que despertar su ánima. Se la daré a mi madre para que me perdone. Pero al llegar, en medio de la plaza, como premonición de una desgracia, un rayo ensordecedor cayó sobre el espejo que se convirtió en miles de ánimas de Naín. Encontré a la reina Conorí en el templo de la Luna, reunida con las más ancianas para pedir consejo sobre lo que hay que hacer con los recién bajados por el Arco Iris. La esperé mientras iba recogiendo los trozos de mi alma rotos y desparramados.

Al rato salió vestida de guerrera al poco tiempo e intuyo que se está preparando a dar batalla. Es un orgullo ser hija de ella y me impresiona su alta talla majestuosa y sus largos cabellos negros azulados con magnífica corona de oro en la cabeza. Nunca llegaré a ser una reina igual, tan valiente que da miedo. Antes que nada, es nuestra reina y me inclino cuando pasa. Lleva pectoral de oro y sus brazos cubiertos de pulseras gruesas que le dan fuerza para usar la lanza. Me contempla escrutándome y adivinando desventuras. Yo le ruego y le suplico que no maten a los dioses, pero ella es implacable. Le molesta mi debilidad porque como hija suya debo ser cruel y astuta, valiente, gallarda y orgullosa, pero yo lo amo. Quiero conocer su reino de los cielos o de los cienos como él lo llama, donde esté.

La reina no me deja explicar lo que yo siento y al ver el espejo hecho trizas en medio de la plaza me mira con indecible enojo, ira, indignación y se marcha adivinando, husmeando y farfullando, dejándome con una soledad inconmensurable y un amor resquebrajado.

Salen las guerreras con mi madre enfrente, vestidas con pieles de culebra, cabalgando sobre huanganas peludas y otros animales con hocico de zorro, orejas de búho y pezuñas de puma, entre gritos de papagayos y bullanga de los simios, armadas hasta los dientes de flechas, cerbatanas, arcos, piedras y lianas para destrozar cráneos masculinos.

Me entero por Cara, la mujer que ha sido violentada, que se quedará para cuidarme ya que mi madre se ha enterado de lo que ha sucedido con ella y sospecha de mis escapadas. Pero yo me escabullo y la dejo lavándose sus múltiples heridas porque se ha defendido como un jaguar enfurecido.

Quiero ir a escudriñar la batalla y me encuentro con el hijo del Sol en el sendero, sin que lo detengan pues no veo las vigías en sus puestos. Mi amado viste, él también, una armadura de plata de guerrero y trae una fina espada en una mano. Me coge por la cintura y me apremia.

“Amazona”, -me dice, porque así gusta llamarme y no Naín, -“ven conmigo.”

Yo lo sigo sin vacilar y me corazón retumba cuando veo aparecer el arco iris en el cielo. Es hora de partir, voy a irme yo también al reino de mi amado atravesando aquel pasaje remoto de exagerado misterio.

Desde lo alto vi morir uno a uno a los dioses venidos de la Luna en una gran piragua con velas al viento y aquel de las cicatrices se convirtió en una mancha de alquitrán. Nuestras diosas nunca mueren y tuve una desilusión que me llenó de espanto y de temor. Las guerreras del reino Conorí eran muchas y feroces; algunas cayeron pero su coraje me llenó de orgullo. Los hombres de Couynco se

ensañaron desde la otra orilla para terminar con aquellos hombres blancos una tarde de tormenta. Cuando mi amado alzó su caña de metal, alcancé a ver a mi madre caer como un rayo traspasado de sol, en medio de la arena de la orilla donde duermen las tortugas, bajo la garúa de la tarde. Rodó su corona de reina invencible, rugió el jaguar, el tambor retumbó en las profundidades.

El espanto hizo que una sombra cruel se adueñara de mi fatal destino y al instante salté en el aire como un puma. Recogiendo el valor que se me había quedado dormido en las entrañas, grité de amargura y de dolor y con mi piedra filuda corté el cuello de mi amado hijo del Sol. Se me encogió el ánimo y hasta los muertos abrieron los ojos para contemplarme. Siguió el chorro de sangre que no era roja sino de un color indefinido como fluido de muerte. Desde entonces lloro su desaparición pero sin remordimiento. Los restos de mi amante y de la reina Conorí fueron depuestos intactos bajo dos pirámides de piedra en lo más alto del reino que hoy es mío.

Nunca más podré llegar hasta la Luna, al reino de mi amado. Han muerto los dioses en la selva por ser débiles y frágiles, aquellos que llegaron con la lluvia de flores amarillas. Ya han pasado los años y ningún varón ha podido reemplazar a aquel dios, porque para mí es siempre un dios, en mi dolido corazón.

Crece el fruto de mi amor, Luna, de larga cabellera de oro y será, ella también, una guerrera como fue su abuela y cómo fue su padre. Hoy soy yo, Naín, la reina de la selva. Al río que trajo a los dioses le hemos puesto Amazonas, como me llamó mi amado.

Por este río a todo lo largo soy el terror en todo el valle. Huyen de mí los hombres pero me pagan tributo. En cambio aseguramos la defensa de sus poblaciones en caso de desastres o en batallas contra comunes enemigos.

Han llegado por el río otros hombres blancos atravesando la cordillera, pero no son dioses. Muchos son malvados y han traído enfermedades y pestes por lo que nuestras guerreras están muriendo de la misma enfermedad que se llevó a Cara y que ellos llaman de viruela. Pero aquí estoy yo, Naín, hija de Conorí, todavía nadie me ha vencido y cuando desfallezco, miro hacia la Luna y le pido a mi amado protección, valor y suerte.



Dilema nocturno¹²

Por Fernando Julio Espíritu Álvarez

Ilustrado por Priscilla Hernández (España) / *Lost soul*



a primera vez que escuché el rumor del Inca asesino, no le presté la más mínima atención. Vi la noticia en uno de esos diarios populares, que uno encuentra colgados en los puestos de periódicos, pero que nunca compra. “La presencia de un asteroide anuncia el fin del mundo”, “Encontraron los clavos de la cruz de Jesús”, “Platillos voladores son vistos al sur de la capital” y tonterías de ese estilo figuraban en sus titulares. Así, que cuando leí en grandes letras rojas: “Inca asesino asola el distrito de La Victoria”, no encontré ninguna razón válida para prestar atención a semejante estupidez.

Trabajaba desde hace ocho años como fotógrafo en “La Noticia”. Un diario de contenido mediano, lo cual se reflejaba en sus ventas habituales. Sus lectores

¹² Publicado en *Cuentos ganadores del V concurso Ten en cuenta a La Victoria* (Municipalidad de La Victoria, 2012)

no figuraban entre los más cultos, pero tampoco pertenecían al grupo de aquellos que solo leen los deportes y las tiras cómicas, o al menos, eso quise creer.

Montalván, el director me ofreció un sueldo al destajo. “Si traes buenas fotos, ganas tú y ganamos nosotros, sino te jodes y nosotros buscamos a otro fotógrafo”. Así estaban las cosas. Difíciles. Aquel año, tenía una esposa a quien mantener y debía aguantar, no quedaba otra. Montalván era un hombre extraño. De esos que parecen cuerdos, pero que en realidad no lo son. Le faltaba un tornillo, y uno muy grande.

—Miren estas fotos —Montalván extendió varias fotografías sobre su escritorio.

La oficina era pequeña, con una ventana hacia la calle, por la cual, se divisaba el edificio del frente, a un lado un estante para libros lleno de ejemplares pasados de La Noticia y ningún libro, un reloj circular de pared y un cesto de basura lleno de papeles.

—Son espantosas —dijo Ramírez, uno de los redactores.

Carlos, el otro fotógrafo hizo una mueca de asco y retrocedió hacia la puerta. Como ninguno se acercó, las cogí para observarlas de cerca. Ramírez tenía razón, producía un ligero escalofrío mirarlas.

—Los mataron con un hacha o algo parecido —comenzó a decir Montalván.

—Ya veo —la expresión del director reflejaba con claridad que había intuido algo. Ahora solo faltaba que se acomode los anteojos y lance su versión del caso.

Montalván se acomodó los anteojos, recogió las fotos y dijo:

—¿Han oído algo sobre el Inca asesino?

—No hablará en serio —dijo Ramírez.

—¿Por qué no? Vean las fotos.

—Pueden ser trucadas —dije.

—Las muertes son reales —Montalván volvió de dejar las fotos sobre el escritorio y señaló una por una—. Este era un ambulante, lo decapitaron de un solo tajo y su carrito de emoliente terminó partido en dos.

Las siguientes fotos mostraron a un hombre y a una mujer con cortes a lo largo de todo el cuerpo. Según el director se trataba de un vago y de una puta.

—Y todos fueron encontrados en el mismo lugar.

—No me diga que en la Plaza Manco Cápac —dije.

—Exacto y necesitamos una foto.

Todos nos miramos. Sin duda el director estaba loco.

—Se imaginan tener una foto de ese Inca o lo que carajo sea. Al periódico le vendría muy bien.

Y a ti también desgraciado. Sabía que a Montalván poco le importaba la seguridad de sus empleados. Cuando se le metía una idea en la cabeza, nadie era capaz de hacerlo cambiar de opinión. En una ocasión, envió a uno de los fotógrafos a conseguir una toma de un asalto terrorista en el mismo Ayacucho. Días después, recibió la foto de su empleado muerto con la hoz y el martillo pintados en su cuerpo. “Murió como un héroe”, comentó Montalván. En la oficina todos lo miramos con odio, pero ninguno dijo nada.

Carlos rechazó la propuesta y se marchó de inmediato. Ramírez se comprometió a escribir la nota si alguien conseguía una foto. Terminé de observar las fotografías y aunque me pareció escuchar una voz interior que me advertía que no lo hiciera, acepté. Además, qué podía perder. No creía en fantasmas y había perdido todo lo que consideraba importante en mi vida.

El año anterior había sido un año de desgracias. Primero, la muerte de mi padre, el viejo se electrocutó mientras realizaba unas conexiones en casa y luego, mi esposa quien apareció muerta semanas después en las orillas del río Rímac. La policía sospechaba de un asalto con secuestro. Nunca confirmaron nada y no hallaron a los asesinos. Montalván pidió una foto. Me negué y cuando el director amenazó con despedirme, en un arranque de valor lo mandé por un tubo. La reacción del director resultó una total sorpresa. Se quedó mirándome con sus

grandes ojos amenazadores, como si pensara qué hago con este insolente. Estaba tenso y me preparé para ser despedido y, a la vez, me dije que no toleraría ningún grito. Entonces el director se levantó y como si leyera mi mente me dijo lo mismo que yo pensaba de él. “Se te ha zafado un tornillo, hombre. Relájate un poco y regresa mañana”.

Al salir de la oficina, fui directo hacia la Plaza Manco Cápac. En la avenida Iquitos el tráfico resultó un caos. Recorrí en veinte minutos lo que en otras circunstancias debía tardar cinco. Mi auto, un Fiat azul del 98 carecía de aire acondicionado y el Sol de verano provocaba un reflejo molesto en el parabrisas. Decidí ignorar un semáforo en rojo y me estacioné a media cuadra de la plaza.

Caminé hasta el monumento y cuando estuve frente a él, me di cuenta que nunca le había prestado atención. “Así, que tú eres el asesino”. Decidí regresar en la noche y esperar. La idea me pareció absurda, pero de momento no se me ocurrió algo mejor.

Las dos primeras semanas, no sucedió nada. Al llegar, estacionaba el Fiat cerca de la Plaza y pasaba la noche en vela aguardando. Arriba del monumento, el Inca no se movió ni un centímetro. Al cabo de unos días, regresé donde Montalván para decirle que la idea era un total disparate. El director luego de lanzar un discurso acerca de la perseverancia, aceptó de mala gana que descansara unos días.

A la noche siguiente, ocurrió otro asesinato.

No lo podía creer. Simplemente no podía. Esta vez, la víctima fue un borracho que amaneció tirado en el pavimento muy cerca del Inca. Sin duda, el asesino estaba divirtiéndose con la policía, no solo había sido capaz de crear el mito del Inca asesino, sino que además se trataba de un maldito sanguinario. Estaba seguro de ello. La fotografía era mi campo y en mi recorrido buscando la toma exacta acorde con la noticia, había sido testigo de muchas cosas, dolorosas y horrendas, trágicas y peligrosas, pero la idea de la existencia de un fantasma no me cabía en la cabeza.

Regresé en mi auto la noche siguiente y la subsiguiente. Continué con la misma rutina durante dos meses hasta el día de mi cumpleaños. El primero sin Verónica, mi esposa. Ramírez y Carlos me invitaron a beber unas cervezas y acepté. Al despedirse, sugirieron que vaya a dormir. “De ninguna manera”, les dije. Prefería montar la vigilia habitual cerca a la plaza. Necesitaba la foto. Lo sentía en las entrañas. “Aquí está su fantasma”, le gritaría a Montalván. Lo necesitaba. Detuve el auto en la avenida Iquitos y volví a esperar.

Esta vez, no resistí la noche en vela. En algún momento me quedé dormido. Soñé que era cuidador de ovejas en una granja y dentro del mismo sueño, pensé que jamás sería un buen pastor. Había dejado desprotegida a Verónica y la asesinaron. No, no era un buen pastor. Era un excelente cazador. Un cazador de noticias. Entonces me sorprendió el estruendo de un golpe. Al abrir los ojos, vi un

cuerpo sobre el parabrisas. Grité. No pude evitarlo. Tenía la cabeza de lado como si el cuello estuviera roto y le faltaba un brazo. Tardé unos instantes en reaccionar. Salí del auto y a pesar del temor y en contra de la voz interior que me avisaba del peligro, sin prever el riesgo corrí hacia la plaza y levanté la mirada hacia el monumento. El Inca Manco Cápac seguía como siempre. De pie con las piernas firmes y abiertas, un brazo levantado apuntando hacia el este y en el otro brazo su cetro. Me sentí estúpido. ¿Qué esperaba ver? ¿El fantasma del Inca corriendo? Miré a todos lados, necesitaba recuperar el aliento y pensar con claridad. El cuerpo era real y debía existir un asesino. Un maldito de carne y hueso y no un fantasma. Por supuesto que sí.

Entonces me di cuenta que había perdido una gran oportunidad. Había dejado escapar al verdadero homicida por correr detrás de un fantasma imaginario. Regresé sobre mis pasos y encontré el Fiat con el parabrisas roto y el cuerpo bañado en sangre. Al acercarme descubrí a un hombre joven. Tenía los ojos abiertos. Todavía alcanzaba a distinguirse el terror en ellos, como si hubiera visto un fantasma. No sé porque vino la imagen de Verónica a mi mente ¿Un fantasma? No, no podía ser. Ella estaba muerta. La encontraron a orillas del río. Yo la vi. En aquel momento, me pareció ver una sombra enorme cubriendo gran parte de la calle. En mi desesperación no había percibido que era la única persona alrededor de varias cuadras, lo que sin duda resultaba extraño. El gesto en el rostro de aquel hombre indicaba que había lanzado un grito antes de morir. Un grito que ahora se ahogaba en mi garganta al distinguir la sombra adquiriendo forma. Creí ver un cetro gigante y un arma similar a un hacha.

Esta vez, mi voz interior permaneció en silencio. Ansié con todas mis fuerzas que llegara Verónica con su ternura a calmarme o que la visión fuera efecto de la cerveza, pero la sombra estaba cada vez más cerca.

Demasiado cerca.



Con Yolanda en el acantilado¹³

Por Yeniva Fernández Huerta

Ilustrado por Carmen Rosa Signes Urrea (España) / S.t.



Yolanda sale de la cama y corre hasta la ventana. Son las seis de la mañana. Casi no se distingue el cielo. Una fina pantalla cubre el ambiente, como un velo que de pronto alguien hubiera dejado caer sobre la frente de la ciudad o como delicadas hebras de cabello blanco que, agitadas por el viento, se empeñan en precipitarse sobre los ojos de los pocos limeños que a esa hora transitan la calle, que Yolanda observa desde el tercer piso del edificio donde vive con sus padres. «¡Qué lindo!», sonríe, y estira los brazos hacia el mar de nubes que inunda la atmósfera. Una perfecta y ligera lluvia moja sus manos, «¡Garúa... uuuaaaaa!»; podría pasar horas acariciando la suave gasa de la niebla, mas siente unos pasos junto a su puerta y se dirige de

¹³ *Siete paseos por la niebla* (Editorial Campo Letrado, Lima-Perú, 2015)

puntillas al baño. «Yoli, ya, apúrate», dice su madre que se aleja rumbo a la cocina. Entonces ella sale del baño, cierra la ventana del dormitorio, vuelve al baño y se mete a la ducha cantando, porque el invierno al fin ha llegado a la ciudad con sus barcos fantasmas poblados de piratas, sus sapos disfrazados de palomas agazapados en los árboles y con su dama que se pasea descalza vestida de nubes.

La escuela queda tan cerca de su casa, que su madre la despide confiada, «derechito al colegio, ¿ah?». Yolanda responde con un beso y la firme promesa de no desviarse, pero una vez en la calle no puede sustraerse a las palabras del viento, que le dice sigue, que le dice ven. Un gato que dobla la esquina se convierte así en un emisario de la dama, ella sabe que la busco, se dice Yolanda, antes de tomar el desvío que conduce al acantilado. El camino no es largo ni corto, no tiene tiempo ni distancia, y a mí me gusta mirarla caminar dando pequeño saltos en los charcos que enturbian el brillo de sus zapatos recién lustrados por su madre; me gusta ver cómo sus largas trenzas negras se mueven al compás de una melodía que solo ella escucha y que es semejante a una canción de cuna que hace años nadie le canta, porque a sus siete años ya está muy crecida para cancioncitas, porque desde que su padre bebe más seguido su madre siempre está de mal humor y porque ahora los cuidados son para su hermanita, que ha nacido con los mismos ojos claros de su madre, tan diferente a Yolanda que es el vivo retrato de su padre. Ningún asomo de sol: será un día oscuro, frío, hermoso, uno de esos en los que la dama blanca se quedará en la ciudad, en los que paseará su figura pálida y delgada entre la gente sin que nadie sospeche que la corriente gélida que los obliga a enrollarse chalinas al cuello es la estela de fría del paso de la dama, un rastro que Yolanda reconoce igual que su perfume, un perfume de algas, de estrellas marinas y de líquenes adheridos a templos sumergidos, pues la dama viene del mar, tiene su casa en las

profundidades y únicamente en invierno abandona su hogar para visitar la tierra, la franja costera donde vive Yolanda, que la espera feliz, con su pequeño corazón anhelante y ardiente, mientras apresura su andar sin sentir la fatiga, de la que su madre la cuida con jarabes y nebulizaciones, ni el peso de su mochila, cargada más que de cuadernos, con los viejos libros de su padre, y yo al verla pasar siento unas ganas inmensas de tomar su mano, de ser también una niña de siete años que la sigue en sus juegos y de llevarla conmigo en un viaje que jamás termine.

Nuestro recorrido empieza en la calle Atahualpa (pues yo la sigo sin que ella me vea), que Yolanda ha bautizado como España, por la casona pintada de rosa, en cuyo jardín revolotean continuamente sacerdotes y monjas; y su padre siempre dice que todos los curas vienen de España. El periplo se inicia así en el sur de Europa, para después pasar por la Casa Blanca, París y Transilvania, sin embargo, el fin primordial de la travesía no es la visita a lugares distantes, sino más bien divisar a la hermosa dama de traje blanco, que ha subido por las escarpadas rocas del litoral y ahora avanza por la ciudad con su vestido de gasa que la gente llama neblina. ¿Cómo supiste de ella, Yolanda? ¿Cómo la adivinaste sin que nadie te mencionara nunca la historia de la mujer con ropas de nubes? Ah, tú tampoco lo sabes, ¿no es así? Simplemente la idea apareció una mañana mientras ibas al colegio, primero como una leve sospecha, que luego se convirtió en una indubitable certeza, igual a la fe en las mariposas amarillas para pedir deseos o la certidumbre de que las palomas cuculí son en verdad sapos camuflados con plumas que examinan a los humanos con ojos curiosos y sabios. Entrando por la calle Chiclayo se desemboca en la avenida Arequipa, con su calzada de árboles que saludan la garúa agitando sus hojas cual campanitas. La vida renace en invierno, con millones de organismos sedientos que abren sus bocas a la humedad del

ambiente, con miles de ojitos que despiertan luego del sofocante letargo veraniego; entonces, lejos del sol, amparados en la bruma, los misterios de la tierra salen de sus guaridas, y le quitan la boina al vendedor de periódicos, que maldice al viento cuando recoge su gorra varios metros más allá. «Nada es lo que parece», recuerda Yolanda al observar la escena, su padre repite a menudo esa frase y ella aprueba la sentencia porque se sabe poseedora de secretos únicos, de verdades que pondrían los pelos de punta a personas poco familiarizadas con la magia o los misterios, pero que ella guarda y guardará hasta que un día se desvanezcan y solo conserve su recuerdo como un ligero aleteo que la conmueva al mirar la niebla, aunque para eso falta mucho tiempo todavía.

El Colegio de Ingenieros es una hermosa construcción de paredes blancas, grandes ventanas, con un pórtico de columnas a los lados y un jardín de pasto bien recortado que delimita un muro bajo. No tiene una inmensa cúpula, pero qué más da, el resto de su fachada es idéntica a la de la Casa Blanca, al menos así se le presenta a Yolanda cuando se detiene unos minutos frente a ella e imagina los muchos salones con chimenea que deben existir en su interior; algún día se animará a entrar, pero por ahora sigue su camino, pues unos metros más allá la espera la Ópera Garnier. En los libros de su padre ha visto fotos del célebre teatro francés, y para ella, pese a no tener frisos de mármol ni lucir estatuas doradas, el Palacio Marsano, con su cúpula gris y sus columnas de piedra, es la imagen exacta del que se encuentra en París. ¡Ah, París! Su padre le ha dicho que París es la ciudad más hermosa del mundo, aunque él nunca haya estado en Francia ni salido del Perú; sin embargo, conoce muchos detalles sobre todos los países del planeta. Sabe, por ejemplo, que en Italia existe una cueva con aguas azul eléctrico a la que solo se ingresa desde el mar, que en la India las vacas viejas andan sueltas por las

calles igual que los perros sin dueño, que en Bolivia hay un desierto de sal en lugar de arena o que a México una vez al año llegan tantas mariposas que cubren un bosque entero con sus vivos colores. Yolanda cierra los ojos, cuando sea grande visitará todos esos lugares, se unirá a un barco pirata, vivirá aventuras como las de Sandokán, y ya de muy viejita se retirará a la orilla de un río para escribir sus memorias, como en la película Sinuhé, el egipcio, que tanto le gusta a su mamá. Sin darse cuenta, Yolanda ha caminado a ciegas hasta llegar a la primera cuadra de la avenida Diagonal, de allí es todo en recto hasta el acantilado, y Yolanda siente el frío más intenso, la capa de niebla que engrosa su textura conforme va poniendo un pie tras otro en el ya corto trecho que la separa del mar; entonces no puede contenerse, corre sin reparar en los semáforos en rojo, en el piso mojado, ni en las señoras que le gritan: «¡Niña, ten cuidado!», cuando casi resbala en plena pista, y yo tengo que apresurarme para ir tras ella, para cuidar sus pasos y para permitir que llegue sana y salva a su destino.

Hemos llegado. Yolanda recuesta su cuerpo sobre el pequeño muro que corona el acantilado. Abajo, una playa de piedras negras, de rocas cortadas a hachazos, como la artillería abandonada de antiguas batallas que el mar va lavando, le da la bienvenida. El paisaje es tan hermoso que Yolanda desearía tender un tobogán hasta las piedras, sumergir sus manos en las aguas heladas, capturar la espuma que las olas traen desde lejos y que es igual de inasible que la niebla; sin embargo, se mantiene pensativa. ¿Por qué las cosas bellas no se pueden tocar? ¿Por qué las mariposas mueren cuando se quiere acariciarlas? ¿Por qué hasta la ropa, de tanto pegarse al cuerpo, termina fea y arrugada? Por eso tal vez lo mejor es no moverse, quedarse muy tranquila cobijada en la bruma, mirar a la distancia cómo bogan en la niebla los barcos que despliegan la bandera pirata

mientras su capitán le hace adiós con su mano de garfio. Yolanda suspira: ¿alguna vez podrá ver a la dama aunque sea de lejos? Lo ha probado todo, correr muy rápido en la niebla para alcanzarla, no pestañear durante más de diez minutos para evitar que escape en un parpadeo, caminar simulando pensar en otra cosa para que ella se sienta confiada y en un descuido mirarla o, como hoy, solo esperarla observando la distancia, pero hasta ahora solo ha fracasado. ¿Es que siempre será igual?, se pregunta entristecida, en tanto escucha el arrullo de unas palomas grises que intentan consolarla. Al verla así, yo me acerco despacio, poso una mano sobre su hombro y ella, inmediatamente, lleva también la suya al mismo extremo de su cuerpo, y por unos minutos preciosos permanecemos mano sobre mano, parecidas a una madre y su hija que contemplan el mar, o a dos amiguitas sorprendidas en sus caricias. Pero un policía interrumpe nuestro momento: ¿no vas al colegio?, le pregunta mostrándole su reloj, y ella entonces recoge su mochila, ya no hay tiempo para despedidas, otro día pasará por Transilvania, ahora solo corre con la mente fija en evitar otra tardanza en su cuaderno asistencia. La despido sonriente, porque sé que mañana nos reuniremos de nuevo, porque en realidad nunca nos separaremos, pues cuando Yolanda crezca, cuando crea que mi recuerdo pertenece al pasado, acudiré con ella a su primera cita de amor, la acompañaré en sus días rutinarios de oficina, en los pocos viajes que hagan realidad sus sueños, estaré con ella en esas noches hurtadas al descanso, en las que con sus pinceles intente atrapar la neblina y compruebe una y otra vez que todo lo hermoso es huidizo y nunca permanece, asistiré con ella al encuentro de unos ojos verdes que la mirarán casi con tanto amor como los míos, pero que Yolanda no reconocerá a tiempo y que después se empeñara en reencontrar en otros rostros, sin comprender que, al igual que la belleza, el amor vive en ese

borde luminoso del cual los hombres solo alcanzan leves destellos. Me sentaré a su lado, cuando en la soledad de su habitación lllore el fracaso de su primera exposición, y cuando brinde sola por la una reseña elogiosa, luego de veinte años de poblar las telas con seres fantasmales y grises, acomodaré su cabello para ocultar sus canas, cuando vuelva a enamorarse y regrese riendo de un hotel, porque la amistad no es lo mismo que el amor, pero es más fuerte. Estaré junto a ella cuando una tarde, al volver a ver Sinuhé el egipcio por la televisión, Yolanda haga un recuento de su vida y sienta de pronto unas ganas inmensas de buscar nuevamente a la dama blanca que viene del mar; y en ese momento lo deje todo para salir aprisa rumbo al acantilado, donde al mirar hacia abajo una vez más deseara aterrizar en la espuma que las olas depositan en la orilla. Pero eso sucederá todavía muchos años después; por ahora solo sigo a Yolanda hacía el colegio, comparto sus malas calificaciones en matemáticas, sus buenas notas en dibujo y su amor por los gatos. Tengo paciencia, pues cada día me aproximo más a la tarde maravillosa en la que, sin escuchar a las voces que quieren detenerla, ella saltará en dirección al mar, donde yo le tenderé los brazos sonriente. Y cuando no encuentren su cuerpo entre las rocas, nadie imaginará que Yolanda va feliz a mi lado, abrigada en mi vestido de nubes.



Nocturno de Viena¹⁴

Por José Güich Rodríguez

Ilustrado por Ángel García Alcaraz (España) / *La Luna*

I



se francés diabólico y sus cañones, murmura el anciano, mientras se tambalea, apoyado en un bastón; luego camina hasta la ventana. Siente alguna mejoría y eso le ha permitido levantarse del lecho aquella tarde. Aunque quisiera, no podría descansar con tal estruendo. Parece que el miserable rufián ha decidido acabar con Viena después de todo. Crápula. Los criados, llorosos, lo buscan en el estudio; se arrojan a sus pies. Johann, su asistente de confianza, se ha quedado en el umbral, pálido. Muestra unas ojeras terribles. Las detonaciones provocan estragos a la distancia y algunos proyectiles silban muy cerca de la residencia. Pobrecillos: están aterrorizados. El hombre, cuyo rostro está marcado por las señales inequívocas de la viruela, contraída en su infancia, les acaricia la

¹⁴ De *Control terrestre*. Lima: Ediciones Altazor, 2013.

cabeza, los conforta y susurra una y otra vez que donde esté él jamás habrá desgracias. Los entiende, pues también fue sirviente en sus años de juventud y sabe lo que significa esa condición vulnerable del que sirve a un amo.

Los criados le besan la mano, sosegados, y se quedan con él un rato, hasta que por fin el ruido se extingue. El francés maléfico ha decidido cerrar la boca por ese día. Ya nada impedirá que en cuestión de semanas o días se apodere de la ciudad. ¿Llegará primero a estos suburbios de Gumpendorf? En lo personal, no cree en esas versiones acerca de que Bonaparte se ha declarado su admirador devoto. Nadie tan nefasto como ese hombre tendría sensibilidad para admirar la belleza divina de la música.

En el horizonte se distinguen algunas columnas de humo negro recortadas sobre el cielo. El olor a pólvora impregna todo. Mira con gesto paternal a los criados: lo mejor es que retornen a sus quehaceres, pequeños. Ya no habrá más espectáculo por hoy, les dice, para serenarlos. Se queda solo. Necesita distracción, si no se volverá loco. Va hacia el estante donde guarda partituras, obras dedicadas a él por otros músicos a lo largo de mucho tiempo. Quizá revisar alguna sea un bálsamo. Ya no es capaz de componer. Las molestias de la enfermedad son un tormento. Ni siquiera recibe visitas y tampoco acude a las invitaciones que aún suelen cursarle viejos amigos. Para todos tiene la misma respuesta: «*Hin ist alle meine Kraft, alt und schwach bin ich*» («Todas mis fuerzas se han ido, soy viejo y estoy cansado»). Se animaría si Ludwig fuera a charlar un rato, pero él también ha decidido aislarse por causa de la terrible sordera que lo aqueja. Infortunado, difícil y portentoso hombre. El mundo se acaba: Wolfgang, muerto; Ludwig, sordo, y yo un viejo baldado rumbo al cementerio.

Fastidiado, hace a un lado los folios; eleva la vista y descubre otras partituras, pero están depositadas en lo más alto de un armario, resguardadas entre amplios portapliegos de cartón. Entonces llama a Johann; este, solícito, usa una escalerilla para bajarlos. Se encuentran en buen estado, aunque llevan una ligera capa de polvo que Johann despeja con celeridad.

Camina hacia un sillón, se sienta con dificultad sobre varias almohadas y el criado le entrega los grandes cuadernos, luego de desatar las soguillas que mantienen unidos las páginas. Empieza a leer. Tiene que acercarse mucho para distinguir las notas. Son cuartetos de cuerda, una colección de seis. La música comienza a sonar en su cabeza. Inigualable. Alguna vez elogió al autor delante de su padre, después de escucharlo tocar por primera vez aquella tarde de 1784, cuando en una de sus raras estancias en Viena -puesto que los Esterházy lo obligaban a dar vueltas por todo el Imperio-, conoció a Amadeus. La conexión entre ambos fue inmediata, natural.

La devoción del muchacho hacia su persona lo emocionaba. Siempre había lamentado no disfrutar de más momentos en su compañía. El propio Amadeus trató de compensarlo con alguna visita esporádica cuando el viejo compositor se hallaba cerca de Viena y no podía desplazarse a la ciudad por los compromisos con los Esterházy, quienes lo llevaban de palacio a palacio como parte de su séquito de servidores.

Revisa las partituras con lágrimas en los ojos. Esto de ser viejo nos torna tan emotivos, piensa, mientras sondea con nostalgia varios fragmentos del primer concierto. De haber sabido que su situación financiera era tan crítica, lo habría ayudado con gusto y desinterés. Podría haberle pedido apoyo a Esterházy para sacarlo de los apuros, pero Wolfgang no le dijo nada, ni siquiera unas palabras

discretas respecto del asunto, por carta o en persona. Quizá Mozart lo pensó, pero luego presintió una negativa, pues la crisis posterior a las guerras de los años setenta golpeó a todos los acaudalados patrocinadores; los músicos sufrieron penurias durante esos años. Él sí tuvo suerte, pues los Esterházy gozaban de una cuantiosa fortuna que ni la horrenda crisis amenguó; él mismo podría haberle prestado algún capital a su amigo, gracias a los ahorros que venía acumulando. El no residir en Viena le había pasado la factura, como enterarse de tantas cosas tiempo después de ocurridas, entre ellas, los problemas de Wolfgang y, luego, su terrible muerte, inesperada y dolorosa.

Le remordía la conciencia no haber asistido por lo menos al sepelio al que, dicen, solo acudió Salieri -por eso, hasta que las fuerzas se lo permitieron, visitó St. Marx como gesto compensatorio; la tumba de Wolfgang se había perdido absurdamente en un incidente confuso relacionado con una tormenta de nieve, por lo que solo paseaba entre los sepulcros en memoria de su amigo-. Eso ocurrió cuando él se hallaba de gira por Inglaterra.

El siguiente turno para visitar Londres era el de Wolfgang. Salomon ya lo había contratado para una serie de conciertos en un país donde sí idolatraban su música. La gira habría significado un ingreso notable que hubiese aliviado de la noche a la mañana su miseria. Y el destino se interpuso una vez más. Él, de algún modo, sin desearlo, se enriqueció a costa de esa ausencia; tomó, a su muerte, los cupos de Amadeus, y ganó lo suficiente para construir la casa de Gumpendorf, donde ahora recuperaba retazos que casi se habían fugado de su memoria.

En ese instante, una hoja pequeña cae sobre su regazo; ha estado guardada entre las partituras. Examina el contenido. Es la letra de Wolfgang: esos trazos son difíciles de olvidar. No recuerda haber visto la misiva antes. Posiblemente la guardó ahí por error o se traspapeló por accidente. Por más esfuerzo, es incapaz de saber si alguna vez leyó esa carta, fechada a mediados de 1784. Curioso. Justo el año que se conocieron.

II

Solo a usted, mi amigo, puedo comentarle tanta insatisfacción ante la cicatería e ignorancia de aquellos que me hacen encargos como si fuéramos carniceros o vendedores del mercado a quienes se les regatea el precio de un producto. Quisiera irme de Viena e instalarme en otro ambiente, más propicio a mis inquietudes. Pero conocerlo a usted, finalmente, me ha traído una gran alegría en medio de tantas mortificaciones. Es un paliativo a mi amargura y desilusión frente a la legión de asnos que se precian de ser amantes de las artes, y no son más que mercachifles que quieren pagar las obras al peso. No era así cuando llegamos aquí el 62; en esos años los mecenas lo eran de verdad. Me encantaría que pronto interpretemos juntos algunas piezas; eso me hincharía el pecho de orgullo, padre (lo llamo así porque es lo que me inspira con sentimiento sincero). Sus palabras de elogio a mi música han sido determinantes para no claudicar. El problema que enfrento son las disposiciones contractuales, que me retienen aquí de manera injusta y absurda. Estoy seguro de que en Londres, por ejemplo, como ocurrió con nuestro venerado Händel, usted y yo seríamos recibidos con honores y trabajaríamos no solo con absoluta independencia, sino con las retribuciones adecuadas a nuestra condición de grandes artistas. Si me

quedo en Viena, será mi condena. Algo me lo dice en el fuero interno. Creo que este es el momento; pero, padre, usted sabe cómo son las mujeres: mi Constanza dice que agradezca lo que tengo, que no tome decisiones apresuradas hasta no contar con algo seguro y debidamente acreditado, que las deudas por aquí y por allá.... Yo me iría ahora mismo y me alejaría del Danubio. Algo debe de tener el agua de este río que vuelve tan idiotas a los vieneses, o a la mayoría. Pocos se salvan. No quiero atiborrarlo de quejas, padre, mi gran amigo...estoy escribiendo, como le comenté en nuestro encuentro, una serie de cuartetos de cuerda. Hace dos años que trabajo en ellos, pero he debido abandonarlos varias veces para cumplir con otros compromisos. Planeo terminarlos este año o, a más tardar, el siguiente. Anhele dedicárselos, Maestro. Espero que no lo considere un atrevimiento de mi parte, un exceso de confianza, pero su música ha sido para mí una permanente inspiración. En el poco tiempo que nos frecuentamos siento como si nos conociéramos de toda la vida. Por eso soy capaz de expresarle mis desvelos con la tranquilidad de quien ve en usted una guía incondicional. Y sé que usted no juzgará lo que otros llamarían “extravagancias de Mozart”. Constanza ya está acostumbrada a que tire a un lado plumas, tinta y papeles y me vaya de la casa a caminar durante la noche y parte de la madrugada. Solo llevo un par de monedas bien ocultas para sobornar a los guardias de las puertas; así, abandono Viena y deambulo por los alrededores, libre al fin de las tensiones que me provocan sus calles, plazas y habitantes. Vago horas y horas por los bosques y caseríos. A veces algún salteador se acerca, amenazante, pero hasta ellos, por milagro, saben de Mozart y me dejan ir en paz. El lugar que más disfruto, aunque usted piense que ya perdí la razón, es el descampado entre las murallas y los suburbios. No sé que ocurre conmigo, Maestro; solo ahí me siento tranquilo, a gusto y en paz; cuando

hay luna llena, el paraje es maravilloso. Los rayos provocan destellos en los restos de metal que dejan los soldados luego de sus maniobras, porque usan el anillo de tierra como campo de tiro. Y es ahí donde me entretengo y gozo igual que un niño; recojo todos los desechos que encuentro y los guardo en mi ropa. Me seduce la idea de que entre los pedazos de metal de vez en cuando emerja algo de la época de los turcos, cuando asediaron la ciudad y estuvieron a un paso de conquistarla. Algún día sacaré una cimitarra de entre los escombros que recubren el terreno. No pocos vagabundos y mendigos que pasan la noche ahí también se han sentido invadidos por mi presencia, pero al saber quién soy se dan la vuelta y siguen durmiendo al pie de los muros, envueltos en sus fardos y arpilleras, alcoholizados. Hasta han silbado alguna de mis piezas. Ellos olvidan sus desventuras así; yo, haciendo acopio de todo aquello que sea metálico. No sabe la cara qué pone Constanza cuando bromeando, le digo que convertiré todo eso en dinero contante y sonante, y que a lo mejor ya no querré irme de Viena jamás. A los pocos días, todas mis piezas de caza nocturna desaparecen, gracias a mi mujer, pero es inútil; vuelvo al descampado y consigo otras. Es una fuente inagotable. Incluso sé en qué parte es más fácil hallarlas, sin ayuda de fanales o de la luna. Da la impresión de que esta ciudad siempre ha estado en guerra, padre, y que las treguas han sido rarísimas, excepcionales. También le podría sonar extravagante que, en mis recientes paseos, haya oído música que brotaba de la nada. Al principio pensé que provenía de la ciudad, pero le confieso, intrigado, que jamás he oído algo así. Ni los franceses ni los italianos ni los bohemios escriben algo como aquello. Yo he visitado desde niño todos esos países y puedo dar fe. No sé cómo describirla; es como si todos los principios conocidos sobre armonía se descoyuntaran, maestro. En por lo general casi inaudible, pero en ciertas

ocasiones, resulta asombrosamente nítida y hasta pueden distinguirse aplausos y rumor de voces. Parecen surgir de un teatro. He intentado capturar algunas de las notas, pero también eso es extraño: suelo olvidarlas rápido, como nos pasa cuando oímos alguna melodía en sueños y al despertar no es posible transcribirlas, por más empeño que invirtamos en el asunto. El hecho ocurre a unos treinta pasos de la muralla, justo a la altura donde esta hace esquina con otro tramo y se dirige hacia el río y el *Prater*. Me ha perturbado al comienzo, pero ahora acudo no solo para el asunto de mis metales, sino para percibir esos caprichosos sonidos. Hay que tener suerte, pues no siempre es posible oírlos; las noches de luna son las más indicadas. Espero que en algún momento logre retener por lo menos unas notas. Solo a usted se lo he contado. Quien haya escrito esas piezas sabe del oficio, pero va en dirección contraria, como si ansiara desplazar la música a un estado anterior, originario, donde aún nada está definido y el mundo busca tomar una forma y no se decide por alguna. A veces pienso que solo está en mi cabeza, que las notas son como un eco o una huella difícil de borrar o que fluyen solas, libres, huidizas. No sé cuánto tiempo más podré oírla, pero me daré por bien servido si al menos consigo atrapar algunos acordes, padre. Perdóneme lo extenso de mi carta. Creo que he abusado de su paciencia y bondad sin límites. Lamento que usted no resida en la ciudad; ojalá un día de estos toquemos juntos los primeros cuartetos. Espero su opinión, amigo de siempre.

III

Al anciano músico lo estremece la lectura de esa carta. Tantos cuestionamientos a sí mismo por no haber sabido qué ocurriría con Wolfgang y ahora, como una bofetada, estas líneas que no hacen sino abrir las heridas del

pasado. Su amigo le lanza una señal desde el otro mundo, diciendo que debió estar más atento y no desentenderse. Ahora no existen dudas acerca de que Wolfgang si había intentado ponerlo en autos de sus estrecheces; esa carta nunca llegó a sus manos. Jamás la ha visto. Pero no debe confiar en su memoria.

Ya asoma la noche en la ciudad; él sostiene la carta en una mano y con la otra seca sus lágrimas. Es cierto que no le solicita ayuda de un modo directo, pero lo sugiere entre líneas. Tendría que haber adelantado su viaje a Londres e iniciado la ansiada gira junto a su amigo. Habría pedido licencia a Esterházy. Nada supo entonces; Wolfgang no volvió a tocar el tema, por delicadeza. Y él se mantuvo en la ignorancia, sometido a los agobiantes encargos que recibía de sus patrones.

El manto de oscuridad se extiende sobre Viena, lento, inexorable. Los criados trajinan por toda la casa. Prosiguen su rutina: él los oye. El incesante ir y venir por los dos pisos de la vivienda, con los preparativos para la cena, los absorbe por completo. Pronto vendrá Johann, el único copista de su absoluta confianza y secretario personal. ¿Sabrá algo de esa carta que aparece de buenas a primeras? ¿Él la habrá guardado entre las partituras de los conciertos? Mejor no preguntarle ahora. La devuelve al lugar de donde extrajo los folios. Si fuera necesario, solo tendrá que pedirle a Johann que los baje de nuevo. Le parece un pretexto elegante de Amadeus esa historia de sus paseos nocturnos para alejarse de Viena y buscar los restos de munición, aunque no debe sorprenderlo nada ya; muchos artistas coleccionan hojas o flores y cosas raras por puro esparcimiento.

Por otro lado, lo intriga ese asunto de la música extraña que Wolfgang afirma haber percibido en las inmediaciones de la muralla. Pobre de él; estaba tan angustiado que imaginaba oírlo dónde solo había unos miserables desharrapados tratando de guarecerse del frío nocturno. Y voces, aplausos. Estaba enfermo, no

cabe duda, tanto que se había convencido a sí mismo de que las notas brotaban de ese campo de escombros, que en efecto debe cruzarse desde Gumpendorf y otros barrios periféricos para llegar a las puertas de la ciudad. No le ha dado la importancia debida, atormentado por las quejas disimuladas que cree hallar en cada una de las palabras de su amigo muerto. ¿Y si eso no fuera lo relevante, es decir, la velada solicitud de ayuda financiera?

Necesita descansar. La edad y los males no le permiten la lucidez adecuada a las circunstancias. Con esos cañones que retumban todavía en su cerebro, le es muy difícil actuar con discernimiento. Ese francés desnaturalizado... El libertario, se dice a sí mismo; el civilizador, el dador de leyes... No es más que un criminal que ha llevado dolor a miles de personas, un enemigo de la humanidad. Por eso apoyó con orgullo el gesto de Ludwig: quitarle la dedicatoria de una de sus sinfonías, la tercera, y simplemente colocar la frase “En memoria de un gran hombre”.

Algo se agita en su recuerdo, pero no está seguro de lo que es. La noticia de Mozart sobre música extraña lo agita y trata de recordar algo que se conecte. Es muy difusa la sensación, pero tiene alguna relación con la serie de obras que sigue reposando sobre sus rodillas. Revisa los demás conciertos: maravillosos, fuera de cualquier magnitud.

El tercero y el cuarto fueron interpretados por ambos y dos amigos en algunas veladas que hoy solo son añoranzas de un viejo. Aquella debió de ser la última época más o menos feliz para Amadeus. Luego, las citas musicales donde estrenaban adelantos de su trabajo se espaciaron, hasta que hubo apenas saludos cálidos y las tarjetas entregadas por amistades comunes que iban o venían de

Viena. Ya lo tiene. Si hurga, el pasado aflora. En el último, en el número seis. Ahí está de nuevo ese intervalo con el que empieza la obra, tan alejado de lo común.

Wolfgang mantuvo siempre una actitud ambigua respecto de por qué introducir aquella disonancia en la introducción del primer movimiento. Solo sonreía, como niño a quien descubren haciendo fechorías, cuando algún despistado o necio preguntaba sobre aquello.

De nada es posible acusarlo ahora; él mismo había sido un bromista empedernido, y sus travesuras musicales eran famosas. No, siempre supo que lo de Wolfgang había sido algo distinto, acorde con su carácter de artista independiente, reacio a la autoridad; pero nunca se lo preguntó. Además, era un obsequio de un agradecido y célebre admirador, y habría sido poco delicado indagar por razones concretas. Salvo la excentricidad del principio, la pieza era soberbia, genial, obra de alguien que ha alcanzado la cima de su arte en pocos años. Wolfgang...había algo de sobrenatural en ese muchacho, que disfrazaba muy bien con las apariencias mundanas y su gusto por la buena vida.

El primer movimiento se abre con el violonchelo, al que se unen sucesivamente la viola (con un la b que se desplaza hacia un sol), el segundo violín (un mi b) y el primer violín (con un la).

Y también hay algo sobrenatural en esa ausencia de armonía y tonalidad, donde nada ocupa un lugar jerárquico: las dominantes han desaparecido por completo. Solo la magia del resto, tan propias de Wolfgang, hace olvidar el caos y la oscuridad de la apertura. Caos y oscuridad...*El espíritu de Dios aleteaba sobre las aguas...* ¿No se tratará de eso? ¿Un cifrado mensaje masónico que después de años él, a quien todos consideran una suerte de Padre de la Música, es capaz de ver a

plenitud antes de la muerte? ¿Quién podría contestar esa pregunta? Solo Mozart, pero ahora es imposible.

IV

Con el transcurrir de los días y el incremento de los bombardeos de ese francés hereje sobre la ciudad, su desesperación también va en aumento. Los pájaros caen por millares de los árboles, destrozados por las ondas poderosas que sus frágiles cuerpos no son capaces de soportar. Hasta le ha pedido a su fiel Johann que le acerque el *pianoforte* a la cama, con el fin de tocar algunas notas del himno que compuso para Austria y que fue parte de uno de sus propios cuartetos. Apenas tiene fuerzas. Ojalá esas notas fueran suficientes y acabaran con el ruido inaguantable. ¿Qué experimentará Ludwig? Llegan rumores de que en medio de su enfermedad incurable oye un estruendo que le provoca terribles dolores de cabeza. Incluso debe taparse los oídos para no enloquecer. Desdichado de él.

En los cada vez menos frecuentes instantes de tregua, le pide a Johann, buen ejecutante, que baje del armario las piezas de Amadeus y las interprete. ¿Estaría Wolfgang prediciendo esos terribles momentos cuando escribió la disonancia al inicio del último de los cuartetos? Lo escucha completo. Johann lo ha tocado con cierto apresuramiento, solo por cumplir con el pedido; como todos los habitantes de la casa, es un manojo de nervios. El castigo a la ciudad ha sido implacable. No le puede exigir más a él ni a los otros criados. Andan alterados, con el ánimo por los suelos.

¿Un proyectil hará volar por los aires la vivienda de Gumperdorf en la que invirtió tanto dinero? Una nueva emoción embarga al anciano. Les ha recomendado a los muchachos que abandonen la casa. No desea ponerlos en peligro. Les aconseja que retornen a sus pueblos y permanezcan ahí, con goce de haberes. Johann, en representación de todos, le ha informado que nadie lo abandonará en un momento semejante. Ha sido un padre para cada uno de ellos, un patrón bueno y justo, y permanecerán a su lado hasta las últimas consecuencias.

También ha vuelto a leer la vieja carta de Wolfgang, aquella que retorna de un pasado cruel e ignoto. Algo comienza a incubarse mientras recorre las líneas y Johann interpreta el cuarteto. Debe aprovechar esos días de efímera mejoría para llevar a cabo el plan que ahora ha tomado forma definitiva. Le da instrucciones precisas a Johann, quien no objeta ninguno de los deseos del anciano. Justo habrá luna llena en tres días y ese será el momento propicio. Nada tiene que perder un hombre viejo, tan próximo a la cita impostergable. Se siente más tranquilo después de formular sus instrucciones. Traerán la cena en unos minutos. Extrañamente, siente apetito.

Un carruaje discreto se aleja del suburbio de Gumpendorf, a las once de la noche, y emprende un viaje hacia las murallas de Viena. En el interior, viaja un anciano músico, gloria de su arte, y el fiel criado de confianza. El cochero es un viejo conocido del maestro, a quien ha llevado en varias ocasiones a reuniones, conciertos y fiestas. Hacía tiempo que no solicitaban sus servicios; no efectúa ninguna pregunta inoportuna al informársele que solo darán un paseo por el campo de entrenamiento de la milicia, hoy parapetada en la ciudad por causa del infernal Bonaparte.

El carromato se detiene justo donde el anciano indica; Johann porta una bandera blanca que bajo la luz del astro debe de apreciarse con nitidez desde las alturas de la fantasmal muralla. El criado se aproxima, agitándola con apremio y pronuncia en voz alta el nombre de su ilustre patrón; solo quiere estirar un poco las piernas luego de tantas semanas de reclusión forzosa en su domicilio. Arriba, los faroles de los vigías se mueven, en señal de aprobación y saludo respetuoso al artista que todos veneran.

Una vez obtenido el permiso, Johann retorna al vehículo y ayuda, con apoyo del cochero, al anciano. Este da unos pasos vacilantes; han llevado una butaca para que tome asiento a unos treinta pasos del sector donde la muralla hace esquina y continúa hasta el Danubio y el *Prater*. Johann y el cochero se retiran a prudente distancia, vigilantes, mientras el anciano respira el fresco de la noche y una sensación de repentino bienestar lo invade.

El firmamento luce despejado; el viento ha disipado las nubes malsanas que dejan los cañones del francés maligno. La luna llena convierte el paraje en algo bello y misterioso; Wolfgang no se había equivocado. Las antiguas murallas, cuyas puertas ya se cerraron hace horas, también cambian de aspecto bajo el fulgor de plata. No espera nada en particular; su acto, en principio, solo busca rendir un postrer tributo al amigo fallecido sin que él estuviera cerca para tender una mano consoladora. Ya es el momento de llamar a Johann y emprender el retorno. A lo lejos, distingue a sus dos acompañantes; conversan animadamente, secundados por pipas de buen tabaco. Sonríe, complacido. Johann merece ese esparcimiento, luego de días y días de zozobra. El mundo sigue su curso, musita el anciano, mientras el viento le trae unos remotos aullidos desde los bosques. Le gustaría quedarse un poco más. Todavía hay asuntos que debe resolver respecto de su

patrimonio; ahora sí se decide llamar a Johann, pero un rumor lo distrae. Poco a poco se hace audible. Él queda estático ante el acontecimiento. Es música, no cabe duda. Luego, aplausos que no proceden de un sitio en particular. Que él sepa, no hay salas de concierto al otro lado de la muralla.

Cree reconocer fragmentos de una obra de Ludwig; luego, una propia (justo el que incluía el himno austriaco), y al final, aquello que ha venido concentrando su atención: el inicio del sexto cuarteto de Wolfgang, los oscuros intervalos disonantes. ¿De dónde vienen? ¿Quién los interpreta? Brotan del aire que lo rodea. Posterga el llamado a Johann; teme quebrar la continuidad del suceso. Sobreviene el silencio que también posee valor expresivo. Y después, música de otro mundo, construida sobre principios que él apenas comprende en medio de su asombro. Wolfgang sí accedió a esas leyes desconocidas que no están escritas en ninguna parte.

La luna llena resplandece incomparable, como él jamás la vio, ni siquiera en el pueblo natal de Rohrau de donde saliera tan pequeño a ganarse la vida. De pronto, unos cartones comienzan a agitarse a sus pies. Con esfuerzo mayúsculo, a pesar de sus achaques, se inclina y recoge uno de ellos. Es un programa de concierto presentado por una “Sociedad Amigos de la Música”, desconocida por él, lo mismo que el nombre de un teatro, “Musikverein”. Los intérpretes, reza el anuncio, serán los destacados miembros de la Filarmónica de Viena. Jamás ha oído hablar de esas entidades.

La tipografía y la impresión le resultan exóticas; sin embargo, puede distinguir, dado que las letras son de gran tamaño, que anuncian obras de Beethoven y Mozart, aparte de las suyas. Son, precisamente, las que ahora llegan a sus oídos por oleadas, como si estuvieran interpretándose en un sótano. Aparecen

otros nombres en el anuncio: Schoenberg, Webern y Berg. Y un año inverosímil que no es ni por asomo el que corre, es decir, 1809.

No tiene conocimiento de quiénes son esos músicos, pero deduce que el magma sonoro que se alterna con las composiciones de Ludwig, Wolfgang y las suyas le pertenece a hombres a quienes él jamás verá. Las disonancias de Mozart parecen ser el puente, el vínculo lógico entre un presente y un futuro que está por hacerse y del cual presencia unos cuantos destellos. Esa sospecha queda confirmada cuando recoge otro de los cartones: “En este lugar se construirá la sala de la Sociedad Amigos de la Música, gracias a la donación de su alteza, el Emperador Francisco José I”. Él solo conoce a un monarca: Francisco I.

Los cartones se deslizan de su mano. Esta vez sí llama a Johann para regresar a Gumpendorf cuanto antes. Mientras el coche avanza por terreno baldío salpicado de escombros, Franz Joseph Haydn, cubierto de pieles para evitar el frío nocturno, atisba por la ventana ya no las murallas, sino la luna llena que domina el firmamento y extiende su luminosidad sobre una Viena que nunca duerme.



Baby Tamagochi¹⁵

Por César Klauer

Ilustrado por Aleksandr Nikonov (Rusia) / *Mechanic VI*



El sonido agudo penetró en sus orejas como una aguja ardiente y la sacó de ese sueño que, por fin, había cogido. Así era la maternidad, pues Lorena: hora de atender a Paula. Se levantó perezosamente tratando de no despertar a José Antonio, tenía que salir muy temprano al trabajo. Dobló el cubrecama con cuidado, sacó los pies uno por uno, se puso las sandalias, encendió la lámpara, miró la hora: tres de la mañana, ¡qué exacta les había ha salido!

Se puso de pie, caminó los pocos metros entre la cama y la cunita rosada cubierta con un tul que recordaba la neblina que por las mañanas trataba de entrar a su cuarto en el quinto piso de ese moderno edificio frente al mar. Dentro de la

¹⁵ *Nuestras Alfombras Voladoras y otras alucinaciones fantásticas* (inédito)

protección de la tela, suspendidos del *parante*, flotaban sobre Paula ositos amarillos, patitos verdes, palomitas rosadas, pingüinitos celestes. Lorena se detuvo frente a la cuna y suspiró, ¿empezaba por el seno derecho o el izquierdo?, se palpó indecisa, no había diferencia. La niña la miraba en silencio, eso era lo bueno de estos bebés, no lloraban ni se mojaban en la cama ni te vomitaban leche rancia sobre el hombro; le hizo muecas. La niña agitó las manos y pies en el aire, ¿sonríe?, así parecía, Lorena le devolvió la sonrisa al tiempo que desabotonaba el camisón: el pezón erguido anunciaba el seno rebosante.

La niña había sido para Lorena y José Antonio un triunfo, no sólo porque lograron tenerla, sino por la oposición de los padres de ambos: ¿Cómo van a hacer eso?, les recriminó su suegra señalándolos con el dedo. ¿Acaso los niños son juguetes?, argumentó su propia madre sentada en el sofá de la sala inmóvil y pálida por la noticia de su decisión. Pero ellos siguieron adelante, había que darle paso a la modernidad, la ciencia estaba para servirlos, no al contrario, mamá, no seas tan anticuada. Casi todos sus amigos habían hecho lo mismo, era mucho mejor. Pero sus argumentos no lograron convencer a sus tradicionales progenitores. El doctor Tejada les había asegurado que no había ningún riesgo. Les juró que todos los niños eran normales, él mismo tenía uno, el segundo, y la verdad señora, mi esposa, que al principio no estaba convencida del todo, ahora me lo agradece, ni comparación con la primera: ¡Lo que les había hecho pasar! Lorena sintió escalofríos el día que les aplicaron el cuestionario asistido. La entrevistadora fue muy amable y tolerante. Esperó con paciencia en cada pregunta, sin apurarlos, mostrando sus dientes perfectos, los hoyuelos de las mejillas que le daban un aire de muñeca, ¿sería una de ellas también?, tenía mucha edad para serlo, no, no era, pero parecía: tan perfecta, tan amable, tan educada e inteligente.

Lorena se sentó en el sofá mullido tan cómodo que José Antonio había comprado especialmente para ella y amantó a su Paulita. La niña succionaba con avidez, el sonido rítmico le comenzó a devolver a Lorena el sueño, pero ella no se dejó vencer y mantuvo la firmeza de los brazos, la cercanía de su niñita, suya suya suya muñequita, mientras se alimentaba. Pero el sueño no conoce la rendición y regresaba para hablarle a Lorena al oído, tentarla con el celaje del descanso, persuadirla aunque ella no se diera cuenta que la estaban convenciendo, que ya la habían convencido, que ya dormía sentada con Paulita en los brazos y su succionar cadente y sus ojos grandes perdiendo brillo sin que Lorena lo notara, ni cayera en cuenta del pitito intermitente que se acallaba de a pocos hasta quedar mudo. De pronto, el acompasado succionar se hizo más espaciado, la niña cerraba los ojos y los abría de nuevo, sus manitas ya no asían el seno tan firmemente, su cuerpo se relajó.

José Antonio sacudió a Lorena por el hombro. Despertó a medias y sintió la frialdad. Ya no era el cuerpecito caliente que había puesto a mamar, ¿hacía unos minutos, horas? Quiso saber. Eran las cinco, mi amor. Su esposo miraba a Paulita extrañado. Había algo distinto, una inmovilidad diferente, ¿estaba dormida la niña?, le acarició la cabeza. Entonces Lorena despertó del todo y se puso de pie, como impulsada por un resorte. Miró la boca de su hija prendida de su pezón sin soltarse; una herida la hacía sangrar gotas rosadas, sintió una vez más la frialdad y trató se alejarla y no pudo y se desesperó y miró a José Antonio y empezó a caminar por el dormitorio sin sentido repitiendo: ¡me dormí!; y se acercó a la ventana y su esposo la siguió con los brazos abiertos como para coger a la bebe si caía y luego fue hacia la puerta: ¡me quedé dormida!; y José Antonio detrás sin saber qué hacer y preguntando qué pasaba y ella se dio la vuelta y regresó hasta la

cama: ¡me dormí!; y él las miró a ambas con las preguntas repetidas y ella no escuchaba y se sentó pero de inmediato se levantó y pasó por el lado de su esposo sin verlo y sus brazos ahora jalaban el cuerpo frío que se resistía a despegarse del seno: ¡mi corazoncito!, ¡me dormí!; y las gotas de sangre y leche mancharon el camisón y rodaron por las mejillas pálidas de Paulita y José Antonio la cogió y sintió también el cuerpo frío y se alejó repelido por el espanto y miró a Lorena y luego al cuerpo inerte de su Paulita, hijita qué ha pasado, Lorena cuéntame y ella se sentó en el mullido y cómodo sofá y se miró el espejo que reflejaba a las dos unidas, inseparables, su voz un quedo murmullo: me quedé dormida.

José Antonio entonces regresó, cogió a la niña ausente de calor y se dio cuenta del problema. Recordó al doctor Tejada. Era posible que eso pasara pero no había que desesperarse, eso dijo el doctor. A él mismo le había sucedido y su esposa había reaccionado exactamente igual que Lorena, ahora las palabras del doctor resonaron en su cabeza porque se las repitió varias veces, porque era la solución si el enfriamiento no era demasiado agudo. Lorena debía calmarse, mi amor; recuerda al doctor, ¿se acordaba de las instrucciones? Lorena no parecía saber qué le preguntaba su esposo, sus ojos estaban fijos en el reflejo suyo y de su hija en el espejo. José Antonio quería saber dónde estaban; y ella no entendía qué era lo que quería saber su esposo. Que se acordara del doctor Tejada y las instrucciones para emergencias, que reaccionara, por favor, Lorena. Él la sacudió de los hombros y repitió la pregunta varias veces más alzando la voz desesperado, sintiendo la frialdad, ¿sería demasiado tarde ya? De pronto, Lorena regresó por un segundo, justo lo necesario para entender lo que quería José Antonio y levantar la mano con el índice extendido, que buscara en el tercer cajón dentro del closet.

José Antonio regresó con la esperanza en las manos. ¿Podría trabajar con Paulita aferrada del seno de Lorena? No había tiempo para intentar desunirlas, tendría que resolver el problema tal cual están las cosas, el doctor Tejada no había dado instrucciones para esta situación, ¿y si lo llamaba? Tampoco era buena idea, tan temprano, demoraría en contestar el teléfono y esos segundos eran ahora de vida o muerte. Cogió la cajita dorada, brillante, limpia. Rompió el cartón y sacó el *blíster*¹⁶. Era la primera vez que usaba uno, Paulita era muy pequeña aún, no lo había necesitado y, en teoría no debería necesitarlo tan pronto, después se quejaría con el Tejada de mierda ese. Trató de romper el plástico transparente pero no podía, ¡carajo!, ¿y ahora qué pasa? Tijeras, necesitaba tijeras para cortar el plástico. Fue hasta su mesita de noche, abrió al cajón y sacó el par de tijeras minúsculas que usaba para los pelitos de la nariz. Trató de cortar pero era muy pequeña y se le escapaba de los dedos húmedos y temblorosos. Por fin, logró romper el plástico. Se acercó a Lorena y Paulita, dejó el *blíster* abierto sobre la mesa de noche de su esposa, ahora había que darle vuelta a la niña.

Le pidió a Lorena que aguantara si le dolía, que era por el bien de la niña, que no se desesperara. Ella seguía mirando el reflejo en el espejo. Tal vez reaccionara cuando sintiera el jaleo en su pecho, pero había que seguir adelante no más. Cogió a la niña y le desabotonó el ropón rosado que su madre le había regalado después de convencerse, aparentemente, que Paulita era una niña como cualquier otra y que si querían una hija perfecta su decisión había sido la mejor. Felizmente tenía la abertura por la espalda, ¿dijo su madre que la vendedora se lo había sugerido así? Lo bueno era que allí estaba y eso facilitaba las cosas. Eran

¹⁶ Soporte de cartón con una lámina de plástico transparente que forma distintas cavidades utilizadas como envase de manufacturados pequeños.

varios botones pero se abrían con facilidad, esos diseñadores pensaban en todo, ¿no Lorenita? Sus nerviosos dedos lograron abrir el ropaje. Cogió el *blíster* pero lo dejó de nuevo, primero tenía que abrir. ¿Dónde estaba? La piel se sentía fría pero suave y limpia y olorosa a bebé, ¿cómo pueden hablar así de ellos? Encontró por fin el botoncito, escondido bajo esa piel rosadita. Lo apretó y una abertura de tres centímetros, así decía el manual, ahora se acordaba, se materializó de la nada, ¡qué buenos esos ingenieros!: ni se notaba la cosa esa, ni siquiera había sangre. Entonces, metió el índice y el pulgar en el pequeñito tajo, buscó y sacó la batería. Era idéntica a una pila normal, pero diminuta y completamente dorada; agarró la nueva del *blíster*, la puso en reemplazo de la usada.

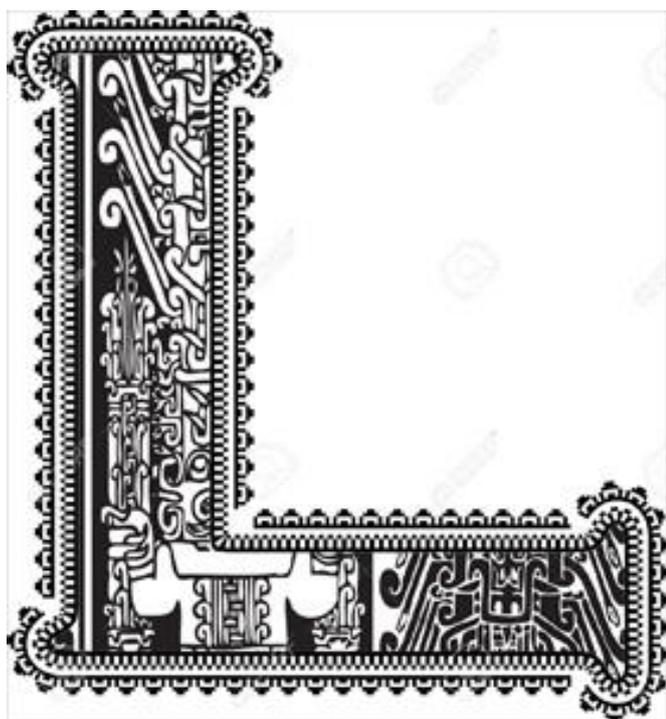
Ahora había que esperar que esa fuera la solución.



La nueva comunión¹⁷

Por Fernando Morote

Ilustrado por Pedro Belushi (España) / *La nueva comunión*



os encontré aglutinados en el atrio. Protestaban indignados con los puños en alto, arremetían contra la puerta, empujaban a los policías, escupían lisuras, le dedicaban injurias al párroco. Parecían revoltosos que se habían quedado sin entradas para ver una película porno. Me filtré a través de ellos y, después de recibir varios empujones y algunos manotazos, llegué hasta uno de los policías que resguardaba el ingreso. Le mostré mi tarjeta de invitación y me dejó pasar; conmigo entraron quinientos saludos ardientes para mi madre. Adentro la cosa no estaba mejor. La misa aún no había comenzado y se notaba en el ánimo de los asistentes una desesperación desbordante. Algunos pifiaban con todas sus fuerzas. Por ahí escuché también el sonido de una matraca, de un

¹⁷ Forma parte de la novela *Los quehaceres de un zángano* (Bizarro Ediciones, 2009) y también ha sido publicado en la versión digital de la revista Lima Gris www.limagris.com

tambor. En vano traté de avanzar para encontrar un sitio más desahogado donde ubicarme. Había allí más gente que en un clásico U-Alianza. Las tribunas estaban abarrotadas. Sólo la nave central se mantenía sin invadir. En cuanto a eso, la disciplina era admirable porque era espontánea. Yo estaba acostumbrado a encontrar en las iglesias sólo viejas cucufatas devorando rosarios al amparo de un abono vitalicio. Por eso me sorprendió la concurrencia masiva de esa mañana. Le pregunté al anciano que estaba a mi lado si él conocía el motivo.

—¿No ha leído los periódicos? —me contestó.

—No. ¿Por qué?

—Lo han estado publicitando toda la semana.

—¿Publicitando? ¿Qué cosa?

—La nueva comunión.

¿Nueva comunión? Saqué mi tarjeta y no; ahí no decía nada de nueva comunión ni cosa por el estilo. Era una vulgar invitación, como cualquier otra; me la regaló un primo que no podía venir porque lo habían operado de la nariz. El anciano hundió su codo en mis costillas.

—Fíjese —me dijo— Ya va a empezar —y con su cabeza señaló el altar.

Cuando el sacerdote franqueó el umbral de la sacristía, una ovación lo levantó en vilo. Se desató la euforia. Sonaron la matraca y el tambor. También una bocina de panadero. Los ocupantes de las naves laterales comenzaron a saltar extasiados; los que ocupaban las bancas se pusieron de pie y empezaron aplaudir. El sacerdote, que era joven y desvaído, y que por su delgadez y sus pelos largos y

desordenados parecía más bien un director de orquesta, se vio obligado a agradecer el recibimiento con tres venias bien pronunciadas, ejecutadas solemnemente delante del altar. Después, con un movimiento de las manos, pidió silencio a los concurrentes. Pero nadie le hizo caso. La algarabía, el caos, continuaban desenfrenados y no presentaban síntomas de querer detenerse. El sacerdote comprendió que pedirle silencio a esa turba era como pretender explicarle la teoría de los colores a un ciego. Entonces se ubicó detrás del altar y, sin más trámite, inició el rito. Desde mi ubicación, apoyado y casi aplastado contra el portón de entrada, sólo pude ver a lo lejos cómo el sacerdote movía los labios y no decía nada. De rato en rato interrumpía la celebración de la misa para pedir nuevamente silencio. Pero era imposible calmar a los perros. Se mandó entonces con un sermón de quince minutos y, “mis pasos dejo, mis pasos doy”, eso era lo que yo escuchaba, ¿mis pasos dejo? ¿mis pasos doy?, no entendía nada, leyó el evangelio según San Mateo. “Sin helar, por favor”. Pero todos se zurraron en la noticia. Y lo siguieron haciendo. Hasta que llegó el momento de la comunión.

La turba de repente se calló. Se implantó, por voluntad propia de los asistentes, un silencio total, impecable. Ya no sonaron la matraca, ni el tambor, ni la bocina de panadero, sino más bien un órgano entonando desde la mezanine el Himno a la Alegría. El sacerdote, de pie otra vez delante del altar, abrió los brazos imitando a Cristo y convocó a los infieles para que recibieran la comunión. Se operó en ese momento dentro de la iglesia un instantáneo, sincronizado y perfecto cambio de posiciones. Los ocupantes de las bancas y de las naves laterales abandonaron sus sitios y ocuparon la nave central. Lo hicieron en un solo acto; pulcra, silenciosa y ordenadamente. Con qué piedad, con qué contrición lo

hicieron. Sólo cuatro gatos, por incredulidad, permanecieron en sus ubicaciones originales: yo era uno de esos gatos.

La turba, inmejorablemente alineada en dirección al altar, hacía esfuerzos enormes para no perder la ecuanimidad repentinamente adquirida. El sacerdote llamó al mozo. Clap, clap. Y sus dos acólitos vinieron prestos; el uno con el cáliz y el otro con un cojín rojo de terciopelo, borlado a los extremos, sobre el cual brillaba una tarjeta plastificada de color verde. El sacerdote destapó el cáliz y surgió a la vista de todos una superficie plana y blanca. Vidriosa. Brillante. La turba, apretujada en la nave central, observaba impaciente pero contenida. Efectuados los mil conjuros sobre el cáliz y la tarjeta: bendición, consagración, beso, chupada, levantada con las dos manos, etc., le tocó el turno al primero de la fila. Yo soy el pan de vida, el que viene a mí no tendrá más hambre. “Me provoca un anticucho. Depositen sus óbolos nomás, yo cobro los intereses”. El sacerdote enterró la punta de la tarjeta plastificada en la superficie plana, blanca, vidriosa y brillante, y sacó de ella un cerrito compacto que llevó cuidadosamente a la nariz del infiel, quien con profunda convicción lo aspiró hondo, hasta casi fracturarse el tabique, luego de lo cual se prosternó y, persignándose, emprendió el camino de regreso a su sitio. Allí se arrodilló, oró durante menos de un minuto, era evidente que no podía resistir más tiempo, y con las mismas, rígido y haciendo morisquetas, abandonó la iglesia. Mientras tanto los obreros continuaban avanzando humildemente hacia la ventanilla de pago, donde encontraban siempre dispuesta la mano derecha del sacerdote con la tarjeta plastificada y el cerrito blanco, vidrioso y brillante en la puntita. Armoniosas aspiraciones. Así sucedió con todos los infieles hasta que la iglesia quedó prácticamente vacía.

Los cuatro gatos incrédulos permanecemos en nuestros lugares esperando el punto final. Pero no lo hubo. El sacerdote ordenó con una seña al organista de la mezanine que dejara de tocar y que se fuera. Administró luego sendos cerritos a sus dos acólitos y se aplicó también él un buen par antes de guardar el cáliz y la tarjeta plastificada en la caja fuerte debajo del crucifijo. Hizo sonar la campanita y se retiró, sin siquiera decir podéis ir en paz.

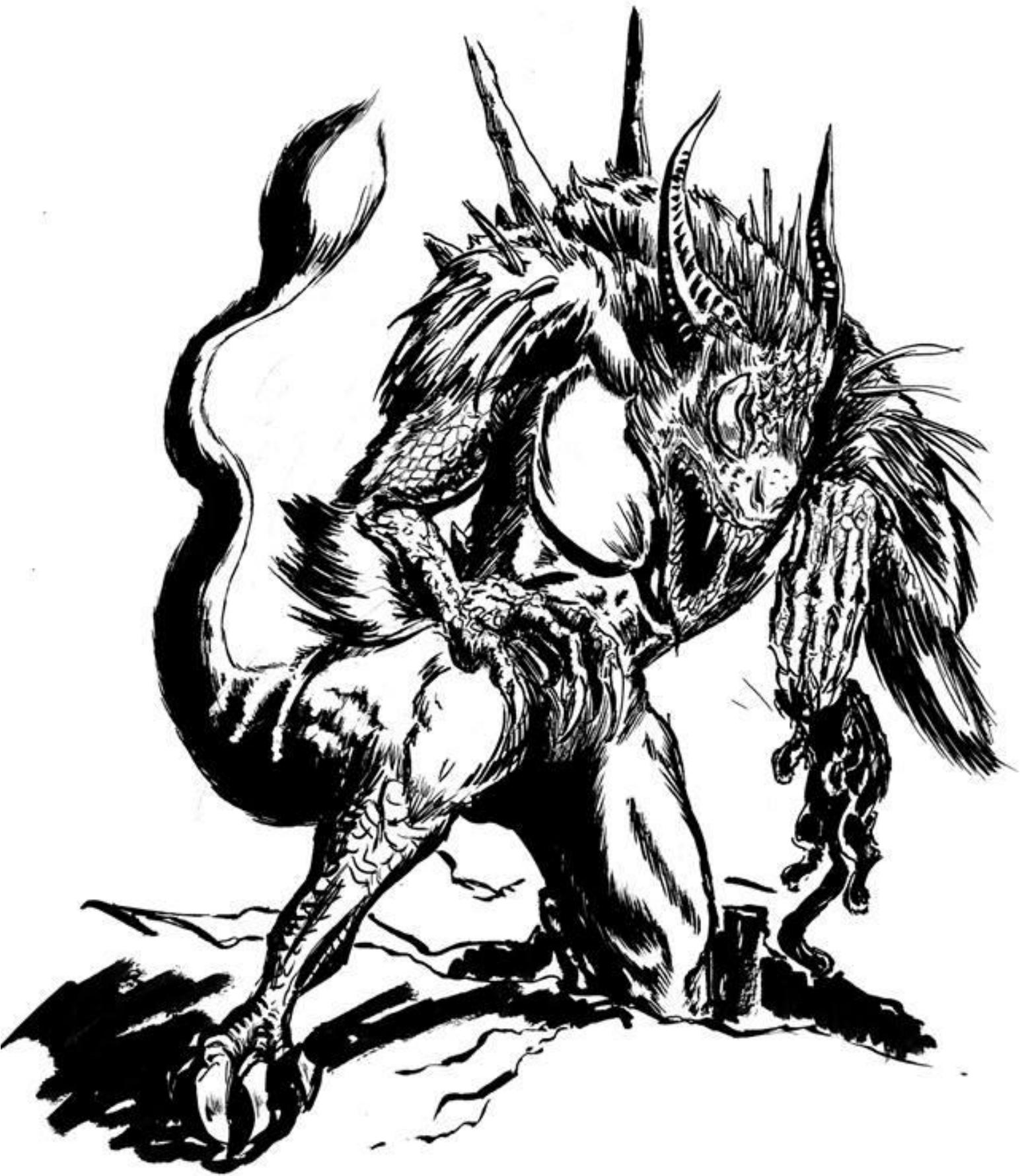
Deduje que ése era el final y salí. Afuera encontré a los comulgantes desparramados. Algunos estaban sentados en el jardín y otros habían formado grupos, pero todos sin excepción estaban rodeados de botellas y tenían en las manos vasos descartables con cerveza helada.

A pesar de todo

“Viva el Perú”, pensé. “¿El Perú vive?”, pensé.

Mentira.

El Perú está muerto.



El diario oculto de Harold

Por Edinson Mucha Soto

Ilustrado por Wicked Man -seud- (España) / Dalban

1



n la monotonía de los campos segados, que son rotos por algunos cerros y a la vez envueltos en nubes blancas de diferentes formas, se encuentra una casa abandonada que no puede ser destruida por el tiempo, ni menos por la mano del hombre. Dicha casa, perteneció a la familia Kardin; tal vez, algunos puedan recordar el caso Kardin. Salió no solo en los periódicos locales sino también a nivel mundial, fue uno de los casos más espeluznantes que se haya podido vivir en la época de los años cuarenta.

En aquellos años, yo era un joven muy neurótico y me desempeñaba como guardián de una granja. Fue el caso que nunca podré olvidar ya que fui el primero que miró el horror en su máximo esplendor. Fue tan infernal lo que mis ojos

presenciaron y por tal espectáculo que me brindo la muerte, me quedé sin habla durante un año. No podía articular ni un sonido, era como si el hechizo de lo horrendo me hubiera encarcelado en sus dimensiones impenetrables y de dudosos colores.

Hoy a mis ochenta años, quiero contarles lo sucedido. Lo que realmente pasó en esa casa. No porque me gusta recordar cosas tan retorcidas y sorprendentes que increíblemente comete el cerebro humano o el lado oscuro que siempre está acechándonos. Si no, porque me han estado atormentando las imágenes que vieron mis ojos, las que cada vez más me retienen en su espanto. Y antes que la mano fría de la muerte me coja y me lleve a su mundo de torturas quiero expulsar ese recuerdo que permanece en mi mente anciana. Sí amigos, cuando estamos viejos observamos no solo las cosas de este mundo, sino algo más. Ayer miré que la dama de la eternidad me está aguardando porque la he visto rondar no solo por mi casa, también estaba sentada en mi alcoba, sé que me observa con esos ojos negros, y, a veces quiere rozar sus esqueléticos dedos sobre mi piel. Sé que uno de estos días no despertaré pues ya me habré sumergido en su oscuridad eterna. Y es por esa razón, que les quiero contar la verdadera historia de la familia Kardin, sin antes decirles que tengo en mis manos una prueba muy contundente: El diario que encontré en el cuarto de Harold, aquel diario que brilla en las noches como si recobrará vida y me proyectara aquella espantosa carnicería. Pero estoy seguro que no lo hizo el joven Harold ¡NO LO HIZO! Si no, esa sombra que siempre lo acechaba desde niño.

Todo ocurrió en el verano de 1920. Estaba descansando en mi aposento después de un arduo trabajo en el campo; cuando de pronto, comencé a sentir diferentes deslumbramientos dentro de mi organismo, en algunas ocasiones era

como si me estuviera derritiendo por el calor intenso que expulsaba mi ser y en otras, un frío tan agudo que hasta podría decir que me cortaba la piel en pedazos. Salté de la alcoba y me puse en pie. Sentía que el corazón me iba a explotar, pues percibía una energía muy densa y espantosa que me encerraba. Al poco rato, Esther entró apresurada a mi casa, que por poco me desmayo del susto. Ella había ingresado para contarme el acontecimiento del año, lo insólito que había ocurrido en el pueblo: Nada más y nada menos que el nacimiento del hijo de la familia Kardin. ¿Por qué un acontecimiento? Pues porque Lily Kardin había dado a luz a dos hijos en su juventud, pero después del accidente que tuvo y de su avanzada edad, no podía tener hijos y nadie esperaba ese nacimiento.

La noticia me alegró bastante. Así que me puse una bufanda y me dispuse a salir de mi casa para darle mis cordiales bendiciones y felicitaciones a Toret Kardin, amigo de infancia. Pero algo extraño ocurrió. Mientras abría la puerta. Un viento con aroma a muerte pasó sobre mis hombros y lo poco que pude ver me paralizó por un momento, era una sombra muy pequeña con el rostro deformado por el miedo, engullido por el hambre, detenido en la espectacularidad de la muerte. Quise gritar, pero no lo hice, me contuve ya que la gente me considera el más fuerte del pueblo de Oswin. Tragué un nudo de saliva y caminé apresurado hasta la casa de mi amigo sin mirar atrás.

2

Al llegar a la casa de Toret, nos dimos un afectuoso abrazo y compartió su alegría conmigo. Toret estaba tan emocionado por su nuevo vástago (Bueno era como cualquier bebé, arrugado, frágil y un poco deforme) Sin embargo, detrás de

ese indefenso niño, miré a esa sucia sombra que acariciaba la pequeña cabecita de Harold y con sus deformes dedos negros peludos escribía algo en su diminuta frente. Saqué de inmediato un papel y una pluma sin que nadie se diera cuenta. Al comienzo no podía distinguir bien la palabra: ouie, ouije, ou... después de unos segundos esforcé la vista y lo distinguí “Ouija”. Me quedé con la duda porque no sabía qué significaba esa palabra o qué representaba para la sombra. Pero en ese momento no le dije nada a mi amigo para no preocuparlo, después de unos segundos la felicidad rondó nuevamente y con toda esa dicha se llevó a cabo una pequeña fiesta de bienvenida al nuevo miembro de la familia Kardin, la celebración duró hasta el anochecer.

3

A la mañana siguiente desperté bañado con mi propio sudor. Había tenido una espantosa pesadilla. La misma sombra sodomizando a Harold en un lugar muy lúgubre y aterrador. Así que fui a visitar a un amigo que sanaba a los enfermos y practicaba algo de magia negra o sabía algo de estas cosas sobrenaturales. Después de cruzar el inmenso bosque, llegué a una cabaña solitaria, en la puerta se hallaba la cabeza de un cuervo disecado dándome la bienvenida. Grité su nombre para que me escuchara y no demoró mucho, Jersey salió y se sorprendió por la visita. Al poco rato, me invitó a pasar y conversamos de todo un poco. Pero al final le hablé del tema por el que había ido a visitarlo. Cuando hablaba, él me escuchaba con mucha atención pero notaba en su rostro el miedo que poco a poco fue creciendo y antes de terminar de contarle lo que había presenciado, se puso en pie e inmediatamente se fue a la otra habitación. Sacó un

libro muy grande y antiguo. Me dijo que le perteneció a su abuelo. Nos sentamos y los dos compartíamos las memorias y enseñanzas de aquel libro viejo.

OUIJA: el tablero Ouija tiene un origen impreciso. Pero fue registrado el 28 de mayo de 1890. Tiene como objetivo contactarse con personas muertas, espíritus castigados por algo divino y almas en pena. Sin llegar a un trance mental...

Jersy y yo nos quedamos mirándonos fijamente. Nuestras sombras se proyectaban en la pared como almas en pena de un tamaño enorme. Al fondo el cantar de un cuervo rompió aquel fúnebre silencio. Jersy me observó detenidamente, sin decir ninguna palabra. Luego me dio un amuleto y me dijo que tuviera mucho cuidado, que si alguna vez necesitaría la ayuda de alguien, solo tenía que buscarlo. La noche ya estaba avanzada y tenía que regresar a casa.

Caminando por el viejo sendero, acompañado de la poca luz que me ofrecía la luna, me pregunté ¿por qué esa cosa no puede poseer al muchacho? o ¿será que la famosa Ouija puede ser un portal para conectar dos dimensiones? Ya cuando estaba a punto de cruzar el pequeño río que divide a los dos pueblos, pasó rápidamente un ente, algo que no le llamaría humano, porque aquella cosa era amorfa. Estaba envuelta con un velo negro, no tenía cara y olía a humedad de sepulcro. Trastabillé un poco y después de algunos segundos me puse a correr; ya que enfrentarlo sería de locos. Ni se imaginan en lo que se había convertido aquel lugar. Era opresivo y asfixiante. Pero me había puesto una meta en esos momentos y me había decidido de inmediato de que pase lo que pase nunca me dejaría atrapar por esa cosa que me perseguía con tal ferocidad. Atiné a sacar el amuleto de mi bolsillo lo más rápido que pude, digo lo más rápido porque el miedo estaba paralizando mis miembros. La cosa se detuvo en seco y dando

algunos gemidos se alejó. Sin embargo, vi de cerca ese apocalíptico rostro y lo que me pasmó fue que en su frente llena de gusanos, distinguí un nombre, un nombre que no me dejaría en paz hasta mis últimos días: “HAROLD”.

Pero con todo este miedo que me estaba atormentando diariamente, por muy increíble que parezca, no ocurrió nada, absolutamente NADA. Harold estaba creciendo como un joven normal, a sus 19 años nunca tuvo problemas con la ley y hasta inclusive ayudaba a su padre en la carpintería.

4

Lo cierto es que un 26 de mayo todo mi miedo otra vez despertaría, Harold se había hecho amigo de un gitano que leía las cartas en el pueblo. Claro que el hombre de atuendo ridículo, cuyo nombre no me acuerdo, no se quedó por mucho tiempo en el pueblo. Pero producto de esa amistad, inesperadamente el comportamiento de Harold cambió. Aquel joven emprendedor y amigable, pasó a ser una lacra para la sociedad. Bueno, se pensaba que tal vez podía ser pasajero, como a cualquiera que ha pasado en esos momentos o en esas locuras de la juventud. Pero mis pensamientos fueron erróneos. Aquí fue donde un hecho marcó mi vida para siempre. Al parecer Harold de alguna manera había conseguido un tablero, con dos respuestas a cada extremo “sí” – “no”. Al comienzo no sabía que aquel misterioso tablero se llamaba Ouija y no me importaba, dado que todos mis esfuerzos se concentraban en Harold. Trataba de hacerle entender que estaba sumergido en un error grande, pero nunca me hizo caso. No solo era el comportamiento extraño de Harold, si no, que estaban pasando cosas extrañas en el pueblo. En un inicio, en las mañanas encontrábamos

pequeños animales muertos colgados en alguna rama de un árbol en la plaza. Pero después el horror se hizo más intenso. Y a finales del otoño, encontramos a un niño decapitado y en el pecho una señal muy rara. Todos estábamos pasmados e intranquilos. El niño era, el hijo del panadero. Un niño quizás con muchos sueños y metas que cumplir, pero que ahora estaba en el suelo, inerte y cubierto con sangre coagulada. De inmediato, saqué un papel y un lápiz, y me dispuse a dibujar esa figura que alumbraba con los primeros rayos del sol, que salía tímidamente. Luego me dirigí a la casa de mi amigo Jersy, ya que él podría darme alguna explicación.

Al cruzar el pequeño río, él ya estaba esperándome en la puerta. No porque se enteró de la muerte del niño, sino que un ente maligno estaba molestándolo todas las noches. Pero ese ser de dimensiones ocultas para el ojo del ser humano, no pudo concretar su propósito. Él se había anticipado y había rociado alrededor de su casa sal y en medio había dibujado una cruz. Al mostrarle aquel dibujo, Jersy se aterró mucho y cayó al suelo de rodillas como resignándose a los hechos que tarde o temprano iban a llegar.



5

El tiempo era valioso y teníamos que actuar de inmediato, pero cuando nos disponíamos a salir con dirección al pueblo. Miramos con nuestro rostro de patidifuso, cómo la tierra se estaba abriendo y de lo más profundo del subsuelo,

salía un olor a azufre. Apreté los labios buscando la complicidad de mi cuerpo, pero este me respondía con escalofríos. No podíamos movernos, era como si una mano estuviera sujetando nuestros talones. Inexorablemente el sol subió a lo alto del cielo y se perdió entre las nubes. Jersey señaló con los dedos algo que salió del fondo de la tierra y se dirigía al pueblo. Era la misma sombra pero ahora con un pelaje raro y descolorido de tonalidad gris y difícil de definir.

Sabía que algo raro iba a pasar en la casa de mi amigo Toret. Así que de un grito me pude zafar de esas manos hechas de hierba que me sujetaban el talón. Corrí como un desquiciado, pero algunos matorrales me lo impedían. Los árboles se caían como piezas de ajedrez y como era de esperar aquel pequeño río que separaba a los dos pueblos, había crecido descomunamente, pues ya se había teñido de sangre y salían de sus profundidades algunas almas pidiendo ayuda. Con todos los obstáculos que estaban ocurriendo, por fin llegué al pueblo, pero ya era demasiado tarde.

Al entrar a la casa de mi amigo Toret. No solo presencié la muerte en toda su expansión y esplendor. Si no, lo que tal vez un cerebro humano poseído por algún ente diabólico puede hacer. No les describiré hasta el mínimo detalle porque temo que mi pobre corazón se paralice en medio de este relato. De modo, que les diré solo lo necesario. Encontré a mi amigo de infancia crucificado en la pared con las tripas esparcidas por el piso y las frías brisas que entraban por la ventana, acariciaban sus marchitas mejillas ya besadas por la muerte. La pobre Lily, esposa de Toret, tenía la cabeza horriblemente mutilada, apenas conservaba su apariencia humana. Pero la peor parte la llevaron sus dos hijos Jerdel y Thomas. A ellos los encontré detrás de la casa, en la caballeriza. Jerdel y Thomas estaban colgados y tenían muchos cortes en todo el cuerpo, no tenían ojos ni lengua. Cuando quise

escapar de todo ese horror, a lo lejos escuché una voz fuerte y demoniaca hablando en latín. Con el miedo ya propagado en todo mi cuerpo, corrí a localizar dicho sonido, sonido que era como el movimiento elegante y peligroso de un cascabel. De inmediato percibí la música de ángeles negros, que con sus notas maléficas hacían añicos todos los vidrios de la casa. En todo ese infierno, encontré a Harold, bañado en sangre con un cuchillo en la mano, pronunciando un nombre “DALHAN”. Sacudí la cabeza para no ser hechizado por sus ojos, que representaban toda la maldad de la humanidad. Con fuerza lo sujeté de los dos brazos y le grité que él era Harold y no Dalhan. Pero sus ojos me dominaron y sus fuertes brazos me lanzaron al piso. Sentí cómo mi cabeza se destrozaba con el fuerte impacto. Y cuando aquella aberración que utilizaba el cuerpo de Harold para dar riendas sueltas a toda su maldad me tenía por el cuello, mi amigo Jersey apareció con un amuleto y desafío al demonio lanzándole oraciones en latín “Per signum Sanctae Crucis, de inimicis nostris, libera nos, Domine Deus noster. In nomine Patris, et Filii, et Spiritus Sancti. Amen”. La horrible sombra soltó mi cuello y se abalanzó contra mi amigo. Él se sorprendió porque no le hacían daño los rezos, ni menos el amuleto. Pensó que tal vez sería su fin. Pero la sombra se detuvo y empezó a dar gemidos cual bestia acorralada. Estaba en una lucha de entidades entre Harold y Dalhan, el demonio que se había apoderado de su cuerpo.

Jersey fue corriendo para socorrerme, ya que se me hacía difícil respirar. Pero no se percató que la bestia había dominado a Harold y corría detrás de él. Quise gritarle, decirle que se cubriera, pero no salía ninguna palabra de mi boca. De pronto, la bestia arremetió contra mi amigo y en un abrir y cerrar de ojos le fue seccionada la cabeza. El cuerpo de Jersey cayó al piso como una simple marioneta.

Ya cuando presagiaba mi futura muerte. Entraron en la habitación dos efectivos: Stalin Forzen y Nicol Kender, quienes desfundaron sus respectivas armas y solo atinaron a disparar a Harold, que trataba de escaparse. Pero una certera bala traspaso su cráneo y cayó al suelo. Todos pensábamos que eso era el final, pero no fue así. Los efectivos también presenciaron un cambio sobrenatural dentro de la casa.

6

Los tres parados ahí. Atónitos observamos que salía del cuerpo inerte de Harold un humo denso y asfixiante, que al mezclarse con el aire tomaba formas extrañas. El miedo era muy intenso tal es así que ni siquiera podíamos articular alguna palabra y solo el ruido de las sirenas rompieron el luctuoso silencio.

Pero lectores, no es ese todo mi martirio. Ya cuando estaban haciendo el levantamiento de los cuerpos o lo que quedaba de los miembros de la familia Kardin. Entré al cuarto de Harold para saber cuál había sido el detonante de toda esta masacre y encontré debajo de su cama, un tablero lleno de letras y un diario firmado con sangre. Al comienzo con el susto lo lancé lejos, pero después de reflexionar lo agarré y escondí debajo de mi casaca, nadie se dio cuenta de lo sucedido.

Hago un ligero suspiro de depresión y una pausa con mi relato, porque los muslos de mi pierna no aguantan más y con la complicidad de la luz de la fogata, proyectan mi cuerpo huesudo y viejo. Estoy tal vez sumido a la locura que me ocasionó ese terrible espectáculo. Nunca llegué a casarme, porque la gente del pueblo me miraba con extrañeza; hay otros que dicen que me he vuelto loco por

ver a la muerte de cerca. Solo les diré que, justo ahora tengo en mis manos el diario de Harold, solo les leeré una pequeña parte. Mi idea no es envenenarles el alma con todas las barbaridades que he leído. Si no explicarles que Harold no fue la persona que mató a sus padres y hermanos; sino, ese demonio que se metió en su cuerpo y desplazó su alma. Aquella aberración llamado DALHAN.

7

EL DIARIO DE HAROLD

26 de mayo de 1940

Estoy muy aterrado querido diario. He tenido en estos últimos días muchas alucinaciones. He visto a una sombra que me persigue. Siempre está donde yo voy. Y a veces me dice que no debo inclinarme en señal de sumisión ante ninguno de los ídolos creados por un humano.

27 de mayo de 1940

Cuando caminé por el río, observé que mi ropa estaba descolorándose y a la vez se estaba tiñendo de un color rojo intenso y en ella se formó un nombre, decía: Dalhan. A veces quiero contarles a mis padres, pero temo que no me crean. En mis sueños aparezco en lugares desconocidos y muy difíciles de explicarlos. Las casas son tan raras como los habitantes, pero siempre voy agarrado de la mano de un hombre de contextura alta y cabeza grande, ojos azules y vestido de negro.

30 de mayo de 1940

Querido diario, mis amigos se apartan de mí. Piensan que he cambiado y que me comporto de una manera extraña. Dicen que me he vuelto loco y que cada vez que veo una cruz o un santo, enloquezco y empiezo a blasfemar y saltar como un desquiciado. Ya no puedo soportar ese calor intenso que entra en mi cuerpo por las noches y cada vez me siento más débil.

4 de junio de 1940

Siempre he pensado que la vida es bella. Pero después de conversar con mi amigo que me visita todas las noches. La vida es mediocridad y la muerte la fortaleza. Que los ídolos de madera de tiempos remotos son obras de manos humanas y lo que el hombre ha hecho también se puede destruir.

8 de junio de 1940

Dalhan, mi amigo. Me dice que debo empezar a matar a algunos animales. Porque ahora yo soy el portal de la libertad. Al comienzo me daba pavor y pena, pero Dalhan, me dio a entender que no les hago daño, sino todo lo contrario que les estoy liberando de la mano profana de Dios.

15 de junio de 1940

Yo soy Dalhan y Dalhan es Harold. Es momento de liberar a mi familia del sufrimiento que nos impone Dios, que no es más que una idea algo vaga, una especie de mente cósmica universal. Estoy decidido para llevar el acto de purificación con mi familia y Dalhan está conmigo...

Como ustedes han podido apreciar amigos. Harold no mató a su familia. Porque no puede haber una mente más desquiciada en la tierra, sino del mismo demonio que ronda en todas partes. Tratando de introducirse en los cuerpos más jóvenes, con su veneno mortal.

Para finalizar, los dos oficiales que mataron a Harold tuvieron una muerte atroz sin que nadie pueda explicarse.

Stalin Forzen, murió en un accidente automovilístico. Se chocó con algo que los policías no pudieron localizar, menos explicar. Solo lo encontraron decapitado y al interior del carro hallaron una uña no humana ni tampoco de un animal. El caso sigue abierto.

Nicol Kender, fue acribillado por un miembro de su familia. Nicol después de haber sido golpeado por más de dos horas, fue encontrado en la bañera sin vida y lo que más asombró a los efectivos es que no había por ninguna parte la lengua del oficial. El detenido no se acuerda de nada y jura que nunca mataría, ni haría daño a su propio padre.

Yo por lo contrario, creo que este es el último testamento que dejó. Hay algo que está entrando por mi puerta y estoy seguro que no es Esther, porque ella ya está muerta y además huelo a aroma de infierno.

DALHAN: demonio que se oculta en los desiertos y devora viajeros.



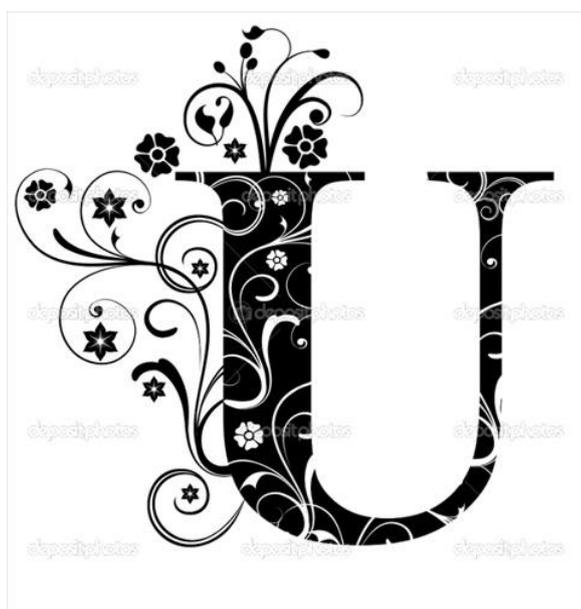
¿Te sientes bien?¹⁸

Por Pedro Novoa

Ilustrado por John J. Park (EE.UU.)/ *S.t.*

Soñando nos es dado ejercitar gratis nuestra aptitud para la locura, sospechamos al mismo tiempo que toda locura es un sueño que se fija.

Julio Cortázar.



n pitido monocorde lo despertó. Era el sistema inteligente de su nave que le advertía sobre algún problema. Jhonny salió de su cabina somnífera como quien ha muerto y regresa por obligación al mundo de los vivos, poniéndose el espíritu a la mala. Bostezó. Había despertado, es cierto, pero de la peor manera que tiene un navegante espacial para hacerlo, con un silbido de emergencia y

a medio camino de regreso a la Tierra.

¹⁸ Tomado del libro: Cacería de espejismos. Fondo Editorial César Vallejo, 2013.

Al costado, su mujer dormía encapsulada y plácidamente en posición fetal. Jhonny la dejó desaprensivo y deambuló por los pasillos de su nave con la gracia de un autómatas hasta la cámara de control. Volvió a bostezar, se desperezó abriendo los brazos en una breve crucifixión. Llegó al tablero de control, se restregó los ojos. ¡El puto engendro que armó esta mierda!, renegó.

Sacó su cajita de herramientas. Se trataba de un problema interno en el sistema de navegación. Escogió el desarmador más pequeño, el más incómodo de maniobrar, siguió puteando al que había ensamblado la nave. Luego de algunos frustrantes intentos logró quitar la placa protectora del procesador, al costado estaba el receptáculo de energía, habría que tener cuidado con la radiación. Se colocó precavidamente unos guantes y una mascarilla. Así abierto, el tablero parecía un vientre en disección. Hurgó con mucho cuidado por los órganos internos y las enrevesadas tripas del cableado electrónico. Lo de siempre, pensó, falla en el procesador. Por unos instantes extravió la mirada por el vacío siguiendo el vuelo zigzagueante de algo que parecía una mosquilla blanca y que se posó encima del receptáculo de energía. Ojalá te achicharres bicho, deseó. Esperó que esto pase, pero el insecto brilló por un momento y voló elípticamente a ninguna parte.

Jhonny siguió con lo suyo, descartó algunas posibles fallas antes de involucrarse con un diagnóstico apresurado. Arreglaré esta porquería, se prometió como para darse ánimos y siguió inspeccionando. El tiempo pasaba y nada. Trató de tomarlo con calma y un chispazo lo hizo ponerse en una guardia más atenta. El ruido ocasionó una oscilación inesperada que activó una ruidosa alarma que obligaba a todos salir de sus cabinas somníferas y guarecerse en

receptáculos más protegidos. Jhonny, fiel a su estilo, puteó la alarma y rápidamente la desactivó. Era muy tarde, su mujer ya se había levantado.

—¿Qué pasa, amor? —preguntó Anny sin preocupación.

—Nada que un buen cosmonauta no pueda solucionar —dijo repitiendo una frase de una antigua película.

—Voy preparando carne frita para comer —concluyó su mujer y se dirigió a la cabina de cocina. Se decidió por carne frita a lo tradicional, en vez de esos horrorosos aunque saludables sucedáneos deshidratados.

Jhonny siguió con lo suyo, desajustando tornillos, asegurando otros y al oír la carne picada cayendo al aceite caliente sintió al ruido de la fritura como si cada trocito protestara en un idioma chillón y salvaje. Limpió con una brocha pequeña el polvo de los bloques de memoria para mejorar el arranque del sistema de navegación y de nuevo el reproche de los trocitos pero esta vez disminuidos, perdiendo el brío ante la domesticadora fuerza del aceite, del fuego y del tiempo, dejándose ganar la batalla incluso la guerra, hasta quedar convertidos en un rumor resignado atrapado en una cacerola electrónica para siempre.

Dentro de unos minutos la carne estará en su punto, deseó y sacó una especie de punzón unido a una pequeña pantalla que no era otra cosa que su electroscopio, lo enchufó y dejó que se cargara. Por enésima vez se sumergió al mar de circuitos y cables que tenía al frente con la destreza de un buzo apartando marañas multicolores. Llegó al microprocesador, lo tocó. Este pequeño artefacto es el cerebro del sistema de navegación, dijo, estaba algo caliente y conservaba esa solemnidad de las cosas importantes que lo hacían resaltar por encima del resto de piezas. Torció una mueca reflexiva en el rostro. Es la pretensión del hombre que

todo tenga un cerebro en un sitio especial, ceremonioso, casi un lugar sacro y se enfrascó en la tarea de auscultarlo con una religiosidad que mezclaba la admiración y el miedo. Como si se tratara de un artefacto explosivo que contenía la furia de un dios.

Puso manos a la obra. Sus dedos eran los de un delicado desactivador de bombas. Lo comenzó a desmontar atento, despacio, imaginando la cuenta regresiva de un cronómetro, los ojos fijos e invisibles, sin pestañear, casi sin existir para terminar encontrando lo pequeño, cuadrado y frágil que pueden resultar nuestros afanes resumidos en un microchip. No era precisamente la pulpa de un explosivo pero por las dudas lo palpó con mucho cuidado con su punzón electroscópico para que si no estallaba, por lo menos vibrara, oscilara o respirara. Pero nada. Volvió a hincar y lo mismo. No había señales de vida en la pantallita del electroscopio. El sistema de navegación está descerebrado, renegó Jhonny y no encontró en la electrónica ni en la lógica, una miserable razón para justificarlo.

Uno de sus dedos se cargó de electricidad y para entretenerse comenzó a girar estúpidamente un tornillo hasta que se le ocurriera alguna brillante solución. Al final decidió revisar de nuevo el microchip. Tuvo el presentimiento de que esta vez sí encontraría algo. Lo examinó. Leyó la marca de fábrica en la parte central con letras minúsculas y plateadas y todavía ponen su nombre en las porquerías que hacen, renegó. En la parte inferior distinguió un logotipo del tamaño y color de un grano de arroz. Extraña imagen que, viéndola con más detenimiento, se le ocurrió alada como aquel insecto que había visto posarse en el receptáculo energético. Era la primera vez que veía algo parecido y supuso que quizá era el nuevo emblema de la firma ensambladora.

¿Existe ese logo, existe?, se preguntó con esa fuerza irracional de repetirse las palabras para negarlas. ¿Existe ese logo, existe? y los ojos inmensos, desamparados por un absurdo que de golpe lo ha sacado de la órbita racional del mundo. Jhonny acababa de ver al logo del microprocesador mover ligeramente una pata.

¿Una pata? No perdió tiempo en explicárselo, cogió el punzón del electroscopio y comenzó a hincarlo, despacio, calculando que la fuerza de la presión no sea tanta como para reventar aquello. Inmediatamente, uno de los pinchazos eléctricos confirmó la sospecha de lo que horas después llamaría locura. La locura de presenciar que el logotipo no era tal, ni siquiera un arrozalado sin un mosquito blanco—igual al del receptáculo energético— que trató de huir y no pudo, convirtiendo la mirada de Jhonny en una luciérnaga incrédula que encendía su fosforescencia al máximo para enfocar hacia aquel ser que podía... No sé, ¡diablos!, supongo que es... y continuó tratando de forzar una lógica lo suficientemente consistente para comprender aquello que veía y no sé... supongo una mosca como la que vi hace un rato... y el minúsculo insecto retorciéndose de dolor con una de sus patas presionadas por el punzón eléctrico. Y ¡ja, ja, ja! como un demente porque cuando ya no hay nada que entender o explicar solo queda la carcajada idiota o el llanto patético y Jhonny había elegido la desencajada risotada del imbécil que se engaña a sí mismo a fuerza de reír sin motivo alguno. Mientras que Anny en la cocina miraba satisfecha, orgullosa, la simetría de los pequeños trozos de carne y la distancia que los separaba en el plato y ¿descubriste la falla, cariño? dijo luego de escuchar las estúpidas risotadas desde la sala.

¡Ja, ja, ja! de nuevo y ¡sí la encontré, no era nada, cariño, nada que un buen cosmonauta no pueda solucionar!, respondió un Jhonny triunfante, héroe de película con el enemigo aprisionado. Y en tono de broma, agregó: lo que pasa es que una mosca ha estado dormitando encima del microprocesador. Probablemente le haya fascinado el calor hogareño del receptáculo energético que está a su lado y siguió riendo.

El insecto, como si hubiese escuchado las burlas de su opresor, recobró el vigor que se le estaba yendo junto a la vida logrando zafarse de un certero tirón, aunque en ello se le desgarró la pata prisionera. Luego, desgarrada pero libre, la mosca ensayó un desatento y torpe vuelo hacia los altos de la sala de control. Se ocultó en una grieta oscura y desde allí oteó a su agresor acumulando todo su resentimiento en esa clase de miradas que los torturados dedican a sus brutales victimarios. Jhonny no logró ver aquellos ojos pero el resentimiento, el deseo de una justa venganza sí lo sintió. Lo sintió entrar denso y caliente por las venas del cuello, lo sintió subir hasta el rostro, inflarle las pupilas, los iris y desde allí desparramarse a todo el resto del cuerpo. Y él, absorto, inamovible, con una pinza sujetando la extremidad escindida sin saber qué diablos hacer con ella, si devolverla, arrojarla o comérsela.

Con mucho esfuerzo recuperó el movimiento y la sensación de realidad. Pensó que ese fugaz aturdimiento se debía a las secuelas de dormir tantas horas en las cápsulas somníferas. Finalmente, se decidió, se quitó el sudor de la frente y sin miramientos arrojó la pata mutilada al basurero. Observó el microchip. Justo en el espacio donde había estado el insecto encontró una erosión en línea recta hecha por microscópicos mordiscos. Tomó una lupa para descifrar aquellos detalles. Se trataba de un mensaje escrito en pequeños y deformes caracteres.

Leyó: mre vengraré de tri, pruto engrendro.

Alejó la lupa, la limpió. Son las malditas cabinas somníferas que me tienen así, responsabilizó convencido. Por un momento quiso volver a mirar pero eso sería aceptar semejante absurdo, se dijo. No cayó, contuvo con frialdad su curiosidad, cerró la tapa del procesador, reinició el sistema y leyó desapasionadamente el mensaje del tablero de control: Fralla en el mriicroprocesador. Error en la producción. Lo sabía, se dijo, todo se arreglará con esto. Sacó otro microchip, reemplazó al defectuoso y ¡amorcito!, gritó, ¡ya podemos atacar esa carne fri- ta!

Ya en la mesa, un futuro negocio avivaba la conversación entre los esposos. Anny suspiró, se abanicó con una mano y amorcito, me han confirmado que cuando regresemos a la Tierra me darán el préstamo para costear la nueva nave que tanto deseábamos. En ningún momento había dejado de mirar amorosamente los ojos de su marido. Será algo grandioso liberarse de esta chatarra espacial, ¿eh? Jhonny sonrió, por supuesto que sí, je, eso tenemos que celebrarlo... A propósito, amor ¿de cuántos credits estamos hablando? Jhonny apuró varias cucharadas dejando fuera de dudas que la carne frita era su comida favorita. De unos veinte mil credits, aseguró Anny y probó también de lo suyo.

Jhonny oyó aquella cifra como un penetrante zumbido que de la impresión lo obligó a toser e interrumpir su comida. Cof, cof, cof, disculpa, logró decir. Parecía nuevamente una locura porque le pareció que aquel zumbido había entrado a su oreja izquierda y que comenzaba a adquirir además de una consistencia gelatinosa y peluda, movimiento. Sí, aquello avanzaba dejando a su paso un ligero cosquilleo y una pátina de baba que estremecía todo el conducto auditivo. Jhonny tenía ahora la horrenda mueca del ahogado que muere con la

boca abierta pero no claudicaré, dijo y pasó saliva, con el índice izquierdo se taladró la oreja invadida con furia, con frenesí. Y Anny preocupadísima: ¿qué pasa, amor? Jhonny sacó el índice de su oreja y sonó como un tapón. Lo que pasa es que parece que algo se me acaba de meter por... Un incontenible taladreo lo interrumpió. Su mujer le tomó la mano libre, hace un momento estaba viendo una mosca blanca que volaba por tu cabeza.

¡¿Por qué mierda no me pasaste la voz?!, los ojos rojos, húmedos, la mueca agria y negra. Jhonny era una bestia a la que le acababan de pisar la cola. La recriminación llegó acompañada de un endiablado palmoteo doble sobre la mesa que hizo saltar diez centímetros a los platos. Los trocitos de carne habían volado como papel picado y ahora eran algo derrotado y humillado que comenzaba a enfriarse y perder brillo en el frío piso de la nave.

Pero ella no se dejó tratar así, no debía soportar semejante trato, hace tiempo que no lo hacía y ¡¿qué te pasa?!, ¿por qué tienes que gritarme?. No creí que fuera tan importante... ¿Estás loco o qué? Jhonny no respondió, ambos no se miraron. En lugar de eso, contemplaron los trozos de carne caídos y se dejaron hipnotizar por las curiosas figuras que las viscosidades de la fritura hacían en el piso metálico.

Acabada la hipnosis, se levantaron casi simultáneamente y fueron a la sala. Allí se sentaron frente a frente, a leer lo que sea como solían hacerlo cada vez que se molestaban. Anny sacó su reproductor personal y leyó lo que sea. Jhonny sacó también el suyo e hizo lo mismo. Revisó su correo, eliminó algunos archivos. El silencio se instaló denso y agresivo en la sala de la nave. Ambos construyeron un enorme muro de mutismo que a pesar de estar tan cerca los separaba

irremisiblemente. De golpe se sintieron extraños, esquivos, casi objetos obsoletos.

Fue Anny quien con un ¿te sientes bien? pronunciado con amor y cierta preocupación pretendió derribar la muralla entre ellos. Pero Jhonny no respondió de inmediato. Estaba en otra. Había sentido la sala de la nave demasiado soporífera para asumirla despierto. Había dejado vagar su mirada fuera del alcance de sus ojos, en realidad fuera del alcance de todo lo que significara ser él dentro de aquella nave espacial que paradójicamente no había abandonado estando tan lejos. Lo único certero era que la pregunta de su esposa la había escuchado como por detrás de un muro de acero, una maraña de palabras que se le habían ocurrido expresadas en un idioma inextricable. Palabras imposibles que lo arrancaron paulatinamente del mundo al cual en vano se aferraba. Un mundo que había perdido en una sensación progresiva de levedad hasta la ingravidez misma, dejando fuera una carcasa de ojos semiabiertos e inútiles haciendo la pantomima de pretender seguir estando en donde ya no se estaba, sino durmiendo.

Jhonny se dejó estar en esa sensación de fuga y extravió por unos segundos. Luego intentó despegarse del sueño moviendo sus adormecidos labios con una lentitud dolorosa y así responder a esa silueta que se disolvía delante de él y que segundos antes había sido su esposa. Pero fue inútil, lentamente abandonó todo entusiasmo muscular para resignarse a una invertebrada y hasta gaseosa renuncia de sí mismo. Al final, supuso lo más ferviente posible que no era la muerte, sino otro sueño lo que empezaba a surgir encima de sus ojos.

¿Te sientes bien?, insistió Anny después de un tiempo que, para llamarlo de algún modo, diremos indeterminado. Tenía los ojos temblorosos como si

hubiese llorado o estuviese a punto de hacerlo. Antes de contestarle Jhonny estiró una ligera sonrisa, no del todo completa porque tenía el mezquino presentimiento de que se le había perdido un trozo de tiempo. Anny sonrió también: está recuperado, está recuperado, se repitió en la mente como para no dudar. Sonrió y se le vio más hermosa que nunca.

Sí, me siento bien, fue la respuesta lacónica que descolgó Jhonny de unos labios todavía adormecidos. Era obvio que no era cierto, no podía estar bien así, con esa cara, con esos ojos. Anny no le creyó, lo miró con fuerza casi empujándolo, como el boxeador que arrincona a su adversario en las cuerdas, buscando el espacio en la mandíbula para encajar el golpe final, pero nada. En su lugar encontró una guardia dura e inexpugnable que aguantó de todo y que además decidió rebelarse a la idea de arrojar la toalla antes de tiempo. Una guardia que Jhonny supo usar como los grandes, esquivando las arremetidas visuales de su esposa, cimbreante, obligando al cráneo a seguir aquel baile hasta descuajeringarse y, astutamente, guarecerse en el cómodo rincón de la indiferencia para ganar tiempo, asegurar el protector bucal y dar un buen resoplido y decir antes de que suene la campanilla de final: me voy un rato al visor de la nave porque estoy como para echarme al basurero.

Mientras caminaba por los pasillos sintió un intenso calor, como si estuviera desplazándose dentro de una nave de plástico que se empezaba a derretir por donde pasaba y no estoy loco, no... no lo estoy, como para envalentonarse. Resopló, la fiebre era insoportable, resopló una vez más y llegó al visor. Miró la concavidad espacial, inmensa, soberbia, inescrutable. Rió, quiso silbar, me ayudará silbar y silbó. Je, je, dicen que hacerlo en las pesadillas ahuyenta a los demonios pero la melodía no le salía muy bien. Quiso recordar otra y solo

escuchó burbujas que reventaron sin gracia alguna en su memoria. Decidió abandonar ello. Se dirigió a la enfermería de la nave, buscó algo para la fiebre alta. Había demasiados medicamentos. Traspiraba, una gota de sudor llegó a sus labios. Está salada y agria, dijo y de golpe sintió las burbujas de su mente acumularse en su oído izquierdo y allí, caprichosas, en vez de reventar, encaramarse encima del tímpano y mordisquearlo en medio de zumbidos monocordes. Jhonny, que a estas alturas había perdido todo contacto con la realidad, introdujo un dedo a su perturbada oreja y la taladró una y otra vez con la esperanza de perforar —y por qué no matar— aquel zumbido en su tímpano y ¡qué diablos me está pasando! en vez de arrancarse los cabellos.

Quizá sea mejor consultar con el doc, se dijo y se dirigió a la enfermería de la nave. El zumbido continuó estremeciendo los cimientos de su cráneo con una onda expansiva que ahora contagiaba a toda superficie. El suelo metálico comenzó a calentarse y temblar debajo de sus pies. Fue perdiendo movimiento, equilibrio y toda noción de gravedad. Tambaleó, pretendió apoyarse en donde estaba, pero fracasó. En el momento menos pensado sintió que el suelo de la nave le había aplastado la cara.

El golpe fue seco y sucio, Jhonny sintió que el estómago le había saltado hasta la boca y que algo de él todavía no terminaba de llegar a su cuerpo. Se incorporó, el zumbido seguía, ahora más fiero, más carroñero. Quiso creer la estupidez que esto no estaba pasando y consiguió arrastrarse unos cuantos metros. Hubo algo que pretendió cerrarle los ojos; sin embargo, otra cosa más fuerte se lo impidió. Es la lucha de la razón contra la locura, alucinó, mientras que el zumbido subía la perilla al máximo hasta un nivel flamígero y déjame en paz, maldita sea, déjame en paz. La perilla del volumen siguió girando. Detuvo su

rampante huida y comenzó a convulsionar encima de un receptáculo de basura que olvidó abrir la tapa y déjame en paz por tercera vez, pero ahora patético. Tan patético e incluso asqueroso que el zumbido pareció compadecerse porque en algo se aplacó para adquirir un idioma, en realidad una jerga. Se le ocurrió que trataba de decirle algo. Quitó el dedo de la oreja izquierda y escuchó: mre vengraré de tri, pruto engrendro.

Volvió a taconearse el oído izquierdo pero las palabras siguieron con lo suyo. Nefastas, densas, ingresando a su cerebro como una inyección de mercurio. Solo sabía que tenía que resistir, que todo dependía de negar aquello para no enloquecer. ¡Cállate maldita porquería! pero el zumbido terco allí dentro repitiendo la misma amenaza: mre vengraré de tri, pruto engrendro. Desesperado abrió el receptáculo de basura y con dos puñados de bazofia se taponeó el oído aullante. Llegó hasta el doctor robótico que había en la enfermería, lo activó y sálvame por el amor de dios... El androide iluminó unos ojos estrábicos poco alentadores. Era alto y flaco, parecía un enorme zancudo sin alas luciendo un impecable atuendo blanco. No perdió tiempo, analizó la cabeza de Jhonny colocándole un par de dispositivos plásticos en la frente. Se trataba de electrodos que rápidamente se activaron luminosos. Jhonny miró al androide con perplejidad, se tocó la oreja izquierda y creo que un insecto se me ha metido por acá. El enorme zancudo meneó la cabeza como diciéndole mil veces sí al vacío y sin desatar su inalterable expresión: debido a que se encuentra en un avanzado estado crítico, le he realizado un pequeño electroencefalograma para ganar tiempo. ¿Desea ver los resultados? Claro, claro, respondió un Jhonny ansioso y desencajado. Del bolsillo derecho del androide salió una laminilla negra. ¿Puede interpretar los detalles?, le preguntó mientras le entregaba la

lámina. Jhonny la tomó, aguzó la mirada y vio la silueta blanquecina de su cráneo en una superficie negra. El androide tomó un lápiz y hay algo aquí en el lóbulo temporal del hemisferio izquierdo, señaló con la punta del lápiz a una minúscula mancha blanca. Es muy pequeña, la ampliaré. Sacó una lupa del tamaño de una mano abierta. Por segunda vez, el doctor apuntó a la mancha con su lápiz. ¿Logra verla?, preguntó. Jhonny asintió aterrado con la cabeza.

Tiene la forma de un insecto, de una mosca más precisamente, sentenció el androide. Los ojos de Jhonny se desorbitaron: ¿una mosca blanca en mi cerebro? La terrible voz recrudesció su insistente amenaza: mre vengraré de tri, pruto engrendro. Tengo que operar de inmediato si usted lo autoriza, invitó el androide con su horrorosa mirada estrábica.

Más horrible es la voz en mi tímpano izquierdo, pensó Jhonny. Acepto, doc, haga lo que tenga que hacer. Pero tenga en cuenta, advirtió el androide, que la operación podría provocar una afasia de Broca.

Supongo que eso es malo, dijo Jhonny en un hilo de voz, la mueca tensa, estirada, con los ojos de animal asustado. El androide, sin abandonar su impasible expresión explicó casi pedagógicamente: la neurología ha dividido al cerebro en áreas, son especies de sectores que se encargan de funciones específicas. Por ejemplo, hay un área motriz que nos permite coordinar nuestro movimientos, hay un área auditiva que nos... Disculpe doc, interrumpió Jhonny sobándose las sienes —la voz sibilante dentro del oído lo obligaba a ser impaciente—, me gustaría que sea directo, si no es mucha molestia. Hasta donde ha explicado, entiendo perfectamente, soy cosmonauta desde hace años. Supongo que el cerebro es como el sistema de navegación de una astronave: dividido en sectores, ¿no es cierto? Se podría decir que sí, aceptó el androide no muy

convencido, seré preciso entonces. En el cerebro tenemos dos áreas específicas para el lenguaje: una es la referida a la comprensión y la otra, a la producción. La primera se le llama Wernicke y la segunda, Broca. La afasia de Broca es una anomalía que compromete el habla y que ocasionaría una especie de jerga distorsionada.

Será como un error en el microprocesador, pensó Jhonny recordando el último diagnóstico del sistema de navegación de su nave. Lamentó que el cerebro no tenga microchips intercambiables. ¿Y cómo se escucharía esa jerga?, indagó. El androide de inmediato activó un programa auditivo en su antebrazo.

(Ruido ambiental). Grabación del diecinueve de noviembre del 2020; correspondiente al paciente Sergio Gastelumendi, cuarenta y cinco años natural de Sevilla, España. Afásico de Broca. Etapa postoperatoria... (ininteligible por un minuto). Buenos días, Sergio (saluda una voz que pretende ser cordial). Buenos días, doctor. ¿Sabías que la operación fue todo un éxito? Sí, estoy muy agradecido por eso... Me alegro por ti, ¿y cómo la pasas todo este tiempo? Invento trabalengruas (risas de ambos).

Eso es bueno Sergio, supongo que tendrás ahora cierta facilidad para eso, ¿no? (más risas). Por supuesto, es la manera menos estrépida que tengo para srentirme bien.

Es suficiente, ordenó Jhonny. El androide corta la grabación. ¿Qué pasaría si no me opero?, preguntó Jhonny intranquilo, el gesto nervioso, la baba caliente y siempre con los ojos de animal asustado. Se quedaría prácticamente sin lenguaje, respondió impávido el androide, ya que el bicho luego de lesionar el área de Broca continuaría su perjuicio por el área de Wernicke afectando con ello su

comprensión. Y si continuara el avance del estropicio en su cerebro, llegaría incluso hasta un nivel vegetativo... Haga lo que tenga que hacer, doc, ordenó convencido Jhonny.

El androide le colocó una especie de bozal. De inmediato, Jhonny comenzó a sentir una fragancia profunda y apacible. ¿Quizá la anestesia o el deseo de que toda esta locura acabe de una vez? Nunca llegaría a saberlo, lo cierto es que sintió que todo se desvanecía en burbujas de aire y aroma. Luego, como quien ha bajado el volumen de una canción y lo vuelve a subir lentamente, las sensaciones fueron adquiriendo formas identificables, texturas e incluso color. Lo recordó todo: el olor de la carne frita desde la cabina de cocina, la mosca atrapada por su punzón, la voluntaria mutilación del bicho para liberarse, la extraña forma como ingresó a su oreja izquierda cuando almorzaba con su esposa, la discusión con ella, la estúpida actitud de sentarse frente a frente sin hablarse y su pequeña siesta. Entonces abrió los ojos y le embargó la sensación de que algo le había robado un pedazo de tiempo. No supo con precisión si había sido grande o pequeño, lo cierto es que tenía al frente a su esposa y que le acababa de preguntar: ¿te sientes bien?

Sintió que había llegado de un lugar muy remoto. Un lugar que ofrecía un camino que en un momento dado se dividía en dos para luego unirse en el mismo sentido, como una vena que en un punto crítico se bifurca. Pensó que el problema no era la sangre sino por dónde había pasado la sangre en ese punto crítico. El primer camino que lo dejaba sentado en aquel sillón era que después de la operación cerebral el androide lo había traído a la sala de la nave para que Anny se encargara de su recuperación... No podría ser, se dijo, aceptar la operación sería aceptar el absurdo del bicho. Miró una de las escotillas de la nave,

contempló el oscuro absoluto del espacio y pensó en el infinito. Sonrió, trató de pensar mejor en el segundo camino.

El segundo camino era en definitiva el más sensato: todo había sido una pesadilla. Aquel sentimiento de pérdida temporal que había experimentado, no era otra cosa que un mal sueño. Probablemente la prolongación innecesaria de la siesta que tuvo después de la discusión con su esposa. Jhonny se sintió aliviado, respiró hondo, ensayó la mueca feliz del sobreviviente, radiante, los ojos tranquilos, a salvo. Ahora a preocuparse por otras cosas, en la llegada a la Tierra, en la nueva nave que esa hermosa mujer había conseguido para los dos. Quizá hasta tener un hijo y ¿te sientes bien?, volvió a escuchar de los labios de Anny.

Sri, me sriento brien, respondió y una gota de horror le resbaló como sudor por la frente.



El Edificio de la última noche

Por Benjamín Román Abram

Ilustrado por Phuoc Quan (República Democrática de Vietnam) / ED02.



ra una noche muy incómoda para trabajar, Linda se percató de que su piel estaba demasiado pegajosa cuando sus brazos rechazaron dejar el vidrio del escritorio. El servicio de aire acondicionado se había malogrado un poco antes que acabara la jornada de ese día, pero ella no se pudo ir como los demás, a pesar de que la administración del edificio sugirió que nadie

permanezca.

Tenía que culminar un informe urgente solicitado por la auditoría interna de su empresa, aun tuviera que desvelarse. Luego de un par de horas decidió tomar unos minutos de descanso, se dirigió al *kitchen* y luego de servirse una taza de café humeante recaló en la sala de reuniones. Se retiró los zapatos de taco y se sentó en uno de los grandes modulares. Los ojos se le cerraron y estuvo así unos veinte

minutos hasta una fuerte vibración la levantó, ya no tuvo que saltar sobre la alfombra para despejarse, la agitación *había* sido suficiente. Pensó que era un avión ya que el aeropuerto estaba autorizado para ciertas maniobras solo a partir de las diez de la noche para no perturbar a los trabajadores de la zona financiera. Decidió llamar a algunas amistades, pero no le contestaron, se rio para sí misma. *Ah, seguro están con sus familias. Qué si no me caso pronto tendré que hacer amigas más jóvenes que aun tengan tiempo libre.*

Acalorada y nuevamente frente la computadora, no dejaba de teclear, no faltaba mucho para presionar *enter* y enviar el correo, de pronto su cuerpo comenzó a temblar, la temperatura había disminuido abruptamente. *Ahora me estoy helando, deben ser los de mantenimiento.*

Otro ruido, esta vez atroz. Su celular no funcionaba, tampoco el teléfono de la oficina.

Las luces de emergencia se activaron, era un apagón. Linda nunca *había* estado en uno.

—¿Un apagón, en este país, en esta ciudad? *¡Maldita sea!*

A pesar de encontrarse en el piso dieciséis, a raíz de la noticia que inundó los medios en esos días (la historia de una monja que se quedó cuadripléjica cuando el ascensor en el que estaba descendió se desplomó sin que los mecanismos de seguridad hicieran algo), toda la semana evaluó comenzar a usar las escaleras para bajar, pero, ahora, no tenía más alternativa. Cogió su cartera y tomó los mal iluminados peldaños. Su Toyota estaba en el sótano cinco.

Pudo percibir un olor, combustible de autos. Sabía que por alguna razón las puertas que daban a los sótanos las solían dejar abiertas y los gases de los vehículos estacionados tomaban el sitio, *eso no debía ser aprobado por ningún comité de*

arquitectos. Las arcadas se presentaron como una liberación, al menos nadie la veía esa incómoda situación. *También he hecho cosas buenas, pero ahora las haré más.*

Oyó unos pesados pasos detrás de los suyos. Volteó y no vio a nadie, pero las pisadas se acercaban. Podía sentir el compás de su corazón en el pecho. Los pasos casi la alcanzaron, vomitó.

Con voz trémula dijo —¿Quién está ahí?

—Hola, soy Luis, Luis García—se asomó un individuo de rostro preocupado.

Viendo a la chica solo atinó a decir:

—Estamos en problemas, no sé qué hacer, ni que decirte.

—Me sigues asustando. Al menos dime ¿quién eres?

—No sabía que alguien estaba aquí. Soy del servicio de reparaciones, por lo del aire acondicionado.

—Disculpa, soy Linda, pero dime qué ha sucedido ¿Tú pusiste el aire más frío?

—No, ni siquiera llegué a encender el equipo. — Y se puso a llorar.

—Luis, basta, ya estoy muy nerviosa. ¿Ha sido un terremoto y por el sistema antisísmico no lo supe?

—No estoy seguro. Me falta el aire Linda, me falta el aire.

— ¿Cómo está la ciudad? — continuó como si no lo hubiese escuchado. — Aunque a mí no me importa demasiado, gracias a Dios, no tengo familia en esta zona.

—Sabes, vete al diablo, yo sí tengo parientes.

—Perdona Luis, estoy alterada, no quise decir eso.

Hizo memoria, había envenenado perros y gatos en su vida, había estado con hombres casados para vivir la satisfacción de quebrar hogares y luego continuar con su vida bohemia. Hacía dos años, en las afueras de la ciudad, atropelló a un niño y sin saber cómo estaba, huyó. Ahora, esto podía ser una revancha de la vida. *Tonterías, supersticiosa.*

—Bueno Linda, yo tampoco he sido de lo mejor. Solo fui bueno con mi madre, tal vez con una tía y mi padre murió joven. Pasé de rico a pobre en un tiempo breve. Tenía aversión a los de otro color, llegue a verlos como seres inferiores, tal vez cambié algo al final de mi vida.

— Me largo Luis.

Luis se trasfiguró, sus facciones ahora lucían grotesca, y dijo con pronunciación pastosa —¿Nos has visto el exterior acaso?

— Desde mi oficina no se ve nada. — contestó la chica, aterrada.

—En ese caso sé algo más.

—¿Qué sabes? ¿Qué eres?

—**Sé que me llamaba Luis, pero ya no. Sé que fuera no hay ciudad, ni el cielo ni la luna, solo la profundidad ardiente del planeta a la que nos vamos adentrando, para luego ir a un sitio a un más lejano, donde los errores no se pagan con disculpas sino con castigos. Me temo que la noticia del ascensor fue la tuya, pero luego de tus semanas de invalidez no lograste salir del percance.**



Isabel

Por Carlos Ruiz Gutiérrez

Ilustrado por Lorena Rius Morón (España) / *S.t.*



oy cumplimos un año juntos Isabel, no puedo creerlo, un año lleno de felicidad, con muchas trabas que han impuesto para separarnos, pero que en todo este tiempo supimos sobrellevar.

Conocí a Isabel en el hospital de mi ciudad, yo estaba terminando la facultad y comenzaba hacer mis prácticas por aquellos años, aunque no era mi zona de trabajo, vi a Isabel entrar por emergencias por una complicación con su enfermedad de la piel, de

inmediato me propuse ayudarla, me encargue de llevarla a una buena habitación y que reciba ayuda en seguida.

Aunque no estaba en mi rubro de atención, siempre me daba una espacio para visitarla y conversar, siempre y cuando sus padres no estén con ella ya que a ellos les parecía mal verme por ahí conversando con su hija, nunca comprendí eso, pero siempre que me veían en su habitación me sacaban sin explicación alguna, yo que nunca quise darle más problemas, solo atinaba a irme.

Pero siempre me las arreglaba para poder verla, a ella le gustaba mucho leer, además de mi compañía disfrutaba mucho de las revistas de ciencia que yo le llevaba, primero nos hicimos muy amigos y en tan solo unos días me vi perdidamente enamorado de Isabel.

Con el tiempo su salud mejoro, aún estaba algo delicada pero sus médicos dijeron que ya podía salir del hospital en unos días, tuve miedo no verla nunca más, sus padres nunca me dejarían verla fuera, así que tome una decisión de la que nunca me arrepentiré.

Yo no tenía acceso directamente a su medicina, pero me arriesgue y sin que se den cuenta logre hacer unos cambios en las dosis que le daban, para así poder demorar su mejoría y no se tenga que ir tan pronto.

Mis planes funcionaron, sus médicos hablaron con sus padres, les comunicaron que su hija tendría que quedarse algún tiempo más, su enfermedad estaba complicando a su corazón y tendrían que hacerle más tratamientos, yo estaba feliz por eso, la tendría conmigo aún más tiempo, los días que vinieron después fueron maravillosos.

Fueron días de visitas a escondidas, de lecturas juntos, de quedarme en su cuarto toda la madrugada haciéndole compañía y al día siguiente irme temprano para que nadie me vea, no estaba seguro pero podía sentir que Isabel también sentía algo por mí, podía sentirlo.

Los días pasaban y los análisis de sus médicos decían que ella estaba empeorando, más yo la veía cada vez mejor, ella me decía que se sentía bien, así que tome fuerzas y le confesé mi amor, y para mi sorpresa y felicidad ella también el suyo, le propuse irse conmigo, escaparnos juntos, yo tenía una casa fuera de la

ciudad de la que nadie sabía, viviríamos ahí sin que nadie lo sepa, mucho menos sus padres que no estarían de acuerdo con lo nuestro, fue el día más feliz de mi vida, Isabel acepto.

Ese mismo día dejamos el hospital para irnos a vivir juntos, nunca más volví ahí, tenía acceso a los laboratorios y lleve conmigo toda la medicina e inyecciones suficientes para mantener bien a Isabel ya que aún necesitaba de atención. Y así paso, desde ese día así vivimos.

Ahora llevamos meses ya sin salir de casa, debido a su enfermedad tapamos y sellamos todas las ventanas, tuve que acostumbrarme a estar a oscuras, pero es un ambiente perfecto para ver películas juntos en el sofá solo a la luz de las velas, es una de las cosas que más nos gusta hacer, desconecte mi teléfono, me deshice de mi celular, toda la gente piensa que la casa está deshabitada. Así la estoy viendo desde fuera, hoy una vez más tengo que salir a conseguir alimentos, pero esta vez también algún regalo para Isabel.

Tengo que ser cuidadoso al salir de casa, aunque queda algo retirada de la ciudad, no debo dejar que nadie me vea, seguramente los padres de Isabel nos están buscando aun, ellos nunca aceptaron nuestra relación, nunca aceptaron que frecuente a su hija en el hospital ni que los dejase para venirse a vivir conmigo.

Me encuentro ahora hasta con carteles de búsqueda en la calle con mi rostro en ellos, hasta ahora no nos han descubierto y nadie sabe dónde queda nuestro feliz hogar, ya mis ahorros se terminaron hace mucho, así que tengo que robar para que podamos comer, lo hago cada cierto tiempo y llevo a casa lo necesario para sobrevivir por unos días.

Hoy es nuestro aniversario y esta vez le llevare también algo especial, a Isabel siempre le gustaron las joyas, esta vez entrare a una casa de empeño y buscare algo para ella, será de la forma de siempre, entrar de madrugada, la vigilancia es casi nula y será fácil coger algo para ella.

Entro por la puerta de atrás, un guardia descuidado mira la televisión, esta vez lo encuentro dormido y solo tengo que sedarlo, le inyecto una pequeña dosis de tranquilizante y tengo todo el almacén a mi disposición.

Mientras busco la joya adecuada para ella, me sorprende vernos en las noticias, no puedo creer hasta donde han llegado sus padres en sus intentos por separarnos, debieron aceptar hace tiempo nuestro amor, ella los dejo para irse conmigo, por favor ¡compréndanlo!

Me encuentro con un diario y me doy con la sorpresa de que nuestros rostros también están en él, pienso que Isabel tiene que ver eso y llevo la página conmigo.

Ahora ya estoy en casa, a Isabel le encanto lo que le traje, es un collar de plata hermoso, combina perfecto con su vestido, y aunque su piel esta algo malherida por su enfermedad, le cae muy bien.

—No me creerás pero hoy vi nuestros rostros en la televisión Isabel, ya no saben que inventar para separarnos, mira hasta estamos en los diarios—

Le alcanzo a Isabel la página del diario que recogí en que éramos noticia, pero Isabel no me la recibe, tan solo se ríe, me dice que no haga caso, que inventaran cualquier cosa por encontrarnos, y por separarnos.

Hoy hemos pasado una velada inolvidable, después de cenar, de reírnos y de acordarnos como nos conocimos en el hospital, la lleve a la cama e hicimos el

amor a la luz de las velas y de la música, y aunque todos los días lo hacemos esta vez fue maravilloso, siempre me pide que lo hagamos todos los días, ella es insaciable, y yo siempre la complazco. Todos los días.

Isabel no se mueve mucho, siempre soy yo el que toma el control, quizá por su enfermedad, o por las inyecciones que siempre necesita para que no se vea tan mal, pero así la amo, desde el primer día que la conocí supe que tendríamos que estar juntos siempre.

Isabel me pregunta que decía el diario sobre nosotros, le digo que cosas feas, sin sentido.

—Como me dijiste ya no saben ni que inventar— mira te lo leo:

“Hoy se cumple un año de la desaparición de Isabel Tello, hija de un reconocido político regional, cuyo cadáver fue robado del hospital municipal por Alonso Clemente, ex estudiante de medicina que sufría de alteraciones mentales, y que se desenvolvía como trabajador de limpieza del mismo, quien presuntamente escapo y desapareció con el cadáver de Isabel, hasta ahora la policía lo busca y nadie sabe su paradero”

Isabel me mira, me sonrío, me dice que no crea nada de eso, y por supuesto que yo no les creo, la abrazo con mucha fuerza, siento su olor putrefacto debido a su enfermedad, ella descansa sobre mi pecho, la beso, me acerco a su oído y le digo:

—Tú no estás muerta mi amor, tú vives, estás aquí conmigo y nos amamos—

—Y te prometo que nadie nos va a separar nunca Isabel—

—Te lo prometo, nunca—



Volar como los pájaros¹⁹

Por Carlos Enrique Saldivar

Ilustrado por Pedro Belushi (España) / *Volar como los pájaros*

A Diane

«Podemos elevarnos en el aire con sólo mover los brazos. Si a cada brazo ajustamos unas alas ligeras de plástico, atiesadas con varillas flexibles, y si esas alas se pliegan y se extienden al ritmo justo, la gente podrá volar como los pájaros.»

Isaac Asimov, «Para los pájaros».



ué triste es recordar los grandes errores de nuestra humanidad, que más tiende a ser inhumana que servicial. Estos errores son tantos que son capaces de cubrir al mundo mucho más rápido que el desborde de todos los océanos juntos. Por ejemplo, recuerdo a un niño que tenía la edad de mi pequeño Johny, un pequeño de

¹⁹ Revista *Argonautas*, número 1 (noviembre, 2006). Con el seudónimo de Leonardo Gabriel). Edición impresa.

nada más nueve años, que decidió volar junto a una bandada de mirlos y fue derribado en una ciudad al norte, muy lejos de su hogar, sólo por ser humano y batir los brazos. Puedo imaginar la escena en mi mente: aquel cuerpecillo que estaba en vías de crecimiento y lleno de vitalidad cayendo al vacío, como una pluma destilando un llanto profundo en la noche de los cielos. Podría citar muchos casos, pero ya no lo haré. Mi melancolía surge de mi corazón como una catarata a punto de inundar mi resistencia. Entender que esta vida, tan llena de limitaciones e injusticias, añada a sus tragedias el fantasma de la muerte, creo que debilitaría a cualquiera. El hombre es un ser puro cuando está el aire, mas la envidia es terrible en la tierra. No todos vuelan, muchos nacen con alas cortas; no me refiero a las extremidades, como las que tienen las aves, me refiero a un organismo calibrado. Gracias a Dios, me digo –y no dejaré nunca de pensar–, soy uno de los que tiene la capacidad de surcar el firmamento. He volado junto a gorriones, colibríes, águilas, cóndores, junto a gaviotas... Es una lástima que ya no pueda volar junto a distintas especies de aves. Hace poco las líneas fronterizas fueron cercadas.

Antes, hace mucho tiempo, nos prohibieron traspasar lo continentes, luego fueron los países, ahora son las regiones. Perdemos la vida como moscas dentro de nuestro propio suelo; este es nuestro espacio, nuestra tierra del sur, pero si intentamos surcar los cielos, unos kilómetros al norte, este o sur, nuestro final será inminente. Lo digo por aquellos a los que conocía y a aquellos que no conozco, quienes piensan igual a mí, a los cuales respeto y admiro por poseer un alma libre y limpia, que no tienen miedo de ese cruel espíritu que ronda siempre en el aire, cuyo nombre lacera sin cesar nuestros redondos corazones de sangre caliente. Aquel ente llamado muerte.

Mi nombre es Avin, un nombre simple, lo sé; hace tiempo que me he desligado de la civilización y ahora me dedico a realizar vuelos cortos. No trabajo de manera típica, vivo de la naturaleza y le enseño a volar al pequeño Johny. Tengo miedo de que algún día me desobedezca y se aventure más allá del horizonte. Los hombres podemos hacer de todo, podemos cimentar grandes edificios en forma de nidos, podemos utilizar tecnología, podemos crear armas y ayuda robótica, podemos facilitar la «calidad de vida» —para los que cumplen las reglas—, podemos odiar, amar, estudiar, aprender, educar, trabajar, producir, construir, destruir... tantas cosas, pero para mí, la más fascinante, la cualidad que va por encima de toda razón básica es el poder volar. Los hombres podemos volar. No todos, uno de cada cien nacen con cierta disfunción orgánica y no pueden alzar vuelo en toda su vida. Ellos pesan el triple que los hombres normales. Yo peso veinticinco kilos y cada vez que extiendo mis brazos, el viento corre cariñoso sobre mi rostro, haciéndome sentir dichoso. Podría estar en el aire toda mi vida, subir muy arriba, luego bajar a gran velocidad, sobre todo me encanta acompañar a las aves, me siento una de ellas y no he sido el primero que ha experimentado esa sensación tan sublime. A Cálida también le gustaba. Ella amaba volar.

Mi padre me enseñó, y a él su padre, aunque por instinto uno sabe cómo debe emprender el vuelo por primera vez. Éramos una familia de grandes voladores, hasta que papá cruzó la frontera, después la vida se hizo difícil porque cuando lo derribaron, cayó en el mar. No pudimos hallarlo ni enterrarlo como nuestra piadosa religión exigía. Mi madre nunca pudo alzar vuelo de nuevo y murió de pena. Mis hermanos se fueron, batiendo alas a un lugar fijo y lejano, uno por uno hace años, cuando las leyes no estaban bien definidas y podíamos

escabullirnos. Yo huí cuando mi madre falleció, llegué a otro territorio y conocí a Cálida en el aire. Fue en el aire, acompañando a una bandada de alondras que emigraban al norte buscando otro tipo de clima. Cogí de la mano a Cálida para volar juntos y ya nunca la solté. Besé esos labios en el cielo, juntos siempre, descendiendo, girando, y luego gritando con nuestras voces agudas. Nos amábamos, dos aves en libertad. Y vivíamos con nuestros amigos, los pájaros de verdad, en una región central, cercana a un bello y enorme bosque.

Tuvimos un hijo y continuamos volando, pero la zona se volvía fría y Cálida deseaba buscar otros lugares. Recuerdo que, a veces, en nuestra casa en el árbol oíamos las noticias: diez hombres fueron asesinados cuando cruzaban la frontera volando; eran miembros de la misma familia. El nuevo gobierno prohibía volar a cierta hora y en ciertas áreas. Al menos la nuestra aún estaba libre de control, empero, al siguiente año llegó la violencia y tuvimos que buscar otro sitio. Lo hicimos a pie, por si acaso. Desde aquel entonces ya era peligroso batir los brazos. Recuerdo que nuestro pequeño Johny, de dos años, cayó en una pendiente mientras intentaba volar y cuando pensé que todo se había perdido, apareció riendo, surcando los cielos, un excelente volador, mi padre también me lo había dicho a mí. A menudo, veíamos las bandadas de aves que se desplazaban a ciertas regiones en la línea ecuatorial, volábamos con ellas hasta la frontera del norte, ahí nos establecimos, mas no podíamos cruzar la zona límite. Siempre había armas apuntando desde la tierra. Podían detectar con acierto el calor de un hombre y disparaban rayos ultraveloces que mataban a la primera. Tristeza. Sangre. Dolor. Y sobre todo impotencia.

La vida se hizo dura cuando descubrimos que no podríamos salir volando de nuestra región y que en todo el mundo cientos morían a diario tratando de

pasar de un país a otro para ver a los familiares que habían quedado allí, atrapados por las malvadas leyes que habían variado nuestra inocente y pequeña existencia. Cálida me lo contó, no siempre fue así, antes éramos libres como las aves, nos parecíamos mucho a ellas, decían que habíamos descendido de éstas, luego la Iglesia combatió aquella teoría, por considerarla absurda, pero la guerra de mediados de siglo, hace una década, lo arruinó todo, los países ya no confiaban entre ellos. La migración se convirtió en un método fácil de contrabando y de ataque e invasión. Mortales virus eran traídos de otros países. Llegaban delincuentes, locos, asesinos, de todo, eso nos decían. Los estados no podían arriesgarse, la ley se promulgó a nivel mundial: prohibidas las migraciones de hombres, tan solo se podían cruzar los aires en armatostes inventados por los que no podían volar. Debíamos ir en esos aparatos carísimos sentados, decepcionados, aunque ni aún así nos librábamos de morir. A veces tales naves llamadas aviones también eran derribadas o se estrellaban solas.

Luego vinieron los conflictos internos y todo empeoró. Se prohibieron las migraciones dentro de los países. Aquel que rompiera la ley, niño, anciano, mujer, u hombre era derribado de inmediato, asesinado sin asco.

Volábamos como los pájaros, lo creíamos, lo soñábamos. Un día Johny enfermó y no supimos qué hacer. En el norte no había remedios para curarlo, teníamos dinero porque trabajábamos atípicamente; no obstante, la medicina se hallaba en la ciudad central. No llegaríamos a tiempo. A menos que fuéramos batiendo extremidades en el cielo. Pero estaba prohibido volar. Cálida se decidió, no oyó mis ruegos y emprendió un vuelo de esperanza. Ella era más veloz que yo, en verdad era más ligera y el viento se la llevó con facilidad. Me quedé cuidando de Johny, rezando por mi esposa; admito que no era muy creyente en aquel

entonces ni lo soy ahora, sin embargo creo en algo superior, algo que no ha sido respetado ni valorado por los hombres como debe de ser. Creo en el cielo, en la divinidad. ¿Acaso los ángeles no poseen alas? Johnny empeoraba cada vez más; solamente tenía cuatro años. No debía morir. Yo no lo permitiría. No lo dejaría partir solo de este mundo, un niño nunca debe ir solo a ningún lado; eso creo yo.

Al anochecer apareció Cálida. Descendió velozmente y puso en mis manos el remedio.

—Según los síntomas, fue mordido por algún insecto venenoso. Este es el antídoto. Gasté todos nuestros ahorros, lo siento... —me dijo con debilidad.

—¿No te ocurrió nada malo mientras venías? —le pregunté.

—No, fui más veloz que ellos —me respondió con una sonrisa, y de inmediato se desplomó.

La cogí en mis brazos e indagué por lo que había ocurrido. Vi la sangre a su costado y un hoyo muy profundo. Me dijo que al regresar de la ciudad y cruzar el límite con nuestra región, un rayo del color del sol surgió de la nada iluminándolo todo.

—Te pido perdón, Avin, por dejarte así, cuida de él —me susurró.

Sin decir más, murió. En su rostro, en el último instante, me pareció ver que se despegaban todas las estrellas del firmamento, una constelación de ternura infinita.

La enterré en el centro del bosque más bello de la región. Decidí abandonar esa zona a pie a los dos días, cuando se recuperó mi pequeño hijo, y desde entonces hemos vivido aquí, en el este, en una zona extraña y exuberante, alejados

del salvajismo e incompreensión. Hay tantos pájaros hermosos, muchas razas de ensueño, diría que algunas hoy en día no han sido clasificadas. Vuelo con ellas y Johny también, ascendemos muy alto, volamos junto a los pájaros, aunque no nos alejamos demasiado de este paraíso. Imitamos los graznidos de las aves y nos reímos. Mi hijo ya ha cumplido diez años, quiere que le hable de su mamá, le digo que fue una mujer maravillosa, lo cual es cierto. A veces en la noche lloro, cuando escucho en nuestra radio noticias sobre el deceso de seis hermanitos que querían salir a conocer el mar, o cuando un visitante me trae el diario que anuncia en la última página, solo de pasada, la muerte de dieciséis hombres y mujeres voladores, todos miembros de una comunidad. Y pienso, medito mucho, pienso... en la vida y la muerte. Quisiera emprender mi último vuelo, pero no puedo.

Es trágico y me apena. Una vez mi padre mencionó una época en que los hombres no podían volar, aunque yo no lo creí. Dijo que el mayor anhelo en la vida de un ser humano es imitar a las aves, el hombre ha hecho todo lo posible por ser como los pájaros. Los que no podían volar construyeron alas metálicas y lo hicieron posible de alguna manera. Hace muchos años alguien descubrió una manera y la transmitió de generación a generación. Una fórmula que logró el sueño, cambiando la estructura atómica y corporal humana. Sea o no mi persona resultado de tal milagro, estoy contento, pero no creo que el volar haya sido en tiempos remotos un deseo ferviente del alma humana, no más que vencer a la muerte, no más que encontrar el amor, porque hoy todos volamos; volamos y morimos si lo hacemos. Volar es sufrir, volar es sinónimo de dolor y fallecimiento. No creo aquellas historias de ideales, sólo creo en alguien que una vez voló para salvar una vida preciosa perdiendo la suya en el acto. Creo en gente que voló para sonreír y ser feliz, y luego con injusticia solo vieron la negrura.

No es correcto. Algún día no muy lejano, quizá mañana, me una a aquel grupo que vino volando lleno heridas a guarecerse en mi casa. Ellos querían ser libres para remontar el cielo. Quizá podamos formar juntos el sueño del vuelo sin sangre, de la ascensión sin ataduras. Y soñaré, mientras vuelo en mi realidad, durante toda la noche hasta que amanece, cuando los patos ascienden, y luego aparece una bandada de palomas migratorias, y me uno a ellas para poder saborear el viento golpeando mi cuerpo semidesnudo.

Johny duerme, al despertar querrá volar. Que lo haga con nuestros pájaros mascotas. Yo volveré pronto, no será mi último vuelo, aunque sí el último en plena felicidad. Tal vez me hieran pronto, pero no, nadie me detendrá, porque soy veloz y he aprendido a planear. Me rodean las aves que sonríen graznando, cuyos picos y ojos reflejan la bondad de sus almas. ¿Tienen almas las aves? Algunos hombres carecen de ella. El alma vuela, es más fuerte que el torpe cuerpo. Me siento en una nube de plata que me llena de un placer celestial, y cierro los ojos mientras el sol hace su aparición ahí arriba, muy arriba en el firmamento.

Siento un fuerte impacto en la pierna.

Y sé que ya es hora de volver, es una lástima, aunque no quiero detenerme. Otro impacto me roza la cintura, debo dar la media vuelta.

¿Algún día podremos hacer que las cosas cambien?

Mi sonrisa es duradera, pero mi tristeza es eterna al mismo tiempo. Aquella luz que veo nacer desde una montaña cercana me atormenta. Entonces descubro porque la vida de las aves es tan corta y las de los hombres tan larga. No somos como ellas. Siento tanta envidia y a la vez tanta pena en mi alma. Nunca

podremos alcanzar la plenitud en este mundo. A pesar de nuestra inteligencia milenaria, estaremos por siempre bajo condena: la nuestra.

Porque son tantos los errores.

Jamás podremos ser libres.

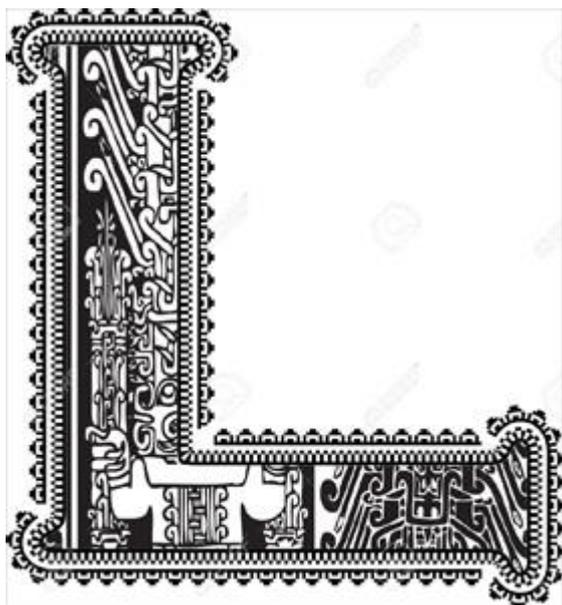
Jamás podremos volar como los pájaros.



Las piernas de Line

Por Tanya Tynjälä

Ilustrado por Carmen Rosa Signes Urrea (España) / *S.t.*



Las piernas de Line son famosas en la familia Cabidoulin, y no porque hubiera nacido con ellas. La pobre fue una “hija de otoño” y quizá por la avanzada edad de su madre al tenerla había nacido “tullidita”, como decía la abuela.

Agricultores por tradición, los Cabidoulin no tenían de qué quejarse.

Gozaban de una vida lo más holgada que les permitía el duro trabajo. Al morir el patriarca, la tierra se dividió entre los dos hijos, mientras que una buena dote le permitió a cada una de las muchachas realizar un conveniente matrimonio... salvo a la pobre Line, quien se hubiera quedado a vestir santos sino fuera por una sucesión de aventuras y desgracias.

La aventura la tuvo Philippe, el menor de los hermanos quien prefirió venderle al mayor su parte de la tierra (a pesar de las objeciones de la madre) y decidió ir a probar suerte en Norte América. Y suerte tuvo al abrir un restaurante que lo hiciera vivir más que cómodamente. La desgracia fue la muerte de Jossette,

la esposa de Benoit, el hermano que se quedara con toda la herencia familiar. La pobre murió al dar a luz a su quinto hijo, Benjamin. Benoit no podía descuidar el trabajo y no confiaba en ninguna de las empleadas de su casa para ocuparse del pequeño. Es así como Line y su madre fueron a vivir con él. Ambas se ocuparon del niño hasta que la abuela murió. Luego fue solo Line quien se encargara no únicamente del niño, sino también de hacer funcionar la casa a la perfección. Ella se ocupó de enseñar las primeras letras a todos, inclusive a la servidumbre, de insistir para que los niños de la casa vayan a la escuela, de que no holgazanearan en su tiempo libre, que aprendieran a limpiar, coser, cocinar y así es como los hijos e hijas de Benoit no solo sabían muy bien redactar una carta, sino también ocuparse de las labores domésticas. “Para mandar hay que saber primero hacer”, era el lema de Line. Todos la obedecían sin chistar, inclusive cuando les hacía bendecir la comida con largos y monótonos salmos. Ellos que ya querían echar mano a la pierna del pollo y tía Lina que seguía: “San Blas, bendice mi comida por delante y por detrás”. Parecía que si no recitaba todo el santoral, la comida resultaría envenenada. Sin embargo todos, hasta Benoit, seguían con la cabeza gacha hasta que Line terminaba. Y es que cómo negar que ella había sido la única madre que sus últimos hijos recordaban, tan pequeños los pobres cuando murió Jossette.

La familia Benet era famosa por sus increíbles calabazas, siempre ganadoras en las ferias agrarias del sur de Francia a finales del siglo 19. De la cosecha se encargaban varios jornaleros que Line alimentaba como si fueran parte de la familia. Además de las calabazas cosechaban zanahorias y nabos, contaban con varios manzanos y algunos cerezos y tenían varias gallinas ponedoras, algunas de ellas también premiadas en ferias agrarias por diversos talentos: responder

cuando se les llamaba, tener el plumaje más brillante y por supuesto, poner más huevos que ninguna. Todos se preguntaban cuál era el secreto de los Benet. Algunos murmuraban que a un jornalero se le escapó el detalle de los cantos de Line. Al parecer las gallinas ponían más cuando Line les cantaba. Ciertas viejas chismosas iban más allá y soltaban como quien no quiere la cosa que Line debía estar embrujada o peor, haber hecho pacto con el diablo.

—Esas cosas no son de cristianos —decían, pero solo entre ellas se hacían caso. Los Benet eran queridos en el pueblo pues siempre se mostraban solidarios con el que lo necesitara, nadie prestaba oídos a las arpías envidiosas que todo pueblo posee a su pesar. Y los días pasaban así tranquilos, al ritmo de las horas y las estaciones... hasta que llegó ESE día.

Ese día todos se encontraban en la misa de las 10:00, Line había ido a la de las 7:00 para poder preparar el almuerzo en casa. El pequeño Benjamín cumplía 15 años y la fiesta prometía, como que iba a cocinar Line. Cuando una ocasión especial se presentaba, Line se encargaba de la comida, desde la entrada hasta el postre. Las muchachas de servicio ya sabían que no valía la pena insistir en ayudarla, ella quería encargarse de todo sola. “Seré tullida, pero eso no me hace inútil”, decía. Por otro lado todos disfrutaban de su sazón, nadie hacía las salchichas como ella, su puré de patatas parecía un pedazo de nube en el plato. No había nada que no supiera preparar a la perfección. Sin embargo lo que mejor le salían (si eso fuera posible) eran las tartas y aún más: su tarta de calabazas era de probarla y poder morir tranquilo. Por eso se dirigió presurosa a la huerta y escogió la mejor calabaza. Esa en particular pesaba mucho y se veía redonda y brillante, demasiado perfecta casi. Le costó mucho a Line llevarla hasta la cocina, y eso que la distancia no era larga. “¡Ni que la estuviera trayendo del campo!”, pensó

limpiándose con su delantal las gotas que perlaban su frente luego de poner la calabaza sobre la mesa. La tarta sería lo primero que prepararía, así mientras se horneaba, tendría tiempo para los otros platos.

Todo empezó cuando trató de cortar la calabaza. El filo del cuchillo jamás tocó la piel naranja; en cuanto Line acercó el cuchillo, la calabaza se puso a brillar. Line retrocedió, pensó por un rato y se dijo a sí misma que quizá el cansancio le había hecho ver una ilusión. Se dirigió a la despensa, sacó una botella de jerez (SU, botella de jerez, la que le trajese una de sus primas de España, la que ella juraba tenía poderes curativos) se sirvió una copita (“una copita te cura, ya más es otro cantar”) y se la tomó de un trago. Puso la copita en el lavadero y se frotó las manos, lista para el trabajo.

Y volvió a ocurrir. Line ya no supo que pensar, unas tres veces más trató de acercar el cuchillo a la calabaza y a cada vez el brillo era más intenso. Con los ojos bien abiertos y las manos temblorosas se dispuso a acabar de una vez por todas con el misterio y luego de tomar aliento dirigió firme, segura y lo más veloz que pudo el filo a la calabaza. Su mano se detuvo a centímetros de la desafiante cucúrbita, era como si una fuerza la estuviese deteniendo para proteger al miserable zapallo. De pronto su apariencia cambió, los característicos surcos desaparecieron y la superficie se volvió lustrosa, metálica. Una pequeña puerta se abrió, una aún más pequeña escalera salió y por ella bajaron dos hombrecitos que como todos podrán suponer, eran diminutos.

Felizmente Line estaba paralizada, sino un estruendoso alarido hubiera salido de lo más profundo de sus entrañas. Sus interminables salmos se agolpaban desesperadamente en su cabeza, todos al mismo tiempo: el de Santa Rita para resolver lo imposible, la letanía a San Judas Tadeo, hasta la novena a Santa Lucía,

que en realidad era para evitar la ceguera, pero en esos momentos a Line todo le parecía válido.

Los hombrecitos usaban una especie de traje al parecer acolchado que sin embargo no les impedía moverse con una velocidad increíble. No se les veía el rostro, pues llevaban en la cabeza una suerte de pecera del mismo material del traje por detrás y de un oscuro vidrio por delante. Emitían unos sonidos semejantes al gorjeo de ciertos pájaros al “hablar” entre ellos. De cuando en cuando volteaban hacia ella y luego seguían su discusión. Durante todo ese tiempo Line ni pestañeó.

De pronto uno de los hombrecitos empezó a elevarse. Se detuvo frente al rostro de Line. Ella pudo distinguir algunos rasgos humanoides detrás del vidrio negro. Unos grandes ojos almendrados, aparentemente sin pupilas, una nariz pequeña y apenas una raya como boca. El hombrecito sacó de un bolsillo una varilla metálica y la apuntó hacia la frente de Line. Ella solo atinó a cerrar los ojos y encomendarse al Espíritu Santo, convencida de que esos eran sus últimos segundos de vida. ¿Qué más podía ser esa varilla metálica sino un arma?

—No sienta ningún temor, no pretendemos dañarla, —le pareció escuchar de pronto. Abrió lentamente los ojos y se dio cuenta de que la voz no podía venir de otro lado más que del hombrecito. Quiso hablar, quiso preguntarles cómo es que hablaban su idioma, pero de su garganta solo salió un sonido que recordaba al graznido de los patos.

—No, no hablamos su idioma, solo he estimulado su glándula pineal que se encuentra cerca de su epítalamo para que nuestros pensamientos se encuentren.

Line pensó que las cosas se ponían a cada instante más raras, ¡y todo por querer hacer una tarta de calabaza! ¿Cómo explicaría a todos que en la calabaza que escogió vivían dos hombrecitos que con una varita mágica estimularon una glándula que se encontraba en su hipopótamo? ¡Ni siquiera sabía que tenía un hipopótamo dentro de la cabeza!

El hombrecito empezó a mover de arriba a abajo los hombros. Line no tardó mucho en darse cuenta que se estaba riendo de ella. ¿Qué de gracioso tenía el hipopótamo? ¡Si había sido él quien lo nombró!, pensó ofendida.

—No, por favor. No quiero humillarla, no me malinterprete. Solo que... — El hombrecito hizo una pausa para mirar el cuchillo en la mano de Line, que no se había movido ni un milímetro desde que todo el embrollo empezara. —¿Podría la distinguida dama decir por qué no se mueve?

“¡Evidentemente porque ustedes me han congelado!” Pensó ofuscada, ¿y tenía la cara de preguntárselo?

—¡Oh! No, no está congelada, solo pusimos un escudo de protección a nuestra nave, para protegerla, pero usted puede moverse sin problemas.

Line parpadeó, era claro que no estaba congelada como había creído. Lentamente bajó la mano y colocó el cuchillo en la mesa. Dio dos palmadas, para asegurarse de que en realidad podía moverse. Súbitamente se colocó las manos en las caderas dijo con la voz más firme y autoritaria que pudo.

—¿Qué hacían ustedes en mi calabaza?

—No, no es su calabaza. Déjeme explicarle, venimos de una galaxia muy lejana conocida por ustedes como Circino. No es la primera vez que visitamos su planeta, lo hacemos solo como estudio, no deseamos interferir en nada y

afortunadamente nuestro tamaño nos hace pasar desapercibidos. Pero en esta ocasión tuvimos un engorroso percance y nuestra nave no tiene la fuerza suficiente para el viaje de vuelta. Nos dimos cuenta de que con algunos cambios cosméticos, nuestra nave se parecía a estos extraños frutos naranja y decidimos camuflarnos hasta que llegaran a ayudarnos. Solo tomará unos días. Si usted nos permite quedarnos hasta entonces le retribuiremos de la mejor manera, le doy mi palabra de honor.

“¿Y cómo voy a explicar yo a todos que estoy ayudando a unos enanitos que hablan pomposamente y que vienen de una galaxia llamada llamado Cencerro? ¿Y qué demonios es una galaxia para comenzar?”. Line sentía su cabeza a punto de explotar con tantas cosas que estaban ocurriendo.

El hombrecito que seguía cerca de la nave voló de pronto hasta reunirse con el otro. Le gorjeó algo al primero a lo que éste contestó con un sonido como el de una campana, luego se puso las manos sobre la cabeza simulando cuernos y emitió un sonido semejante al mugir de una vaca. El segundo hombrecito volvió el rostro hacia Line y volvió a gorjear algo al primero, éste le respondió y ambos empezaron a subir los hombros, era obvio que se estaban riendo de lo que ella había pensado.

—Es de muy mala educación leerle el pensamiento a la gente. —Dijo Line tomando la actitud más digna y solemne que pudo.

—No es nuestra intención hacerla sentir incómoda, pero sus desatinos nos resultan curiosos. Verá somos tecnológicamente mucho más avanzados que los seres de este planeta. Hay muchas cosas que aún no conocen y que quizá nunca lo

hagan. En todo caso a pesar de nuestro diminuto tamaño a comparación del suyo, nuestra tecnología nos permitiría pagarle de alguna manera su ayuda.

Mientras que el primer hombrecito hablaba, el segundo no dejaba de apuntar con un raro instrumento todos los muebles de la casa. Line notó que cuando lo hacía, una luz azul cubría el objeto visado y todo lo que llevaba dentro se podía ver con claridad. Ella se puso nerviosa cuando le tocó el turno al reloj de péndulo del abuelo. En realidad no tenía mucho valor, pero era el reloj del abuelo y para la familia era sagrado.

De pronto el hombrecito de la luz azul empezó a mover los brazos como un molino de viento en plena tormenta, sus gorjeos se hicieron agudos, era evidente que algo lo había emocionado. Un agitado intercambio se realizó entre los hombrecitos, luego el primero dijo:

—¡Hay una posibilidad de regresar a nuestro planeta! ¡Hay una posibilidad de regresar a nuestro planeta! Mi compañero ha detectado en ese arcaico instrumento algunas piezas que remplazarían bien a ciertas partes de nuestra nave.

Line se quedó en silencio durante un buen tiempo, es el que tardó en darse cuenta de que el “arcaico instrumento” era el famoso reloj de péndulo del abuelo.

—Oh, no, no, no, no dijo moviendo la cabeza Ni se les ocurra tocar el reloj del abuelo

—Pero le pagaremos, nuestra tecnología es muy avanzada y...

—Aquí no necesitamos más tecnología que la de unos brazos fuertes. Sus navecitas en forma de calabaza no nos hacen falta. Ni se les ocurra tocar el reloj del abuelo Dijo Line mientras cojeaba para acercarse a él.

—Su movilidad es imperfecta... —murmuró el hombrecito mientras su compañero lanzó un sonido como el gemido de un gato. Luego dirigió su luz azul a las piernas de Lina y volvió a gemir. Para ella era evidente que le estaban demostrando lástima, algo que odiaba, “seré tullida...” pensó.

—¡Nosotros podemos reparar su desperfecto! ¡Nuestra tecnología nos lo permite! Si nos deja utilizar el arcaico instrumento, podrá caminar normalmente.

¿Reparar su desperfecto? ¿Acaso creían los enanitos que ella era una estufa vieja?

—Ni se les ocurra. Sobre mi cadáver tocarán el reloj del abuelo. ¡Ay! Dijo finalmente Line llevándose la mano al cuello. Uno de los hombrecitos la había picado con algo y eso fue lo último que pudo ver.

Cuando despertó se encontraba recostada sobre la mesa de la cocina. Se incorporó pesadamente y miró el reloj del abuelo. Este había dejado de funcionar. La calabaza/nave espacial no se veía por ningún lado. Echando maldiciones Line salió corriendo de la casa, con suerte encontraría a los hombrecitos y su calabaza afuera. De pronto paró en seco. ¿Estaba corriendo? ¿Cómo era eso posible? Miró a sus piernas y éstas le parecieron no solo del mismo tamaño, sino perfectamente rectas, se levantó la falda para comprobarlo y su sorpresa fue mayor y es que además de ser del mismo tamaño y completamente rectas, eran preciosas: sus tobillos eran finos, sus pantorrillas bien torneadas y sus muslos rollizos sin ser muy gruesos. Los hombrecitos habían cumplido su palabra, no había duda y de pronto le importó un reverendo pepino el reloj del abuelo; nada podía compararse con unas piernas así.

Lentamente se dirigió a la casa. Fue al salón para ver la hora en un reloj cucú que Philippe les trajera de Suiza (El dinero del restaurante le permitía viajar por Europa a su gusto y aunque largo, ya había hecho el viaje tres veces), aún tenía tiempo de preparar el almuerzo, aunque ya no tan complicado como pensaba. Por lo menos la tarta de calabaza podía seguir en el horno mientras terminaban de comer.

Cuando la familia llegó recién Line cayó en cuenta de que necesitaría una buena historia para explicar su curación. El primero en entrar fue Benjamin, esperando encontrar su tarta en la mesa. Al ver a Line bien derecha frente a la mesa, se quedó inmóvil, poco a poco empezaron a entrar los demás para quedarse boquiabiertos a unos pasos de la puerta, era como si temieran adentrarse a la casa. Muy pronto el amontonamiento de gente obstruía por completo la puerta. Bennoit se hizo paso a empujones, maldiciendo por quedarse allí como postes sin entrar ni dejar entrar. Al ver a su hermana él también se quedó plantado y con la boca abierta. Line pensó que algo debía decir.

—¡Milagro! gritó levantando los brazos.

—¡Milagro! también gritó Bennoit dirigiéndose a abrazar a su hermana.

¿Qué otra explicación podía haber?

Todos se acercaron a Line, todos querían ver sus piernas, tocarlas (un manotazo le llegó a algunos atrevidos que iban un poco más lejos), sentir esa piel suave y palpitante. De pronto alguien lanzó la pregunta esperada: ¿Y de quién era el milagro?

Se hizo un silencio anhelante, esperando la respuesta. Gotas empezaron a perlar la frente de Line. Luego de una larga pausa, ella dijo:

—Bue..no.. en realidad... yo...

—¿Fue Santa Rita?

—¡Sí! ¡La abogada de lo imposible!

Un murmullo de aceptación se escuchó en toda la cocina. ¿Quién más podía hacer un milagro semejante? Una joven de la servidumbre se preguntó en silencio si también la Santa podía conseguirle un buen marido y tomó la decisión de empezar esa misma noche una novena en su honor.

La noticia no tardó en llegar a los oídos de todos en el pueblo. Las viejas chismosas sonreían irónicas y decían entre dientes que el diablo también podía hacer ese tipo de cosas. Todos miraban asombrados a Line al pasar por la calle. En las tiendas le cedían el paso para que comprara primero. En la iglesia el cura ya no sabía dónde poner tantas flores, velas y variados regalos que la gente le hacía a la imagen de Santa Rita.

En cuanto a Line, ella era la que más disfrutaba de su nueva condición, sonreía al ver que no necesitaba detenerse de cuando en cuando al caminar, que ya no debía usar un banquillo para llegar a los anaqueles superiores, que podía correr ¡correr! y meter las piernas en el río sin temor a perder el equilibrio.

Una semana después del “milagro” alguien notó que el reloj del abuelo había dejado de funcionar. El relojero del pueblo comprobó que faltaban algunas piezas y que no sería fácil conseguir las. Line ni pestañeó mientras todos se preguntaban cómo era posible que se perdieran piezas de un reloj así como así.

Cuanto más pasaba el tiempo, más osada se volvía Line, parecía querer recuperar todo el tiempo que había perdido por la cojera. Cuando uno de los chicos anunció que quería irse a estudiar a París, Line se ofreció como chaperona.

Bennoit aceptó, pues sabía que su hijo no había sacado su “cabeza de chorlito” y que ya era tiempo que alguien en la familia fuera a la universidad y porque Line había dado tanto por ellos que se merecía el paseo.

Así pues, luego de comprar un pequeño apartamento, ambos se fueron a vivir a París. Line se empezó a interesar por todo lo relacionado con los avances tecnológicos, fue una de las primeras de la familia en viajar en locomotora, la primera en tomarse una fotografía, hasta allí la familia le soportaba las excentricidades. Cuando compró el libro “El origen de las especies” de un tal Charles Darwin la cosa se puso brava. ¿Cómo podía leer una obra a todas luces escrita por un hereje? ¡Ella que era el fruto de un milagro! Pero Line había aprendido a hacer oídos sordos de todo lo que se dijera sobre ella.

Y así pasó la vida la tía Line, de mamá de todos a tía excéntrica. La encontraron en su cama un día, como dormida. Alguien que había sido tan activa de viva, moría de la manera más pacífica. De inmediato algunos doctores le hicieron una autopsia y descubrieron unos extraños filamentos en sus piernas, hechas de un desconocido material metálico. Bennoit al enterarse de que habían abierto el cuerpo de su hermana sin el consentimiento de la familia, puso el grito en el cielo. Acto seguido, se llevó el cuerpo al pueblo y la hizo enterrar en un ataúd de hierro que soldó él mismo.

Y hasta ahora la gente sigue pidiendo milagros a Santa Rita y se sigue hablando de las piernas de Line. Sí, sus piernas son famosas y aunque no nació con ellas, fue enterrada con ellas. De eso no hay duda.



Entre el desierto y el entusiasmo:

Panorama de la ciencia ficción peruana

Por Daniel Salvo²⁰

Ilustrado por Walker Evans collections / *The City of Skyscrapers (1910)*
Metropolitan Museum de Nueva York

Es un hecho conocido que nuestro mundo literario está mayoritariamente adscrito a la vertiente que podríamos llamar "realista", de modo que el lector usual podría pensar que en el Perú no se han dado manifestaciones de los mal llamados géneros menores, como son la ciencia ficción, el terrorífico, el policial y el fantástico.

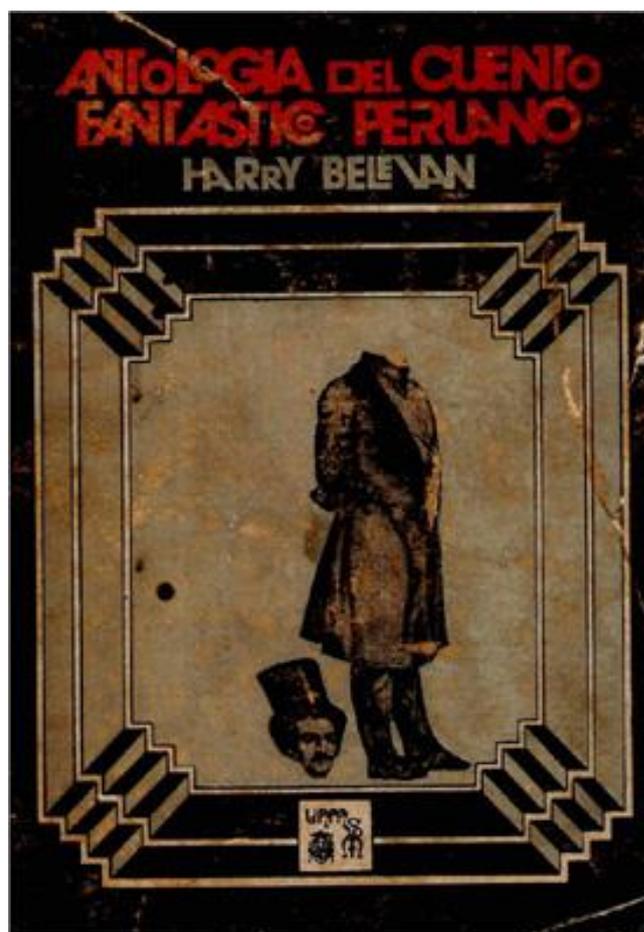
Nada más lejos de la verdad. Lo que ocurre es que nuestra industria editorial no tiene la envergadura de sus similares de otras latitudes, donde puede hablarse de tirajes de millones de ejemplares, mientras que en nuestro país un escritor novel sueña con tirajes de cientos... Mal que nos pese, es nuestra realidad.

Por consiguiente, si tomamos en cuenta ambos factores, el resultado será que la producción literaria "alternativa" pasará desapercibida para el gran público, de modo que difícilmente una novela de ciencia ficción o de horror "a la peruana" podrá formar parte del canon de "las novelas más importantes de la década" o similares, que suelen publicarse en revistas especializadas. De modo que una relación de novelas o relatos de ciencia ficción nacional simplemente no existe en el mercado, ni parece ser objeto de inquietud académica.

²⁰ Publicado en *El Hablador* (marzo #3, 2004)

Y sin embargo, se mueve... Pese a que uno no esperaría encontrar nada en el panorama antes descrito, pues resulta que no está tan yermo como parecía a simple vista. Escritores hay que, en el pasado o en el presente, se han atrevido a ir contra la corriente prorrealista, vanguardista, JUM, indigenista, etcétera, y han incursionado en los géneros descritos: Mario Vargas Llosa escribió la novela policial *Quien mató a Palomino Molero*, Julio Ramón Ribeyro tiene varios cuentos fantásticos, al igual que Harry Beleván, compilador de la excelente *Antología de la literatura fantástica en el Perú* (1977).

En el presente artículo, trataremos específicamente de la ciencia ficción, aunque previamente tenemos que hacer una precisión. A diferencia de otros países, no existen en el nuestro editoriales con colecciones o apartados específicos para la ciencia ficción (o para los otros géneros). Y eso dificulta la identificación de dichas obras.



Generalmente, la ciencia ficción se define como un género que se ocupa del impacto que en el futuro tendrán las innovaciones científicas, incluyéndose los avances en ciencias sociales. En ese sentido, y para bien, pierde esa aura de infantilismo y de literatura sólo para iniciados que muchos fanáticos desean que

posea, sin caer en cuenta que así contribuyen al desprestigio del género y a la visión del aficionado como un excéntrico.

Simplificando así las cosas, ¿qué tiene de raro que un escritor, en un momento dado, comience a especular acerca del futuro, del porvenir, extrapolando la realidad que tiene a su alrededor? No es necesario contar con un entorno de alta tecnología, como pueden tenerlo los norteamericanos o los europeos, para pergeñar o redactar un relato o novela con estos ingredientes. No todo pueden ser luchas campesinas o biografías lumpen.

Así las cosas, tenemos como primer ejemplo al vilipendiado y recientemente reivindicado Clemente Palma (1872-1946). Curioso personaje, virtualmente expulsado del canon literario peruano, por sus ideas racistas y su infausto dictamen sobre la obra de Vallejo. Bueno pues, este Clemente Palma, a inicios del siglo XX, se encargó de jugar con los terrores de la humanidad ante el paso del cometa Halley con su cuento "El día trágico" (1910), especuló sobre los intentos de conseguir oro por parte de un alquimista del remoto año 3000 en "La última rubia", sin contar otros cuentos fantásticos publicados bajo el nombre de "Cuentos malévolos (1904)".

Como sabemos, la producción literaria nacional siguió otros rumbos, muy ajenos a las especulaciones sobre el futuro o la tecnología, aunque existe el caso aislado de Héctor Velarde (1898-1989), exquisito humorista de una Lima (no de un Perú) que definitivamente ya fue, donde todo estaba "en su sitio", y la vida transcurría plácida... en medio de esta arcadia, irrumpe la modernidad que viene de Norteamérica, con sus supermarkets y aviones, y sobre todo, con la bomba atómica. Velarde escribe una serie de crónicas y ensayos humorísticos que titula "La perra en el satélite" (1958), coincidiendo con la carrera espacial entre EE.UU.

y la URSS. En este librito, aparece el relato "La bomba J", en el cual la destrucción nuclear total tiene un fallo: la casa del limeñísimo Pedro Lanatta y Perales, diplomático, quien decide dedicar sus últimos días a escribir un diccionario para las futuras generaciones... Quien sabe, Velarde tal vez quiso expresar en este relato su melancolía por la pérdida de ese mundo limeño en el cual había nacido. Tiene también una pieza de teatro ambientada en el año 2427 titulada "¡Un hombre con tongo!" (1950), en la cual las señoras van de compras al Jirón de la Unión utilizando hélices en la espalda para movilizarse.

Nada más lejos de la verdad. Lo que ocurre es que nuestra industria editorial no tiene la envergadura de sus similares de otras latitudes, donde puede hablarse de tirajes de millones de ejemplares, mientras que en nuestro país un escritor novel sueña con tirajes de cientos...

Los años setenta del siglo XX son acaso los de mayor apogeo de la ciencia ficción peruana, guardando las distancias del caso. Destacan, hasta el presente inclusive, los escritores José B. Adolph y Juan Rivera Saavedra.

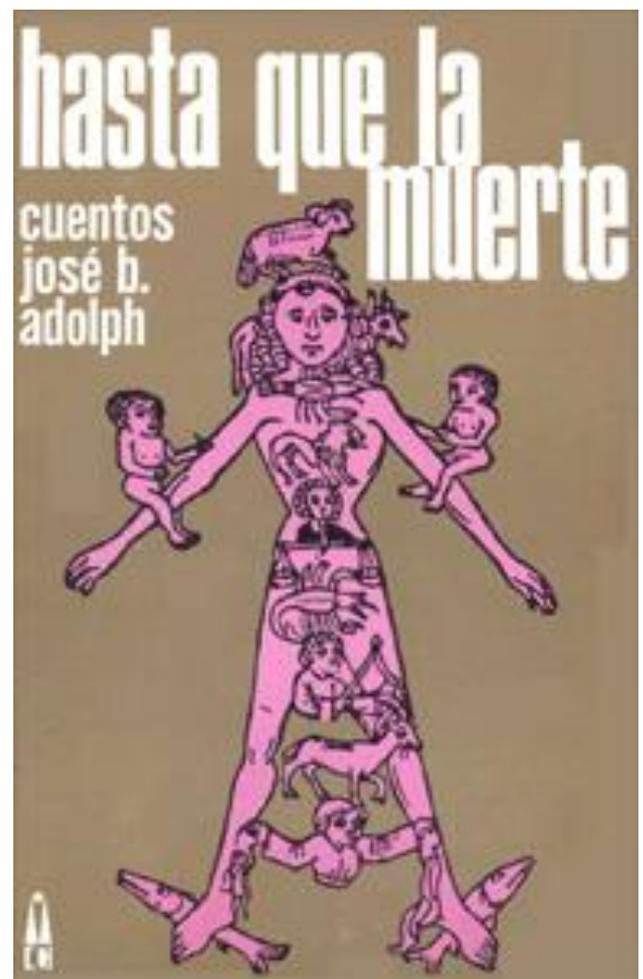
La "edad de oro"

Reseñar la obra de Adolph merece de suyo un artículo propio. Desde sus inicios, ha escrito cuentos que hacen difícil encuadrarlo en un género o tendencia. Sus relatos, publicados en sendas ediciones, son de todo tipo y color. Los temas que ha tocado son todos, o casi todos: la inteligencia artificial en "Artemio y MULTICALI", la evolución de las especies animales en "La rata", la inmortalidad en "Nosotros no", el contacto con seres extraterrestres en "Los bromistas, las catástrofes..." Quizá el libro de relatos de Adolph que más cuentos de ciencia

ficción contiene es "Hasta que la muerte"(1971), volumen que contiene el cuento "El falsificador", que ha sido incluido en la antología de ciencia ficción latinoamericana Cosmos latinos (2003), publicada por la Universidad de Texas.

José B. Adolph también ha publicado novelas de ciencia ficción, como Mañana las ratas (1977), libro que de haberse publicado en EE.UU., le quitaría al Neuromante de William Gibson la gloria de ser considerado como el iniciador de la moda ciberpunk. En esta novela, vemos un Perú totalmente balcanizado y anómico, gobernado por transnacionales cuya cúspide dirigencial reside en satélites que orbitan la Tierra. La religión, empero, sirve de aglutinante para la gestación de fuerzas rebeldes, que sin embargo no saben bien donde están parados.

Juan Rivera Saavedra tiene, entre otros, el gran mérito de utilizar por primera vez la etiqueta "ciencia ficción" con todas sus letras, como parte del título de su selección de relatos Cuentos sociales de ciencia ficción (1976), compuesto por cuentos llenos de ironía acerca de la condición humana. En ellos, Rivera Saavedra explora temas como los robots, la exploración de otros planetas, la escasez de alimentos, nuestra visión de los "otros".



En clave de space opera, José Manuel Estremadoyro publica la hilarante *Glasskan, el planeta maravilloso* (1971) y su continuación *Los homos y la Tierra* (1971). Se nota en ambas obras la influencia del interés desatado por el denominado fenómeno OVNI y la vida extraterrestre en general, siendo así que en la primera novela se nos describe un viaje a un planeta donde todo es perfecto, a la manera de las grandes utopías del renacimiento. En la segunda, los humanos entrenados por los galacsinos (habitantes de Glasskán) deben volver a nuestro planeta para ofrecer la paz y el progreso al estilo de Glasskán a la humanidad. No encontrarán a nadie merecedor de dichos dones, dedicándose a vivir una serie de aventuras de lo más disparatadas. Con todo, *Glasskan...* merece un lugar dentro del canon literario nacional, al menos por su originalidad. Total, si Ed Wood Jr. es hoy en día una suerte de ícono cinematográfico...

Curioso es el caso de Eugenio Alarco. Casi no hay noticia acerca de este autor, salvo por el brevísimo cuento "La magia de los mundos" que aparece en la *Primera Antología de la ciencia ficción latinoamericana* (1970), publicada en Argentina por Rodolfo Alonso. El cuento nos muestra el pavoroso futuro de la humanidad en manos de unos seres que no se sabe si son extraterrestres o humanos evolucionados, quienes utilizar los órganos y miembros humanos como repuestos.

Volver al futuro

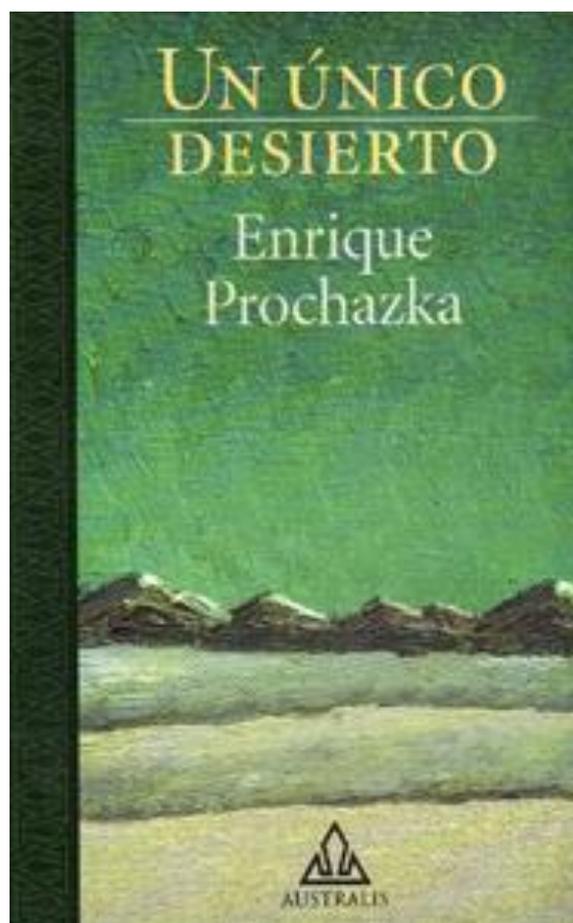
Ya en la década de los noventa, Giancarlo Stagnaro, a sus catorce añitos, publica *Hiperespacios* (1990), una novela de aventuras espaciales que constituye un digno tributo a Isaac Asimov. Sorprende la independencia de criterio y el que

Stagnaro no haya caído en el facilismo de seguir las modas literarias contemporáneas. Y después de todo, ¿por qué no pueden los peruanos del futuro dedicarse también a luchar contra invasores extraterrestres? Lamentablemente, esta obra no tuvo la difusión que merecía.

En provincias, también existe interés en el género, como lo prueba el volumen de cuentos *Las formas* (1997) de Carlos Bancayán Llontop, publicado de manera casi artesanal en la ciudad de Chiclayo.

Entre otros, incluye los relatos "Nutrición" y "Las formas", donde se especula acerca del lugar del hombre en el universo y acerca de los llamados poderes mentales, cuyo desarrollo da lugar a asombrosas revelaciones acerca de una importante figura religiosa.

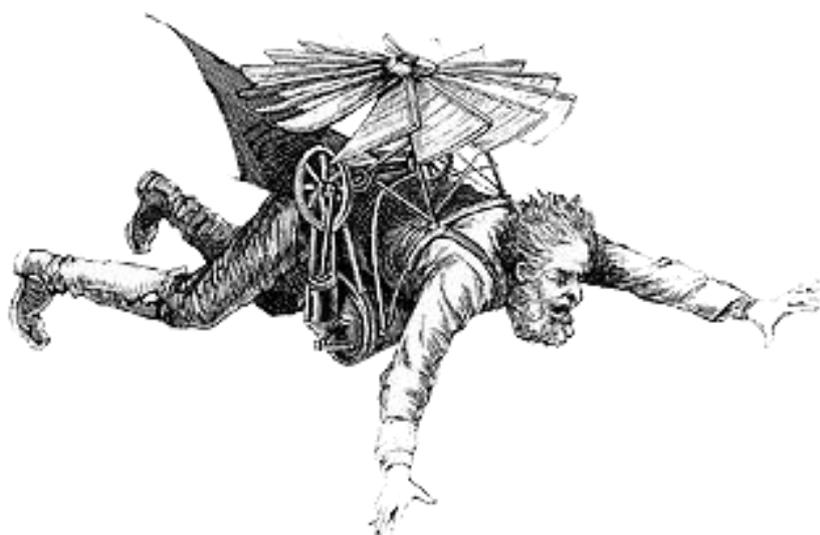
A fines de los años noventa, se publica *Un único desierto* (1997) de Enrique Prochazka, una selección de relatos variada y de temática novedosa, donde el autor nos ofrece el cuento "2984", sobre un futuro distópico y la búsqueda del Gran Hermano.



La llegada de la Internet ha permitido que, hoy por hoy, se puedan publicar en la red relatos y novelas que de otro modo sería imposible conseguir. Con la aparición de páginas web cuyo objetivo es la divulgación de la ciencia ficción peruana, hemos podido acercarnos a la obra de autores noveles como Rubén Mesías Cornejo, José Donayre Hoefken, José de Piérola y otros.

El año 2003 ha sido pródigo para la ciencia ficción: José B. Adolph publicó la novela *Un ejército de locos*, acerca de un Apocalipsis desatado desde la internet, y la selección de cuentos *Los fines del mundo*, que incluye algunos cuentos de ciencia ficción. Por su parte, Juan Rivera Saavedra publicó *Oprimidos y exprimidos*, con algunos del género.

Mención aparte merece con 8+1, conjunto de relatos de ciencia-ficción de Manuel Antonio Cuba, editado por la editorial Meteletra y que nadie sabe dónde adquirir. En estos casos, la mala distribución puede ser una enemiga más grande que los críticos.





Boebchán:

Ser primordial según un mito preincaico, transformó a los cuadrúpedos en seres humanos y creó otros hombres con arcilla, instruyéndolos sobre el modo de vivir, Este dios puede ser el mismo VIRACOCHA, cuyo recuerdo conservan los incas al establecerse en tierras peruanas.

A este dios se le considera el creador de los cultos totémicos, Asimismo, los incas veneraban a las dos esposas de Boebchán como madres totémicas, siendo su tarea la de asignar a cada tribu un ave totémica, engendrada por la transformación de los pájaros.

Cachapicu:

Hechicero mítico de una leyenda de los peruanos preincaicos, vino del cielo y tras vivir entre los hombres durante largos años, regresó al cielo en una nave de colores.

Chinchilicos:

Enano con apariencia anciano y con manía de masticar coca y fumar. Visten como mineros, y cuando se topa con alguien, le pide cigarrillos o coca y a cambio le da riquezas o indica en que roca esconde el oro.

Chullachaqui:

Duende que viste un poncho colorado, al que se lo ve caminando por las chacras buscando algo. Puede tomar la figura de cualquier persona y atraer a las mismas para que lo busquen. Si alguien se pierde en la selva es probable que se encuentre con él y se conviertan en su súbdito.

Dibchos:

Genios del aire, del agua y del bosque, que podían ser benévolos o malvados, para aplacar su cólera, los indígenas del Perú recurrían a chamanes, a quienes confiaba la tarea de propiciarlos mediante extrañas danzas, ritos y ofrendas de alimentos. Todos los genios Dibchos pertenecían a la categoría de las divinidades clasificadas entre los antepasados difuntos y por eso eran objeto de un culto respetuoso oscilante entre el temor y la veneración.

La sachamama:

Boa gigantesca y solitaria, que vive en pantanos de selva adentro. Lleg a un momento de su vida, quizá después de mil años, en que se incrementa su peso; de tal manera, que ya no puede reptar. Finalmente asciende al cielo para convertirse

en rayo, relámpago o arco iris. Su hermana la Yacumama reptaba por el mundo terrenal, hasta tomar la apariencia de río o árbol.

Quimbambúa:

Genio gigante y maligno, con semblante de perro blanco, fue exterminado por unos espíritus benignos, sofocado dentro de una caverna del litoral peruano, que le servía de morada a los espíritus malvados, los benignos aprovecharon la ausencia estos para matar al gigante.

Ucu o El Yeti de los Andes:

Criatura de facciones humanas (pero con excesivo pelo amarillento en todo el cuerpo, pues nos llevaba ningún tipo de vestimenta), muy similar a los homínidos reportados en Asia y el norte de América.

Ukuy Warmi:

Mujer hormiga que los nativos la consideraban el símbolo de la limpieza la purificación y el cambio.

Utomil:

Dios de la pesca representado por un tiburón, en honor los indios de la región danzaban y entonaban cantos rituales, que solían terminar en medio de una bacanal de carácter erótico.

Una leyenda antigua preincaica habla de un rey legendario de aspecto monstruoso que reino en una isla del litoral peruano, desaparecida, según la creencia de aquellas tribus costeras el Nco-Hal, era un rey nació con tres ojos y era caníbal. Abandonado por sus padres, asustados al ver su rostro, fue criado por unos espíritus malignos, cuando llegó a la edad adulta, gobernó como un tirano, aterrorizando y matando a cuantos se aventuraban en su territorio. Moraba en una gruta y se alimentaba con carne humana, Se casó con su propia hermana, la cual acabó matándolo por medio de un sortilegio a base de escamas de pez.

Yacuruna:

Hombres de agua, espíritus de los animales acuáticos de la selva, son frecuentemente invocados en las sesiones de ayahuasca (infusiones enteogénicas) ya que poseen el poder para conceder deseos

Yaku Warmi:

Mitad mujer y mitad pez que hace enloquecer a los pescadores con sus gritos.

Biografías:

Directores:

Acevedo Esplugas, Ricardo (Ciudad de La Habana, 1969) poeta, antologador, editor y escritor de Ciencia ficción cubana. Graduado en Construcción Naval y Civil, realizó estudios de periodismo, marketing y publicidad y ejerció de profesor en construcción civil en el Palacio de Pioneros Ernesto Guevara de La Habana. Su trayectoria literaria incluye haber formado parte de los siguientes talleres literarios: Óscar Hurtado, Negro Hueco, Taller literario Leonor Pérez Cabrera y Espiral. Ha sido miembro del Grupo de Creación Literaria Onelio Jorge Cardoso.



Es director (junto a Carmen Rosa Signes) de la Revista Digital miNatura. Actualmente radica en España. Colaborador para la revista Amazing Stories.

Signes Urrea, Carmen Rosa (Castellón-España, 1963) ceramista, fotógrafa e ilustradora. Lleva escribiendo desde niña, tiene publicadas obras en páginas web, revistas digitales y blogs (Revista Red Ciencia Ficción, Axxón, NGC3660, Portal Cifi, Revista Digital miNatura, Breves no tan breves,

Químicamente impuro, Ráfagas parpadeos, Letras para soñar, Predicado.com, La Gran Calabaza, Cuentanet, Blog Contemos cuentos, El libro de Monelle, 365 contes, etc.). Ha escrito bajo el seudónimo de Monelle.

Actualmente gestiona varios blogs, dos de ellos relacionados con la Revista Digital miNatura que co-dirige con su esposo Ricardo

Acevedo, publicación especializada en microcuento y cuento breve del género fantástico.



Ha sido finalista de algunos certámenes de relato breve y microcuento: las dos primeras ediciones del concurso anual Grupo Búho; en ambas ediciones del certamen de cuento fantástico Letras para soñar; I Certamen de relato corto de terror el niño cuadrado; Certamen Literatura móvil 2010, Revista Eñe. Ha ejercido de jurado en concursos tanto literarios como de cerámica, e impartiendo talleres de fotografía, cerámica y literarios.

Editor:

Acevedo Esplugas, Ricardo (Ciudad de La Habana, 1969) *Ver*

Directores.

Asesores:

Tynjälä, Tanya (Callao, 1963), escritora, promotora cultural, traductora y profesora de lengua y cultura (francés y español) casada con un finlandés, madre de dos chicas y abuela de una.

Ha publicado la novela de ciencia - ficción "La Ciudad de los Nictálope" y los libros "Cuentos de la Princesa Malva" y "Lectora de sueños", con Editorial NORMA, además de "Sum" con Editorial Micrópolis.. Está incluida

diversas antologías internacionales como "Canto a un prisionero". Editorial Poetas Antiimperialistas de América 2005, Ottawa – Canadá, "Discuentos, cuentos infantiles sobre discapacidad". Ediciones el Gato de 5 Patas 2009, Madrid - España, o "Replicación" Editorial Linguleya, 20011 - Bulgaria.

Ha colaborado como periodista en diversas revistas culturales de Lima. Textos suyos han aparecido en revistas literarias limeñas como: Imaginario del Arte, Umbral, Arteidea, entre otros; así como en las revistas finlandesas Voima, Finnzine, Tähtivaeltaja y Ses.

Ha seguido estudios de pedagogía (especialización en francés - lengua extranjera) en el Instituto Superior Pedagógico de Lima y en la Universidad de



Grenoble – Francia (maestría). Se encuentra realizando un doctorado en filología francesa en la Universidad de Helsinki.

De 2000 a 2010 radicó en Finlandia en donde trabajó como profesora de lenguas y comunicación intercultural (Universidad Politécnica de Helsinki) Dictó también para la Universidad de Helsinki el curso “Literatura hispano americana escrita por mujeres”. de 2010 a 2012 radicó en Filipinas en donde trabajó (ad-honorem) como jefa de edición de la revista de la Asociación de Esposas del Banco Asiático de Desarrollo (ADBSA News Flash) mientras redactaba su tesis doctoral. Actualmente ha regresado a Finlandia en donde se dedica principalmente a la escritura y a terminar su tesis doctoral.

Fue presidenta del Centro Cultural Latinoamericano de Helsinki (período 2002 – 2003) Es miembro del comité directivo de la Asociación de Países Amigos, para el cual se encarga de la coordinación de las actividades culturales. Colabora además con diversos centros culturales finlandeses, coordinado eventos literarios. Al mismo tiempo es corresponsal de la Revista Peruana de Literatura y de las revistas web Velero 25 (Perú). Forma parte del comité directivo de la revista web Palabras diversas. Es corresponsal para el idioma español del Science Fiction Awards Watch. Tiene un blog de viajes titulado "Piedra que corre, sí que coge moho".

Es representante para Finlandia de REMES (Red Mundial de Escritores en Español), presidenta para Finlandia de la UHE (Unión Hispanoamericana de escritores). Además es delegada en Finlandia y delegada Especial Itinerante de la Cátedra Iberoamericana Itinerante de Narración Oral Escénica. Ha sido nombrada Embajadora de la Paz de Perú por el Círculo Universal de los Embajadores de la Paz. Pertenece a la SCHBWI (Society of Children's Book

Writers and Illustrators), a la Asociación de Escritores de Helsinki, a la Asociación de Escritores de Ciencia-Ficción de Finlandia, a la Asociación Canadiense de Hispanistas, a la Red Internacional de Escritores por la Tierra y a Poetas por la Paz.

<http://www.tanyatynjala.com/index.htm>

Saldivar, Carlos Enrique (Lima, 1982), director de la revista impresa Argonautas y del fanzine físico El Horla. Es miembro del comité editorial del fanzine virtual Agujero Negro, publicaciones que están dedicadas a la Literatura Fantástica. Es coordinador del fanzine impreso Minúsculo al Cubo, dedicado a la ficción brevísima. Ha sido finalista de los Premios Andrómeda de Ficción Especulativa 2011, en la categoría: relato. Ha sido finalista del I Concurso de Microficciones organizado por el grupo Abducidores de Textos. Ha sido finalista del Primer concurso de cuento de terror de la Sociedad Histórica Peruana Lovecraft. Ha publicado los libros de cuentos Historias de ciencia ficción (2008), Horizontes de fantasía (2010) y el relato El otro engendro (2012). Compiló las selecciones Nido de cuervos: cuentos peruanos de terror y suspenso (2011) y Ángeles de la oscuridad: cuentos peruanos de demonios (2013).



www.fanzineelhorla.blogspot.com

Articulista:

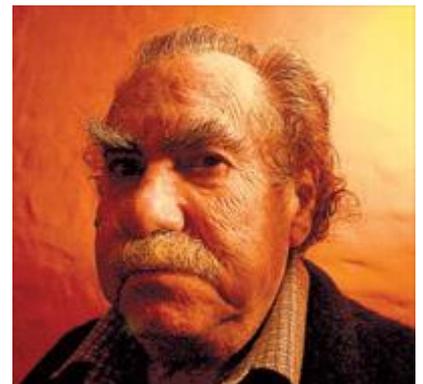
Salvo, Daniel (Lima, Perú, 1967), conduce el sitio web "Ciencia Ficción Perú" desde el año 2002. Sus cuentos han sido traducidos al inglés, francés, chino e italiano. "El primer peruano en el espacio" fue incluido en la antología "The Apex Book of World SF 2" en 2012, y otros cuentos han sido publicados en compilaciones y revistas peruanas y de otros países. En 2014, la editorial Altazor publicó 20 relatos suyos bajo el título común de "El primer peruano en el espacio". Tiene a su cargo la columna "Mundos imaginarios", dedicada a la literatura fantástica y de ciencia ficción que se publica en el Diario Oficial El Peruano.



<http://cifiperu.blogspot.com.es/>

Escritores:

Adolph, José B. (Stuttgart, 1933 - Lima, 20 de febrero de 2008) fue un escritor y periodista peruano, de origen alemán.



https://es.wikipedia.org/wiki/Jos%C3%A9_Adolph

Alarco De Zadra, Adriana (Lima, Perú), de padres descendientes de europeos, crecí hablando varios idiomas. Estudié en Perú, en Estados Unidos y en Italia. Trabajé como secretaria, traductora, profesora y directora de un Museo. Seguí a mi esposo a los campamentos de trabajo en los Andes así como en otros continentes por lo que a veces me siento extranjera en mi propia vida. Me han publicado libros de geografía, de teatro, de ciencia ficción, poesías y cuentos. Soy viuda pero mis hijas y mis nietos me dan alegría y serenidad. Cuando se me terminan las palabras, pinto. Los colores me llenan la vida. Adriana



Estudié en Lima, Villa Maria Academy (hasta1954); en Boston, Mass: Harvard Extensión School (hasta1959); en Roma,Italia: Scuola di Lingue (hasta1960).

Trabajé como Profesora de inglés, como Secretaria Ejecutiva, como Traductora Simultánea. Presidenta de la Fundación Ricardo Palma (Consejo administrativo de la Casa Museo Ricardo Palma) en Miraflores, Lima, Perú, desde el 2004 hasta el 2012.

He escrito Libros de Geografía del Perú:

Perú, el libro del viajero (Lima, 1978-1981) Guía Turística, Perú, el libro de los minerales maravillosos (Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología, Lima

1992), Nuestra Fauna (Sociedad Geográfica de Lima, Lima 1997), Perú, el libro de las plantas mágicas (Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología 1988 y 2000).

He escrito libros de Cuentos de Fantasía y Ciencia Ficción, de Teatro Infantil y Juvenil:

Teatro, 4 Obras premiadas (Lima 1983); Brújula para Niños, Centro de Artes Populares, Cidap, Cuenca Ecuador, 1990; Omagua e le ombre consigliere della selva amazzonica (Editrice Missionaria, en Boloña, Italia, 1995); La saggia scimmia Mashin e altre leggende della selva amazzonica (Editrice Missionaria en Boloña, Italia, 1995); Teatro Didáctico (Ministerio de Educación, Editorial Bruño, Lima 1996); Leyendas de Oro del Perú (Editorial Bruño, Lima 1996); Las Aventuras Mágicas de Brujilda, cuentos ecológicos infantiles (Sociedad Geográfica de Lima, 2006).

El Cuento Semanal para Niños: Colección de 4 libros con 52 cuentos: Aventuras de un Niño caído del Cielo; Aventuras en el Fondo del Mar, Valeria en el País de las Letras, Viajes Alrededor del Sol (Publicados por la Sociedad Geográfica de Lima, 2008)

Teatro Infantil y Juvenil: Universidad Ricardo Palma, Lima 2011.

<http://www.adrianaz.it>

<http://adriana-alarco.blogspot.com/>

Calderón Fajardo, Carlos (1946- 2015) fue un periodista peruano, novelista y cuentista. Él trabajó como sociólogo de la Pontificia Universidad Católica del Perú.

En 1974 ganó el primer lugar en el concurso literario José María Arguedas. En 1981 ganó el Concurso de Novela Unanue con su novela *La Colina De Los Arboles*. En 1984 ganó el Premio de Novela Gaviota Roja con *Así es la pena en el paraíso*. En 1985 ganó el Premio al Mejor Cuento Hispamericano, organizado por la Universidad de Maryland, con Roa Bastos, Mario Vargas Llosa y Julio Cortázar como jueces. En el año 2006 fue finalista del Premio Tusquets por su novela *El fantasma nostálgico*.

Sus cuentos han sido incluidos en muchas antologías Peruanas de cuentos editados en Perú, Francia y Alemania. Fue profesor en la Universidad Nacional de Ingeniería por 25 años. A partir de 2006 comenzó a publicar dos o tres libros al año. En el momento de su muerte estaba escribiendo a tiempo completo, la mitad del año en su casa de Punta Negra y la otra mitad en Lima.

Espíritu Álvarez, Fernando Julio (Perú) Magister en Psicología de la Universidad Nacional Federico Villarreal. En la actualidad estudio como segunda profesión Literatura en la Pontificia Universidad Católica del Perú.

Obras literarias publicadas:

Dilema nocturno en: *Ganadores V Concurso Narrativo Ten en Cuento a La Victoria* (2012). Lima: MLV; *Te queda un poco de café* (2011). Lima: Mesa redonda; *Qué saben los ajedrecistas de mujeres* (2004). Lima: San Marcos; *Río salvaje* (2002). Lima: Viernes literario; *Delirio y Defensa siciliana en: El lobo no aúlla en el crepúsculo* (2001). Lima: UNFV.



Textos universitarios publicados:

Psicología y literatura (2009). Lima: UAP; La pareja: entre el amor y el dolor (2007). Lima: Guzmán.

Distinciones obtenidas:

Segundo Lugar en los Juegos Florales de la Pontificia Universidad Católica del Perú (2013); Tercer Puesto en el V Concurso Narrativo Ten en Cuenta a La Victoria organizado por la MLV (2012); Mención honrosa en II Concurso de Cuento de la cadena de librerías Crisol (2002); Segundo puesto en III Juegos Florales de la Universidad Ricardo Palma (1999); Primer lugar en el II concurso Erase una vez de la Biblioteca Nacional del Perú (1995).

Fernández Huerta, Yeniva (Perú) licenciada en Bibliotecología, por la Universidad Nacional Mayor de San Marcos. Ha escrito artículos para la revista de crítica de cine Godard. Cuentos suyos han aparecido en las antologías: El cuento peruano: 2001-2010 (2013), así como en 17 fantásticos cuentos peruanos (2008) y Disidentes 2: nuevas narradoras peruanas (2011). Es autora de los libros de cuentos Trampas para incautos (2009) y Siete paseos por la niebla (2015).

Güich Rodríguez, José (Lima, 1963) cursó estudios de Literatura en la Pontificia Universidad Católica del Perú, donde se graduó en 1990 con una tesis sobre Juan Rulfo. Obtuvo la licenciatura el mismo año. Entre 1992 y 1995 residió en la República Argentina, gracias a una Beca de Perfeccionamiento otorgada por el Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas de ese país (CONICET). Su investigación, dirigida por Pedro Luis Barcia -personalidad del

mundo intelectual- se centró en la obra del novelista mexicano Fernando del Paso. Se ha desempeñado como periodista y crítico en diversos medios de su ciudad natal, como el diario “La República” y la revista “Caretas”.

Es autor de los libros de relatos Año sabático (2000), El mascarón de proa (2006), Los espectros nacionales (2008), El visitante (2012), Control terrestre (2013), y de las novelas El misterio de la Loma Amarilla (2009) y El misterio del Barrio Chino (2013).

Relatos suyos han sido incluidos en las antologías El cuento peruano 1990-2000 (2001) y El cuento peruano 2001-2010 (2013), Estática doméstica. Tres generaciones de cuentistas peruanos (México, 2005), La estirpe del ensueño (2007), 17 fantásticos cuentos peruanos (2008), La mala nota (2008), Cuentos para sobrevivir al fin del mundo (2012) y Bienvenido Apocalipsis (2013), entre otras. Ha publicado cuentos en revistas como Umbral, Ajos y Zafiros, Altazor y Lienzo.

Es coautor de los textos de crítica sobre literatura peruana En la comarca oscura (2006), Ciudades ocultas (2007), Umbrales y márgenes (2010) -volumen que obtuvo el Segundo Premio del Concurso del Libro Universitario 2011, convocado por la Asamblea Nacional de Rectores- y Espléndida iracundia (2012), todos editados por la Universidad de Lima. Actualmente es crítico de libros del diario El Comercio; además, ejerce la docencia en la Universidad del Pacífico y en la Universidad de Lima.

Klauer, Cesar (Lima, 1960) es profesor universitario. Ha publicado el libro de cuentos “Pura Suerte” (Altazor, 2009), los libros infantiles “El gigante del

viento”, “El perro Patitas” y “El delfín de arena” (Altazor, 2010), así como la colección de microrrelatos “La eternidad del instante” (Editorial Micrópolis, 2012). Su trabajo ha aparecido en revistas impresas y digitales del Perú y el extranjero tales como La Revista de Magdalena, Ónice, TXT, Letralia, La nave de los Locos, Narrativa Breve, Uruz Arts Magazine, Plesiosaurio, entre varias otras. Ha ganado primer puesto en cuento en los juegos florales de la Universidad Peruana de Ciencias Aplicadas, 2009 y mención honrosa en el concurso internacional de cuento breve Jorge Salazar – Editorial Pilpinta, 2010. Aparece en la recopilación “Al este del arcoíris: antología de microrrelatistas latinos” de Latin Heritage Foundation de Estados Unidos. Ganó el Concurso Internacional de Cuento Breve 2011 de esta misma fundación norteamericana, por lo que su trabajo aparece en el libro de antología de ganadores “Los ojos de la virgen”. En el 2012 fue invitado a Westminster College, Salt Lake City, EE UU a hablar sobre la literatura peruana actual. En los meses de junio y julio de 2013, visitó la University of Louisville, Kentucky, EE UU, para participar del Instituto de Literatura Norteamericana Contemporánea con una beca del Departamento de Estado del gobierno estadounidense. En febrero de 2015 fue invitado a leer su obra en español en the Louisville Conference on Language and Literature. Actualmente trabaja en un proyecto de libro con textos diversos que incluyen microrrelatos, poemas en prosa, textos hallados, una micro novela, textos en prosa, reflexiones y viñetas, además, acaba de terminar su primer libro en inglés con prosas, poemas, reflexiones, y una novela corta incompleta.

Morote, Fernando (Piura, Perú, 1962)

Participó en el taller de creación literaria del Museo de Arte de Lima, siguió cursos libres de literatura en la Facultad de Letras de la Universidad de San Marcos y se graduó como abogado en la Universidad Nacional Federico Villarreal.

Es autor de las novelas “Los quehaceres de un zángano” (Bizarro Ediciones, 2009) y “Polvos ilegales, agarres malditos” (Bizarro Ediciones, 2011), los libros de relatos “Brindis, bromas y bramidos” (Artgerust, 2013) y “La cocina del infierno” (MRV Editor Independiente, 2015), y el poemario “Poesía Metal-Mecánica” (Ediciones Los Sobrevivientes, 1994).

Ha sido ganador del II Premio Internacional Sexto Continente de Relato Erótico (2010) y finalista del VII Premio Internacional Vivendia-Villiers de Relato (2012), ambos organizados por Ediciones Irreverentes de Madrid. La misma editorial ha incluido sus textos en las antologías “El sabor de tu piel” (2010), “Microantología del Microrrelato II” (2010) y “Eros de Europa y América” (2011).

Colabora con el Periódico Irreverentes de Madrid y la revista Lima Gris donde publica cuentos y escribe artículos culturales, incluyendo cine clásico. Ocasionalmente sus crónicas aparecen también en la revista Lee por Gusto de Lima, Pandora Magazine de León, España y Con las Uñas de Colombia.

Actualmente vive en Nueva York.



Mucha Soto, Edinson (Perú)

Novoa, Pedro (Perú) Ha ganado el Premio Nacional de Dramaturgia (Perú-2004), el Primer puesto en el Concurso Dante Alighieri (Colombia-2007), el Premio Horacio de Novela Corta (Perú-2010) por la novela Seis metros de soga (Altazor) y el Premio Internacional de Novela Corta Mario Vargas Llosa (Perú-2012) por la novela Maestra vida (Alfaguara). Ha publicado “Cristales quebrados y la reconstrucción de totalidades escindidas del boom latinoamericano” en el Instituto



Cervantes. Premio 1ero. de Mayo (Argentina, 2013), Segundo Premio Horacio de Poesía (Perú-2013). Ha publicado Cacería de espejismos (Fondo Editorial de la UCV). Dos de los cuentos de este libro, El espejismo dos: Inserte cuatro monedas de sol, por favor (Inserisca quattro monete da un sol, per favore) ha sido traducido al italiano por Gianluca Turconi en la antología Schegge di futuro y El espejismo uno: Al revés el cuento (Back to front: a story) ha sido traducido al inglés por Anna Heath en la antología Stories from Perú. Ha obtenido el 2do. Puesto en el Premio Literario Internacional David Mejía Velilla (Colombia) por la obra El aleteo azul de la mariposa. Finalista en el Premio COPE de cuento 2014 por el cuento «Un grito flotando al amanecer». Ha publicado la novela Tu mitad animal, ha sido Finalista del Premio Herralde 2014 de novela por la obra L4

s1nf0n14 d3 14 d3strucci0n. Actualmente es catedrático en la Universidad César Vallejo.

Palma, Ricardo (Lima, 7 de febrero de 1833 – Miraflores, Lima, 6 de octubre de 1919)

fue un escritor romántico, costumbrista, tradicionalista, periodista y político peruano, famoso principalmente por sus relatos cortos de ficción histórica reunidos en el libro Tradiciones peruanas. Cultivó prácticamente todos los géneros: poesía, novela, drama, sátira, crítica, crónicas y ensayos de diversa índole.

https://es.wikipedia.org/wiki/Ricardo_Palma



Palma Ramírez, Clemente (Lima, 3 de diciembre de 1872 - 13 de septiembre de 1946) fue un escritor peruano modernista y crítico literario. Fue director de la revista Variedades por 23 años (1908-1931).

https://es.wikipedia.org/wiki/Clemente_Palma



Rivera Saavedra, Juan (Lima, 1930) es profesor y director de teatro, investigador teatral y dramaturgo, ha escrito más de 180 obras de teatro, más de 500 cuentos y textos de técnica dramática. Varias piezas de su teatro han sido traducidas al inglés, francés y alemán. En 1987 el Instituto Nacional de Cultura le concedió el Premio Nacional de Dramaturgia y, en dos oportunidades, fue premiado por la Universidad Nacional Mayor de San Marcos. Asimismo, ha recibido premiaciones por parte del Ministerio de Educación, de la Asamblea Nacional de Rectores, Condecorado por el Congreso de la República, entre otras distinciones. Es considerado por la Wayne State University de Estados Unidos de Norteamérica, como el autor más distinguido y prolífico de América Latina. Ha sido nombrado hijo predilecto de varias ciudades como Santiago de Chuco, lugar que vio nacer a nuestro poeta César Vallejo, y sobre quien escribió la obra de teatro *Me moriré en París*.

Román Abram, Luis Benjamín (Perú, 1970) abogado, especialista en seguros y administración de empresas. Narrador y poeta, editor y capacitador en ofimática para escritores, asimismo es divulgador cultural. Parte del movimiento fantástico peruano. Sus cuentos, principalmente de esta temática, han sido publicados en diarios y revistas nacionales e internacionales. Es autor del libro de relatos *En Envase Pequeño* y está culminando el poemario *Sensaciones*. Director del fanzine de micro ficción *Minúsculo al Cubo*, reseñador en *May Neim*. Es miembro fundador del grupo literario *Argonautas*.



Ruiz Gutiérrez, Carlos (Piura, 1988) Hinchada de Boca, el shoegaze, la chicha de jora, las chibolas lesbianas y mario santiago papasquiario.

Saldivar, Carlos Enrique (Lima, 1982) *Ver Asesores.*

Tynjälä, Tanya (Callao, 1963) *Ver Asesores.*

Valdelomar Pinto, Pedro Abraham (Ica, 27 de abril de 1888 - Ayacucho, 3 de noviembre de 1919) fue un narrador, poeta, periodista, ensayista y dramaturgo peruano. Es considerado uno de los principales cuentistas del Perú, junto con Julio Ramón Ribeyro. Abraham Valdelomar fue un escritor completo pues abarcó prácticamente todos los géneros literarios conocidos. Sin embargo, lo mejor de su creación ficticia se concentra en el campo de la narrativa cuentística. Sus cuentos se publicaron en revistas y periódicos de la época, y él mismo los organizó en dos libros: *El caballero Carmelo* (Lima, 1918) y *Los hijos del Sol* (póstumo, Lima, 1921). En ellos se encuentran los primeros testimonios del cuento neocriollo peruano, de rasgos postmodernistas, que marcaron el punto de partida de la narrativa moderna del Perú. En el cuento *El caballero Carmelo*, que da nombre a su primer libro de cuentos, se utiliza un vocabulario arcaico y una retórica propia de las novelas de caballerías para narrar la triste historia de un gallo



de pelea, relato nostálgico ambientado en Pisco, durante la infancia del autor. En *Los hijos del Sol*, busca su inspiración en el pasado histórico del Perú, remontándose a la época de los incas.

https://es.wikipedia.org/wiki/Abraham_Valdelomar

Vallejo, César (Santiago de Chuco, 16 de marzo de 1892-París, 15 de abril de 1938) fue un poeta y escritor peruano. Es considerado uno de los más grandes innovadores de la poesía del siglo XX y el máximo exponente de las letras en su país. Es, en opinión del crítico Thomas Merton, «el más grande poeta católico desde Dante, y por católico entiendo universal»² y según Martin Seymour-Smith, «el más grande poeta del siglo XX en todos los idiomas».



https://es.wikipedia.org/wiki/C%C3%A9sar_Vallejo

Ilustradores:

Pág. 13 Alejandro D' Marco -seud.- (Argentina) ilustrador digital, fotomanipulación.

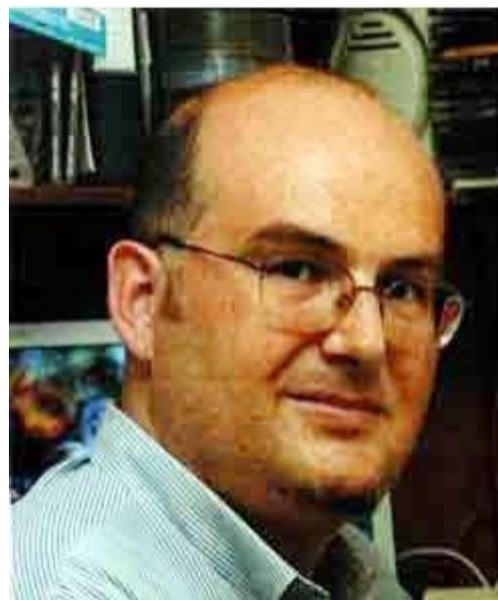
Artista autodidacta cuya inspiración son las Viejas películas de terror, la ciencia ficción y las leyendas urbanas.

<http://09alex.deviantart.com/>

Pág. 47 Argüelles Trujillo, Yolyanko William (Cuba, 1975) Graduado de la escuela de Bellas artes ‘San Alejandro’. Pintor, dibujante y realizador audiovisual. Ha dirigido varios dibujos animados como ‘La Catedral sumergida’, ‘Ex-ergo’ participando y alcanzando premios y menciones en festivales de cine internacionales, así como muestras personales y colectivas de su obra en diferentes galerías de Arte.

<http://yolyankowilliam.com/>

Pág. 129, 177 Belushi, Pedro (Madrid, España, 1965) Ilustrador de portadas de libros, comic y dibujos animados y fanzines tales como: Bucanero o miNatura. Su trabajo se ha exhibido en festivales internacionales tales como: The Great Challenge: Amnesty International, The Cartoon Art Trust and Index on Censorship. South Bank, Londres (1998) o Eurohumor; biennale del sorriso (Borgo San dalmazzo, Cuneo. Italia); XIII exhibición Internacional de Humor Gráfico:



Fundación de la Universidad de Alcalá de Henares. Madrid. España; Rivas com.arteRivasVaciandrid. Madrid, España. (2006). Premio: Melocotón Mecánico (2006).

Pág. 64 Castelló Escrig, Rafa (Castellón de La Plana, España, 1969)

Graduado en la Escuela de Artes y Oficios de Castellón en la especialidad de Diseño Gráfico (1993). Cartelista, ilustrador y artista plástico, en la actualidad compagina su trabajo en la administración local en un pequeño ayuntamiento de la provincia de Castellón con su trabajo creativo.

Recientemente ha participado con la exposición de sus dibujos y pinturas en la Iª Mostra Tradicional de Sant Joan de Moró (Castellón) y en la 16ª Edición de la Feria de Arte “PASEARTE” en Castellón de la Plana.

<http://cuadernosdelcazador.blogspot.com.es/>

<https://www.facebook.com/rafa.castelloescrig>

Pág. 240 Chen, Liang (China), artista conceptual
freelance / illustrator.

Actualmente vive en Varsovia.

<http://www.chenliangdesign.com/>



Pág. 105 García Alcaraz, Ángel (Puerto de Sagunto, Valencia, España, 1966), ilustrador.

De condición humilde y familia trabajadora siempre quiso ser dibujante, colorista, pintor o ilustrador. Autodidacta desde niño, ha sido gran admirador del mundo del cómic. Desde siempre le obsesionó la idea de que si algo le gustaba debía de dibujarlo para, de alguna manera, interiorizarlo y extraerlo después como algo propio. Le encantaba la idea de que podía tomar ese trocito de cualquier cosa

que deseara. Fue así como conoció la belleza y aprendió a tomarla poquito a poco hasta que no supo vivir sin ella.

Como historietista los primeros bocetos de su cómic, (Electra), lo elaboraría entre las aburridas clases del viejo instituto de bachillerato. Otros de sus cómics que elaboraría más tarde son: “Cuentos de ayer y de hoy”, “Efímera contacto” y “La lección”, éste último a partir de un guion creado por los hermanos Arnau.

Actualmente complementa su continuo proceso de formación practicando escultura en barro, realizando óleos entre otras técnicas pictóricas como el grabado y ensaya nuevas tecnologías digitales para dibujo y pintura.

Contribuye a realizar carteles con diversa temática.

Ha colaborado altruistamente en varias ocasiones con revistas como “Planetas Prohibidos” y en alguna portada de James Crawford Publishing y participado en antologías como la de “Crónicas del Dragón” de kelsonia editorial y últimamente con Cazador de Ratas en “Demonalia” una antología benéfica para niños con discapacidad funcional.

<http://angelotti37.deviantart.com/>

Pág. 22 Garijo, Laura (España) ilustradora freelance

Licenciada en Bellas Artes de Sevilla en la especialidad de Diseño y Grabado junto un año de proyectos en la escuela de arte alemana Muthesius.

Trabajo como ilustradora freelance y customizadora de muñecas asiáticas (denominadas BJD).

Uso cualquier tipo de técnicas para crear, ya sea de manera tradicional o digital. Además, también trato la fotografía y la escultura, especializándome en muñecos.

Portadas de libros para Nabla Ediciones.

Exposición colectiva “Competition: You+Me=Us” Lucerna, Suiza, Mayo – 2010

Conferencia para I Foro Internacional de Sagas, Badajoz, Mayo – 2009

Portafolio “ZERO” en venta con 10 ilustraciones originales – 2008

“Índice” exposición fotográfica colectiva, Sevilla- 2008

1º premio en el concurso de diseño-bjd en el Mangamore Bilbao – 2007

Conferencia para el Mangamore sobre las bjd , Bilbao – 2007

“By the face...por la cara” exposición colectiva artes plásticas Sevilla – 2007

Comics para Nimbus fanzine Barcelona

Comics para “Ohayo!” fanzine, B.Candy fanzine y otras revistas.

Exposición colectiva de comic, Sevilla – 2006

Exposición colectiva de pintura y performance “Opera Prima” ,Sevilla – 2005

<http://lauragarijo.com/>

Pág. 87 Hernández, Priscilla (La Palma, Islas Canarias, España)

Compositora, cantante, multiinstrumentista e ilustradora de arte fantástico. Hija de pintor, desde temprana edad comenzó a realizar ilustraciones para sus propios

escritos y poemas basados en cuentos de hadas, fantasmas y otros elementos fantásticos. Además utiliza su arte para reflejar propias experiencias oníricas habiendo sufrido de terrores nocturnos y "parálisis del sueño" quedó obsesionada por el crepuscular mundo entre el sueño y la vigilia. Ya en su adolescencia participó en varios fanzines e incluso probó con la animación tradicional realizando varios cortos. En la década de los noventa escribió y realizó el guion su propio cómic "Yidneth" proyecto que aunque permanece inédito daría posteriormente nombre a su propia marca y compañía y nutriría conceptualmente toda su obra. En el 2006 edita su primer disco musical "ilustrado" Ancient Shadows que recibiera varios premios internacionales tanto en el aspecto musical como de presentación. Este proyecto le permitió asentar su nombre y hacerse un hueco entre artistas de fantasía contemporáneos y viajar a Inglaterra y Estados Unidos en repetidas ocasiones como invitada en convenciones de fantasía entre autores de la relevancia de Brian Froud (El Cristal Oscuro), Charles Vess (Sandman) y Linda Ravenscroft, entre otros. Sus actuaciones musicales se caracterizan por la integración de las proyecciones visuales de sus trabajos que forman una parte importante en el concepto de su proyecto que podría definirse como "gótico-etéreo). En Noviembre de 2011 ha publicado su segundo album "The Underliving", también un proyecto musical ilustrado en formato digibook con 52 páginas de ilustraciones. Este nuevo disco fue presentado en faeriecon (Baltimore, USA) y posteriormente en Imagicon (Valencia). Una de sus ilustraciones "Fraying bonds" ha recibido el premio a mejor ilustración en el festival Mallorca fantástica.

Actualmente reside en Barcelona.

<http://priscillahernandez.com>

<http://theunderliving.com>

<http://twitter.com/yidneth>

Pág. 33, 71 Medina Rondón, Katherine Geraldine (Arequipa, Perú 1994) Estudió Artes Plásticas en la Escuela Superior Carlos Baca Flor sin continuar por legítimas negativas. Actualmente estudia Literatura y Lingüística en la Universidad Nacional de San Agustín donde vive día a día un intenso y tortuoso romance con la palabra. Ha publicado: Murmullos y volantes (2012) y Amor en cuatro actos y otros cortejos (2013). Obtuvo el tercer puesto en el género poesía en el concurso Jorge Eduardo Eielson (2012) y ha colaborado en diversas revistas tales como: Pléyade, Castillos en aire, Apostasía, Destiempos modernos, La ira de Morfeo, Con nuestro Perú, Delirium Tremens, Redacción Popular, Letralia y Palabras Diversas.

Pág. 01 Mirabal, Alejandro (Cuba) se ha dedicado al dibujo durante toda su vida.

De joven se dedicó a la arqueología submarina y a la preservación del patrimonio cultural subacuático. Buceo en África buscando artefactos arqueológicos.

Sin abandonar su afición por el dibujo y recibiendo profesionales online. Hasta alcanzar el nivel actual.

Es también el fundador de la Bali Illustration Workshop. El primer taller internacional de ilustraciones en Indonesia.

Actualmente disfruta de su vida de freelance, buceando y entre videojuegos en Isla de Dios (Bali) con su esposa y dos perros.

<http://alejandromirabal.com/>

Pág. 122 Nikonov, Aleksandr (Rusia) ilustrador y artista digital

<http://www.artstation.com/artist/Niconoff>

<http://niconoff.deviantart.com/>

<http://niconoff.tumblr.com/>

<https://twitter.com/AleksNikonov>

Pág. 149 Park, John J. (EE.UU.) artista conceptual para filmes.

Comenzó su carrera trabajando para Design Studio Press, colaborando con Scott Robertson en su libro Alien Race. Ha colaborado con SpinMasters, NBC Universal, The Walt Disney Company, Hasbro, Mattel, Blur Studios, Spark Unlimited y Outso.

Pág. 166 Phuoc Quan (República Democrática de Vietnam), diseñador conceptual, desarrollador visual e ilustrador en videojuegos y películas.

Actualmente vive en Singapur.

<http://phuocquan.blogspot.com>

Pág. 00 Rius Morón, Lorena (España) Diseñadora e ilustradora. Estudió Dibujo Publicitario en escuela de artes y oficios de Castelló.

Pág. 61, 171 Siejeński, Andrzej (Polonia) Artista digital.

<http://andrzejsiejenski.deviantart.com/>

Pág. 97, 187 Signes Urrea, Carmen Rosa (Castelló de la Plana, España, 1963) *Ver Directores.*

Pág. 135 Wicked Man –seud.- (Girona, Catalunya, España) Siendo amateur aun, he estado estudiando arte en una academia, la Paco Morgado de Salt, Girona, Catalunya, desde los 11 años.

Actualmente soy también alumno del actual ilustrador profesional Rafater, autor de "Eros" de Babylon Ediciones.

Todo empezó cuando de pequeño sufrí un golpe en el mentón que me obligó quedarme en el hospital unos días, a los dos años. Mi padre, me enseñó a grosso modo a dibujar tiburones sobre papel, y desde entonces hasta ahora, no he parado de dibujar a los 21 años.

Basándome sobre encima de todo en quienes considero los mejores ilustradores y mangakas/dibujantes de comic, intento dedicarme la arte japonés del comic, en el que dan ese toque suyo tan dinámico y dan más importancia al dibujo, que realmente es lo que me apasiona.

En mi biblioteca de influencias, encontrarías a Caravaggio, Goya, Mike Mignola, Frazetta, Takehiko Inoue, Yoshitaka Amano, Hirohiko Araki, Tetsuo Hara, Ayami Kojima, Yoji Shinkawa, Yoshihiro Togashi y Yusuke Nakano.

Actualmente ando bajo el proyecto del Fanzine Ghouls & Dragons.

Sobre el copyright de las imágenes:

Pág. 01 Exploring Europa / *Alejandro Mirabal (Cuba)*; **Pág. 13** Bleeding / *Alejandro D' Marco —seud. — (Argentina)*; **Pág. 22** Miedo / *Laura Garijo (España)*; **Pág. 33** El círculo de la muerte 1 / *Katherine Geraldine Medina Rondón (Perú)*; **Pág. 47** Cosmic Nights No 2 / *Yolyanko William Argüelles Trujillo (Cuba)*; **Pág. 61** S.t. / *Lorena Rius Morón (España)*; **Pág. 64** Fauno / *Rafa Castelló Escrig (España)*; **Pág. 71** Volar como los pájaros / *Katherine Geraldine Medina Rondón (Perú)*; **Pág. 76** Fairy / *Andrzej Siejeński (Polonia)*; **Pág. 87** Lost soul (pertenece al album Ancient Shadows, 2006) / *Priscilla Hernández (España)*; **Pág. 97** S.t. / *Carmen Rosa Signes Urrea (España)*; **Pág. 105** La Luna / *Ángel García Alcaraz (España)*; **Pág. 122** Mechanic VI / *Aleksandr Nikonov (Rusia)*; **Pág. 129** La nueva comunión / *Pedro Belushi (España)*; **Pág. 135** Dalhan / *Wicked Man —seud. — (España)*; **Pág. 149** S.t. / *John J. Park (EE.UU.)*; **Pág. 166** ED02 / *Phuoc Quan (República Democrática de Vietnam)*; **Pág. 171** S.t. / *Lorena Rius Morón (España)*; **Pág. 177** Volar como los pájaros / *Pedro Belushi (España)*; **Pág. 187** S.t. / *Carmen Rosa Signes Urrea (España)*; **Pág. 240** S.t. / *Liang Chen (China)*

